





AÑO 8.º

NÚM. 85

LA  
ESPAÑA MODERNA



Director: J. LÁZARO

—  
ENERO 1896  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.493.—*San Bernardo, 92.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# ADAN Y EVA

(CICLO)

---

## MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

---

### I

**A** mí me han puesto de mote el *Abad*. En esta Marineda tienen buena sombra para motes, pero en el mío no cabe duda que estuvieron desacertados. ¿Qué intentan significar con eso de *Abad*? ¿Que soy regalón, amigo de mis comodidades, un poquito epicúreo? Pues no creo que estas aficiones las hayan demostrado los abades solamente. Además, sospecho que el apodo envuelve una censura, queriendo expresar que vivo esclavo de los goces menos espirituales y atendiendo únicamente á mi cuerpo. Para vindicarme ante la posteridad, referiré, sin quitar punto ni coma, lo que soy y cómo vivo, y daré á la vez la clave de mi filosofía peculiar y de mis ideas.

Yo friso en los treinta y cinco años, edad en que, si no se han perdido enteramente las ilusiones, al menos los huesos empiezan á ponerse durillos, y vemos con desconsoladora claridad la verdadera fisonomía de las cosas.—En lo físico soy alto, membrudo, apersonado, de tez clara y color mate, con barba castaña siempre recortada en punta, buenos ojos, y anuncios apremiantes de calvicie que me hacen la frente ancha y majestuosa. En resumen, mi tipo es más francés que español, lo cual justifican algunas gotas de sangre gala que vienen por el lado materno.—He formado costumbre de vestir con esmero y según los decretos de la moda; mas no por eso se crea que soy de los que andan cazando la última forma de solapa, ó se hacen frac colorado si ven en un periódico que lo usan los gomosos de Londres. Así y todo, mi indumentaria suele llamar la atención en Marineda, y se charló bastante de unos botines blancos

míos. Lo atribuyo á que en las personas de amplias proporciones y que se ven de lejos, es más aparente cualquier novedad. Mis botines blancos tenían las dimensiones de una servilleta.

No crean, señores, que me acicalo por afeminación. Es que practico (sin fe, pero con fervor) el culto de mi propia persona, y creo que esta persona, para mí archiestimable, merece no andar envuelta en talegos ó en prendas raídas. ¿Voy á vestirme como un cesante? Mil veces no. Me atrae todo lo que es *confort*, bienestar, pulcritud, decoro. Como que de estas condiciones externas pende y se deriva, en muchos casos, la paz del espíritu y la armonía del carácter.

Soy solterón, y lo soy con deliberado propósito y casi diría que por convicción religiosa. Ya explanaré detenidamente mis teorías sobre tan delicado punto.

Libre de familia, vivo, no en una fonda, donde me tratarían á puntapiés, me entregarían la ropa sin botones y no me barrerían el cuarto, sino en una casa de huéspedes muy especial que he descubierto, y donde me agazapé mientras no arreglo la *garçonnière* con que sueño, y á la cual me llevaré probablemente, en calidad de ama de llaves, á mi patrona actual, la mismísima doña Consolación Fontán y Guripe, á quien por ahorrar saliva llamo doña Consola. En España, la peor casa de huéspedes es siempre preferible á un *hotel*; pero la mía merece el dictado de la perla del género. Fué doña Consola, en sus juventudes, doncella de confianza de una notable mujer marinada, la ilustre viuda del guerrillero Esteva, á quien Isabel II hizo merced del título de duquesa de la Piedad. En la larga emigración de la dama, que pasó á Inglaterra acompañando á su esposo perseguido por liberal, doña Consola no se apartó de ella, y mientras hincaba el diente al *negro pan* consabido, aprendió muchas cosas que se ignoran por aquí: á asar bien, á servir un te en punto, á preparar las tostadas del desayuno como un ángel (si los ángeles se dedicasen á tales menesteres); á tener la ropa blanca lo mismo que un monte de nieve; á cultivar las virtudes del orden, de la puntualidad, de la formalidad, del aseo... Fué doña Consola uno de esos criados en quienes la veneración y el cariño hacia un amo insigne trascienden misteriosamente á lo físico, y causan un parecido singular, más aún que en las facciones, en los movimientos, en la voz, en el gesto. Doña Consola tiene el rostro moreno, severo, algo bigotudo, de la duquesa; lleva, como ella, el pelo gris en bandós lisos; habla con reposado énfasis y frase escogida; usa por casa, en invierno, guantes de lana verde ó negra, y siempre se la

ve muy derecha, muy puritana, con cuello blanco planchado y delantal de seda á cuadritos, honrando su pecho la cadena de oro del reloj legado por su ama. Ha aprendido también en aquellos tiempos memorables á respetar al modo sajón la libertad del individuo, á no meterse en vidas ajenas, y á no fiscalizar á los huéspedes so pretexto de quererles como á hijos. Este tipo digno y serio es inconfundible con el de nuestras clásicas *patronas*.

Como asistió á la duquesa con abnegación, sin acostarse en treinta noches, nadie extrañó que quedase asegurada su suerte, y que además, la duquesa dispusiese en su favor de todos sus muebles y ropas, con lo cual pudo montar la casa de pupilos. Estos muebles son ricos, de poco gusto y anticuados. Corresponden á la última época del Imperio: mi cama, de caoba, tiene sus rosetas pseudo egipcias, y el sofá y sillería están forrados con bonitas sedas, de un verde pálido rameado de malva. Sobre la mesa dorada, redonda, de acanaladas patitas, campea un soberbio reloj con asunto mitológico de bronce y mármol, pero que rige, pues le honra una mecánica nada menos que de French. Deliciosas miniaturas de la familia Real penden de la pared, entreveradas con ridículos trabajos de conchas, cuadros matizados de pluma y pelo, y un retrato al óleo, muy duro y mal engestado, de la duquesa. Vese asimismo un ejemplar de caligrafía barroca y enrevesada, (ofrenda de algún protegido ó admirador,) puesto en un marco de grandes pretensiones. Descifrado, no sin trabajo, dice así textualmente: "La gloria, con su fulgente aureola, enaltece vuestra sien. En el panteón de la inmortalidad os tejen los querubes dos purísimas guirnaldas. Ved su lema: *Beneficencia y Patriotismo*. Vuestro evangélico y digno título simboliza elocuentemente vuestra alma, y en el Elíseo de los justos, donde mora vuestro esposo, un sinnúmero os bendice. Al adalid de la libertad, el cielo plugo concederle una heroína." El texto que traslado, figuré-selo el lector con el aditamento de infinitos rabos de cometa, nebulosas de rayas, espirales, cohetes, sombras y arabescos: cuanto pudo discurrir el calígrafo, echando el resto sobre todo en las palabras que expresan algún concepto grandioso, las cuales llevan mayúscula: vr. gr., Inmortalidad, Gloria, Libertad y Patria.—No eran, sin embargo, los cuadros ni los muebles la mejor parte del legado de la duquesa. Constituía una biblioteca, excepcional por lo escogida, que la heroína no había reunido, sino que á su vez le había legado un amigo y compañero de emigración, bibliófilo eminente, de la raza vivaz de los Salvás y los Gallardos. Era la tal biblioteca, en poder de doña Consola, tocino en casa del judío, y algunas veces se

le había ocurrido enajenarla, gestionando que la adquiriese la provincia. Sólo que con valer mucho aquella espléndida colección de libros raros, no valía en venta todo lo que imaginaba doña Consola, y como la excelente pupilera no se resolvía á deshacerse de ella, yo la usufructuaba con deleite.

A pesar de que los recuerdos de la heroína no carecen de atractivo, no acaban de convencerme estas antiguallas patriótico-progresistas, que huelen á milicia nacional desde una legua, y voy poco á poco vistiendo las paredes con los cachivaches de moda, porcelanitas, acuarelas, *manchas* de paisaje encerradas en marco inmenso, fotografías, grabados, estatuillas en repisas, pedazos de tela vieja bordada, un yatagán, dos floretes, un relieve en bronce.., Cuando me decida á arreglar mi nido (nido sin cría, por supuesto, ni más pájaro que doña Consola, que es pájara disecada), entonces haré primores, y mi salita y mi despacho serán la envidia de todos los solteros marinedinos.

¡Sin pájara, sin cría! ¡Y qué bien, qué sosegado!—No te figures, lector, que en lo que voy á decir se contienen las verdaderas, las íntimas razones que me alejan del estado matrimonial; son las más superficiales, y ya llegaremos al análisis de las otras; pero ¿has admitido tú alguna vez el absurdo sofisma de que para vivir con tranquilidad, y hasta con un poco de poesía doméstica, sea preciso casarse? ¿Has transigido con la vulgaridad de que las moradas de los solteros tengan que parecer una leonera ó una zahurda? Digan lo que digan, y aunque Pereda, de quien soy lector constante, haya declamado contra el *buey suelto*, nunca poseemos un interior más pacífico y más estéticamente arreglado para recrear en su serenidad el alma, que cuando podemos hacerlo todo á nuestra imagen, y no según las exigencias siempre algo prosaicas de la vida de familia. Yo no soy como aquel *Gedeón*, el héroe de Pereda, un vicioso burdo y sin miaja de pesquis, que no sabía ponerse de acuerdo consigo mismo, y que, por incapacidad, necesitaba con urgencia mujer, como los chicos niñera. Ninguna persona de mediano criterio tropezará en los inconvenientes en que tropezaba aquel zanguango.

Los defensores sistemáticos del matrimonio me dan la razón en este particular sin querer, cuando llaman *egoístas* á los que como yo piensan. Nos cortan sayos, porque atendemos á nuestro propio bien y labramos como la abeja el panal de nuestra apacible vida, sin preocuparnos de la ajena y desoyendo el mandato de Dios al hombre, por lo cual, en vez de abejas, deberíamos llamarnos zánganos.



Aun suponiendo, señores, que fuese labor... muy laboriosa la de engendrar un hijo cada once meses, siempre el producir humanidad sería lo contrario de destilar miel. Rejalgar es lo que generalmente destila el padre de una familia numerosa, y á rejalgar sabe la existencia condenada si al venir á ella no traemos condiciones que nos la hagan llevadera al menos. Yo de mí sé decir que, dadas las agnias y estrecheces y sonrojos y miserias con que se vive en ciertas casas, hiel y vinagre debes de ser la cotidiana bebida. El maltusianismo es el *a, b, c*, es la doctrina más trillada en los que sobre el matrimonio filosofamos; convengo en ello; pero también sé que estas razones no se han hecho vulgares sino á fuerza de ser evidentes.

Sólo la gente superficial é irreflexiva condena el egoísmo, cuando habría que erigirle altares como á numen tutelar. La pasión y el altruismo son los que casi siempre nos ponen en el caso de molestar, dañar y herir al prójimo: el egoísmo nunca. Consejero prudente sentado á nuestra cabecera y consagrado á reprimir nuestros caprichos sentimentales, nuestros arrechuchos, nuestras vehemencias, él es quien nos manda no alterar la paz del hogar ajeno, no meter la hoz en la mies del vecino, no revolver el cotarro, no buscar quimera, rehuir la acción y evitar el interés y la lucha, fuente de todo dolor. Rara vez nos aconsejará el egoísmo acciones malas, pues como inteligente y discreto sabe que en la fosa que cavamos nos rompemos las piernas. ¡Oh guía seguro y honrado, oh buen Mentor, oh incomparable egoísmo! Téngate yo en mi compañía por siempre jamás amén.

Soy capaz de probar con argumentos firmes y sólidos que más amo yo á la esposa que no tomo y á los hijos que no tengo, que todos los casados y padres de familia del mundo á sus hijos y esposas. Porque amo á esa tierna compañera, no quiero verla convertida en ama de llaves, en sirviente ó en nodriza fatigada y malhumorada; porque idolatro á esos niños encantadores, á esos ángeles rubillos, no quiero procrearlos, no pudiendo untarles con manteca y miel las tortitas que han de merendar. ¡Querubines de mi corazón! No temáis, no, que os juegue la mala pasada de traeros á este mundo...

No me salgan á mí por el registro de la modestia y el arreglo en el hogar. Hoy nadie puede pasarlo modestamente; es decir, nadie que sea *burgués*; y hasta á los mismos *proletarios* se les imponen necesidades y refinamientos que antes desconocían. El rasero ha pasado; yo visto como el millonario y como el magnate; mis hijas tendrían que gastar iguales trapos que las de la marquesa de Veniales ó las de ese podrido de dinero, Chucho Díaz. No hay clases,

como dijo el otro. No hay más que apetitos, vanistorios y exigencias. Nuestras instituciones democráticas han amenguado la fuerza social de la nobleza de sangre, pero han duplicado la del dinero. ¿Cómo quieren Vds. que sustente principios rígidos de honor y de altivez un padre de familia?

¡Engendrar hijos y no poder satisfacer, no digo ya sus necesidades, sino sus antojos! En el padre comprendo y llego á excusar no sólo el delito, sino el crimen. Ahí si que cabe decir que el fin justifica los medios. Vean Vds. por qué entiendo que la paternidad es incompatible con el cumplimiento de la ley moral, pues nadie es capaz de afirmar que resistirá á ciertas tentaciones si es amante padre y esposo, y siente pesar sobre sus hombros la responsabilidad más abrumadora, la del sustento y el bienestar de seres que trajimos á la existencia sin que ellos lo solicitasen. Por eso un observador atento de este agitado mar que llamamos la sociedad y las costumbres, podrá anotar en su cartera que á fines del siglo XIX han coincidido dos fenómenos morales: una exaltación casi morbosa de los sentimientos de familia, y un ansia de riquezas y de goces desenfrenada, que ocasiona la corrupción política y administrativa y la lucha más rabiosa por una migaja de pan.

Gracias sean dadas á mi numen, al santo egoísmo, yo no necesito pelearme con nadie por el mendrugo. Mi profesión de arquitecto, que ejerzo sosegadamente, á sus horas, y mi humilde patrimonio, me bastan para vivir con desahogo y para disfrutar de ciertas gratas superfluidades. No me hace falta intrigar, ni disputar á un compañero, por esos medios que calificaría de indignos si la paternidad no los cohonestase, el encargo lucrativo, la apetecida comisión, la cátedra de la Escuela de Bellas Artes ó la dirección del edificio público. Así conservo mi ecuanimidad, y miro desde la orilla las batallas navales en una palangana que se riñen en Marineda por presas siempre mezquinas, pero que para algunas familias representan el pan.

Repito que no es esto sólo lo que me ha determinado á conservarme doncello, y que no faltan otras consideraciones de un orden más elevado ó por lo menos más alambicado y sutil. Mientras llegamos á tal capítulo, oigan y envidien el pasar de este empedernido solterón.

## II

En verano dejo las ociosas plumas á la metálica voz del French, cuando lanza ocho estridentes notas en la soñolienta atmósfera de la sala, contigua al dormitorio. Me lavo á escape, me visto de *negligé* y corro á la playa del Rial á tomar un baño. Salgo del chapuzón regenerado, con la sangre fresca, dispuesto á resistir bien el calor del día. Desde el baño hago rumbo al Casino de la Amistad, muy próximo á mi casa (vivo en la calle Mayor, el corazón de Marineda), y me arrellano en una butaca, á leer la prensa de la córte, á abrir y gulusmear *Ilustraciones y Revistas*. La de *Ambos Mundos*, decadente y todo, sigue siendo mi predilecta; devoro sus novelas interesándome mucho en la ficción; tampoco me desagradan los reposados y agudos estudios críticos de Lemaître y Brunetière, ni ciertos artículos de carácter biográfico: con los administrativos, económicos y científicos no me atrevo nunca, de puro respeto que me infunden. No descuido el movimiento literario ameno, el que no fatiga el cerebro ni lo atolla en indigestas é insolubles cuestiones: leo á unos autores porque me divierten y estimulan (como Gyp), á otros porque me causan grata fiebre, (como Bourget), y á otros, (como Prevost), porque me tocan en el corazón. A las doce ó doce y media vuelvo á mi domicilio, termino las operaciones de aseo, me pongo á gusto, en batín, y salgo al comedor. No me tengan Vds. por glotón; al contrario: en las horas de la mañana soy excesivamente sobrio, y guardo extraño régimen. Lo que me sirve con sus secas manos doña Consola, es buenamente ancha bandeja donde campea un tazón, no chinesco sino de nítida loza británica, rebosando de hirviente chocolate; un vidrio de agua cristalina y pura; un blanco azucarillo; unas rebanadas de dorado pan, y una limpia y bien aplanchada servilleta... Ni más ni menos.

¿Me dices, ¡oh lector abogado de la santa coyunda!, que es triste eso de sentarse á la mesa solo? ¡Bah! Lo de la soledad es según se entienda. No me falta compañía. La ex doncella de la heroína se encarga á veces de distraerme contándome las proezas y glorias de

su ama, y cómo en aquella casa se vieron reunidos á la mesa el Gobernador, el Capitán general, el señor de Picavia y D. Salustiano Olózaga. "Si el general Espartero viene á Marineda—acostumbra añadir la buena mujer—á la mesa le tenemos seguro., Ni es la compañía de doña Consola mi único solaz. Poseo un amigo, un repolludo gato, negro, lucio, manso, con redondas pupilas de esmeralda, que al sentirme entrar acude enarcando el lomo, entiesando el rabo y fregándose contra las paredes. Llégase á mi asiento y se pone á hacer carretilla, alargando delicadamente una pata de terciopelo, á fin de avisarme de su presencia. Yo le arrojo bolitas de pan, y él juguetea con los proyectiles. Sus brincos, zapatetas y zarpazos me divierten, como me divertirían las gracias de un rapazuelo.

Raro es también que á la hora del chocolate no aparezca algún conocido á traerme la chismografía de la ciudad: quién se casa, quién se muere, quien está tronado, á quién destinaron á Filipinas... Yo confieso que soy aficionado, no precisamente á arrancar á tiras el pellejo, pero sí á llevar un alta y baja de observación de las vidas ajenas, que ofrece sorpresas más entretenidas que novela alguna. Así, mientras chupo un excelente *Henry Clay*, traído en derecha de la Habana por un capitán de barco, me entero de cuanto ocurre en Marineda, Mi mejor *reporter* es el festivo maldiciente de la Pecera, Primo Cova (el que ha sentado y defendido la teoría de que la murmuración es el pan del espíritu).

Volviendo al *Henry Clay*, afirmo que es uno de los más exquisitos goces que debo á mi soltería. ¿Conocen Vds. algún hombre casado que á los ojos de su mujer tenga derecho á invertir peseta y media ó dos pesetas en un puro? Apenas prendiese la cerilla, saldría mi dulce compañera con que los niños necesitan esto, y que ella carece de lo otro, y que es no tener vergüenza ni corazón derrochar en humo y vicios el pan de la casa.

Después del chocolate, al trabajo, á recorrer mis obras ó á levantar mis planitos. Si no hay que hacer y me encuentro exento de servicio, me voy á nuestra querida sociedad de la Pecera, me reclino en la mecedora mejor situada, ¡y que se me escape una rata ya! Como tan bien informado, sorprendo y descifro en la cara de los transeuntes el por qué pasan y qué objeto les guía. El cristal de mi Pecera es un microscopio. Cuando cruza Antoñita Marqués, muy remilgada y andando á saltitos, ya sé que detrás ha de venir Demetrio Llana; cuando Baltasar Sobrado atraviesa la calle aprisa, con la quijada en el pecho y las manos en los bolsillos, ya sé que busca el medio de deslizarse por la apartada callejuela donde vive quien él

y el diablo saben... Sin poder remediarlo me río de la pobre humanidad, de su eterna ilusión, de la fidelidad con que reproduce, á distancia de años, gestos, actitudes y errores, que sin embargo afecta conocer y despreciar... Cuido, eso sí, de no reír en alto, porque no es de hombres prevenidos el decir *en esta piedra no tropezaré...*

Si hace bueno (caso en Marineda no muy frecuente), voy á dar mi paseito largo por los alrededores del pueblo. De dos ó tres años acá noto propensión á engordar, y, por higiene, me he recetado ejercicio en píldoras de excursiones, que entre ida y vuelta no suelen pasar de seis ú ocho kilómetros. A eso de las cuatro, como con robusto apetito, avivado por el movimiento. Doña Consola me presenta golosinas y piperetes, consultándome y estudiando mis gustos y antojos; y aun cuando no está muy fuerte en primores á la francesa, su esmero en elegir la flor del mercado, su tino para espumar los puestos, así los de las legumbres y hortalizas que cría este privilegiado suelo como los de los suculentos mariscos de esta costa, y la limpieza y seguridad con que los condimenta, bastan para hacer de mis comidas verdaderos festines. Los cuatro ó seis platos británicos en que doña Consola es maestra, realzan de vez en cuando con un saborcillo exótico mis *menus* castizos y regionales.

Procuro tenerme á raya y no entregarme sin tino á la satisfaccioncilla sensual de la gula, resistiendo las asechanzas de la fresca langosta, de la sabrosa *cachucha* y del chorizo reventón y gorduroso. Paréceme que un hombre algo culto debe levantarse de la mesa *cortés consigo mismo*, no ahito ni pesado, y no soy de los que á un hartazgo le llaman placer. Sin desconocer que la naturaleza tiene sus leyes imperiosas y ha puesto goces en el cumplimiento de todas ellas, prefiero á las expansiones de la materia las del espíritu. Además, no temo contraer las enfermedades que son reato y castigo del comer desordenado y brutal.

La noche es para mí lo más grato de la jornada. Si hay compañía de teatro, me abono á mi butaquita, la misma siempre... (á no ser en ciertas ocasiones excepcionales). Si falta este matadero de horas y alivio de las noches largas del invierno, entonces me recojo á mi madriguera casi temprano—á las diez.—El gato me aguarda apelotonado, haciendo un valle profundo en mi edredón de seda roja, y al llegar yo entreabre sus verdes ojazos y carraspea voluptuosamente, cual si murmurase: "Somòs un par de filósofos, Mauro amigo. ¡Cáspita si entendemos la aguja de marear!", Doña Consola ha cuidado de abrir el embozo de mi cama, de tener reluciente como el oro el velón alemán de aceite de oliva, de que esté á la cabecera mi tisana contra

los romadizos incipientes, — una parte de te por dos de leche, y una cucharada de coñac añejo — y de cerrar bien ventanas y puertas. Allá fuera se escucha el lloroso gotear del aguacero, el silbo fúnebre del viento, la sorda y perenne amenaza del Océano, y, á cosa de las once, el pitido del tren descendente, que entre ventiscas y lluvias viene de Madrid... ¡Ah, — pienso yo al deshacer el lazo de mi corbata — quién fuese marino y á estas horas cruzase el golfo de Gascuña, ó se acercase á los peligrosos escollos de la boca de la ría, donde tantos buques ingleses han encontrado el fin de sus viajes! Quién, extraviado por el ansia de lucro, se viese ahora juguete de las olas irritadas, ó patease, para calentar sus helados pies, en alguna solitaria estación de ferrocarril! — Mientras me desnudo metódicamente, dejando mi ropa en buen orden sobre la silla, (soy enemigo del desbarajuste y de los cuartos leoneras) evoco escenas azarosas y trágicas, y fantaseo naufragios, vuelcos, choques, puentes que se hundan arrastrando al abismo sartas de vagones, asesinatos en los departamentos, locomotoras atolladas en la nieve, viajeros muertos de hambre, y otros dramas no menos lastimosos, á que no está expuesto quien no se mueve de su amada casita... El gato, inquieto mientras no tomo la resolución de despachar mi bebistrajó y acostarme, guiña los párpados y rezonga suavemente, mirándome de reojo, como si desaprobase mi morosidad... Al cabo el French, siempre vigilante, da la media, y me deslizo entre sábanas de verdadera holanda, herencia de la duquesa de la Piedad. El gato gruñe de contento, se enrosca mejor, y gravita sobre mis pies. — Yo extendiendo la mano y tomo de un estantillo, colgado sobre la mesa de noche, la novela nueva de Daudet, de Galdós, de Tolstoy, de Bourget ó de autores menos afamados pero dignos de lectura; el último poema de Campoamor, el más reciente drama de Ibsen, las novísimas picardigüelas de Armand Silvestre... y ya me tienen Vds. lejos del mundo real, en grato coloquio con damas espiritadas y neuróticas, con maniáticos donosos, con tipos castizos arrancados de la inagotable cantera de nuestra raza, con *horizontales* sandungueras, con iluminados místicos, con príncipes agricultores y teofilántropos, con damas parisienses vestidas por Worth y que exhalan perfumes de gardenia y de verbena blanca, con heroínas emancipadas y que huyen de su hogar batiendo las puertas, con caballeros de trusa y garzota..., en fin, con una cohorte de seres extraños, fantásticos, pero de vida más intensa y ardiente que la de los hombres y mujeres de carne y hueso que recorren las calles de Marineda. Ya estoy donde quiero y como quiero: en el tocador de la hermosa, en la taberna inno-

ble, en los barrios bajos, en el taller del artista, en el aristocrático club, en el camarín feudal, en el jardín frondoso y sombrío que ilumina el rayo de la luna, al borde del estanque donde relumbran entre el césped los verdes gusanillos de luz... Ya me traslado á todas partes, llevándome de la mano hombres ilustres, que al narrar la sensación la duplican, y que al mirar un objeto nos lo hacen ver cual si jamás lo hubiésemos visto antes. Tantos goces debo á esta afición á las letras, que reservo, como parte más escogida y delicada de mi ser intelectual, para la intimidad conmigo mismo, guardándome bien de cultivarla en público, porque tengo suficiente discreción para comprender que no soy capaz de producir obras maestras de arte, á no ser que tal se juzgue el arreglo de mi vivir, que es realmente un *capolavoro*. Crean Vds. que esto de combinar bien la vida no carece de mérito. Las nueve décimas partes de los hombres se la estropean por falta de tino. Raro será el que acierte á acostarse una sola noche como yo me acuesto sin faltar una,

libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanza, de recelo... †

### III

No: caigo en la cuenta de que la cita anterior no expresa bien el estado de mi ánimo, y da de mí una idea falsa, exagerando demasiado mi interior tranquilidad. Por ella propenderá quien lea estas confesiones á suponer que navego en una balsa de aceite, y que soy de corcho ó de pasta flora, es decir, insensible á las ilusiones y espejismos que atraen á la humanidad y la atraerán siempre, encaminándola á su perdición. Si así fuese; si el empecatado *genio de la especie* no me hiciese cosquillas, incitándome á sacrificar en sus aras la ventura de mi individuo, entonces no tendría yo gran mérito; mi condición sería la de la piedra, que se está, ¡miren qué gracia!, donde la ponen.

No señor; yo quiero que no ignoren los venideros siglos que soy de Dios, que tengo mi alma en mi almario, y que no sólo la ten-

go, sino que algunas veces me lanza por sendas peligrosas, empujándome á precipicios que, gracias á la reflexión y á la fuerza de voluntad, he conseguido evitar hasta hoy, y donde espero no caer nunca. Para defenderme de estos abismos tengo mi táctica especial, que voy á descubrir, recomendándola á los solterones futuros, si es que poseen mi misma índole, pues en medicinas del alma se requiere identidad de sujeto psíquico, y ya se sabe que el alma ajena es una selva obscura. Viniendo á mi *caso* especial, diré que si soy el mayor enemigo de la realidad del matrimonio, adolezco en cambio de una afición vehemente á los sueños ó fantasmagorías que le preceden, á esa dulce escaramuza en que poco á poco el albedrío y el corazón de una preciosa niña van acudiendo, como pájaros bien domesticados y amaestrados á posarse en nuestro hombro ó á refugiarse cerca de nuestro corazón. Ese período de cortejo fino que prepara la petición de la blanca mano de una señorita, es lo único bueno (en mi sentir) del matrimonio; una serie de emociones gratas y tiernas, una seducción casta que os entrega poco á poco, y sin detrimento de su pureza, á una mujer. Tiene la frescura ideal de la primavera, el encanto de los primeros días de un Abril florido. Así como infaliblemente sabemos que después de las bendiciones no habrá más que breves horas de embriaguez física, no siempre mutua, y luego una eternidad de indiferencia y prosa—cuando no de discordias y regaños—antes de las bendiciones todo es poesía, gracia, armonía, tierna sumisión ó coqueterías halagüeñas y picantes, que no comprometen nuestra honra viril, pues la coquetería, que halaga y divierte al soltero, al casado le volvería tarumba. Mi carácter dado á las impresiones benignas y suaves; mi propensión imaginativa, me hacen encontrar deliciosos esos amoríos á flor de agua—caprichosos, risueños, ligeros, en que si la ruptura cuesta lágrimas, son lágrimas que se secan pronto y no abrasan las pupilas.

Así es que ya he tenido lo menos diez ó doce novias, elegidas con esmero entre lo más granado y lucido de la baraja de las marinedinas beldades. No con todas ha adquirido mi mariposeo el mismo grado de intensidad; con algunas se limitó á paseítos calle arriba y calle abajo, miradas en el teatro y á cada vuelta en el paseo del Ensache, asomadura cuando yo pasaba, y conversaciones breves en los *asaltos* al Casino de la Amistad y á la Pecera: con otras me corrí algo más, y hubo cartitas echadas por hilos, gran ventaneo y palique cuando no pasa nadie por la calle, acompañamientos por los alrededores si *ella* salía con una amiga complaciente, abonos enteros de teatro en que no mirábamos para el escenario, sino



que se nos pasaba toda la función en una pura seña y un puro guiño... Lo que no hubo jamás, ni por asomos, en ninguna de mis novelitas cortas y del más calificado idealismo, fué conato ó intención mía de convertir en repugnante seducción el hechicero idilio soso. Puedo jurar ahora mismo, delante del más respetable tribunal, que á las distinguidas señoritas á quienes me comía con los ojos no las toqué ni con la punta de un dedo. Ni creo (hágase justicia) que ellas lo consentirían, ni yo aspiraba á cosa semejante. Lo único que buscaba era la dulce fiebre del sueño amoroso, lo más bonito, la irisada sobrehaz del amor, y no su amargo y turbio sedimento. Mientras duraba uno de esos idilios, yo no necesitaba leer novelas, ni poesías; bastante tenía para soñar á mi modo con la lectura de aquellas cartitas tan monas, tan sencillas, tan parecidas entre sí, que muchas veces al descifrarlas creía no haber cambiado de novia jamás. Y, en efecto, todas mis novias eran para mí en cierto modo una misma: eran la Mujer, de la cual no pueden privarse enteramente nuestro cuerpo ni nuestro espíritu, cualquiera que sea la resolución que nos anime y el benéfico egoísmo que nos preste sus infalibles lentes de oro...

Nadie es capaz de comprender los placeres especiales de este amoroso juego de cañas. Al pronto la señorita muestra el contento propio de toda hembra cuando se ve requerida: la encontramos en paseo y se pone como la grana, ó se queda pálida y grave (esto depende del temperamento); aparenta hablar alto y reír con sus amigas, y en realidad tiene las energías de su ser reconcentradas en una ansiedad secreta y profunda. Luego ya corresponde á nuestro mirar con otro intenso y largo. Llega un día de baile... y desde nuestro rincón la vemos azorada, inquieta, nerviosa, hasta que nos aproximamos. Al acercarnos parece que se transforma: es como si la devolviesen la libertad y la luz: se le ilumina la cara, se pone mucho más linda, y nos recibe con tal afán, que bajo su corpiño de gasa adivinamos el corazón cómo se alborota... La sacamos á bailar, y gozamos con delicado sibaritismo de su azoramiento, de sus inocentes ardides de defensa, que se parecen á los dragones de cartón con que intentan aterrar al enemigo los guerreros chinos; respiramos su aromado aliento, oímos de cerca su timbrada voz juvenil, detallamos su hermosura á distancia en que ya los artificios de tocador poco encubren... y escuchamos, con sensación embriagadora, interrumpidas palabras, que nos prueban que lo mejor de aquella monísima criatura—la voluntad y el espíritu—ya han sido nuestros.

¿Dicen Vds. que es jugar con fuego? ¡Vaya una noticia! Ya lo sé; como que tengo de ello larga experiencia! En eso, en el fuego con que se juega, está el intringulis del atractivo y del gusto. ¿No habéis visto en los circos, juglares que entretienen al público arrojándose de una á otra mano estopas ardiendo, y las voltean y las hacen girar y las recogen con las narices y con la boca, y nunca se les chamusca el pelo ni se les produce una quemadura en ninguna parte? Pues así jugaba yo con la viva llama, pero sin peligro: siempre supe desviarme á tiempo, hurtar el cuerpo y no dejar prender la chispa.

El verdadero inconveniente de mis idilios no consiste, á mi ver, en el riesgo de que puedan formalizarse y parar en la Iglesia (riesgo que yo me jacto de saber evitar), sino en otra cosa bien distinta: en la detestable opinión que, á pesar de su inocencia, van granjeándome estas historias entre mis convecinos, los de Marinada de Cantabria. A cada desengaño que recibe una señorita persuadida de que voy á pedirla en matrimonio, la prevención contra mí crece y se afirma, y siento subir la marea de la pública reprobación, que me presenta como un odioso raptor de corazones inocentes, me acusa de sembrar la desolación en los hogares y envenenar la existencia de tanta interesante víctima, cortando para siempre su porvenir, sus ilusiones, descalabrando su antes intacta reputación, y faltando de propósito á todas las leyes de la caballeridad y la hidalguía. Y no crean Vds. que estas voces y estas censuras proceden sólo de las señoritas chasqueadas y burladas, ni de sus padres ó parientes. No: la población entera va tomando parte en el somatén. Todo Marinada me anatematiza. Diríase que he lastimado y herido eso que se llama *espíritu de cuerpo*, el punto de honra de la colectividad, que, á no dudarlo, se compone de casados y casadas, ó de gentes que aspiran á serlo. Mi refractarismo conyugal es una ofensa á los que viven metidos hasta el cuello en las agitadas y salobres olas de la vida doméstica. La colectividad no me perdona mi individualismo, y el espíritu positivo de la gente provinciana no comprende mis solaces imaginativos *alrededor del matrimonio...* sin entrar nunca en él.

¿No es cierto, señores, que mi pueblo peca de injusto y de poco reflexivo al excomulgarme por actos en el fondo tan inofensivos y tan defendibles? ¿No sería peor, es decir, no sería realmente malo, que yo asaltase, á guisa ladrón nocturno, la paz y la dicha del hogar y anduviese, como Ramiro Doval, deseando y requiriendo á la mujer del prójimo, derramando afrenta sobre honrados

nombres y llevando el dolor y la discordia al seno de las familias? Jamás he comprendido la felicidad de la pasión ilícita, ni el gusto de andar siempre mirando hacia atrás en la calle, á ver si nos amaga el bastonazo de un marido, ó de pasarnos las mejores horas del día acechando en un portal, tendido bajo un sofá ó acurrucado en un cuarto de baules, temblando que nos sorprenda allí el que tiene derecho para soltarnos un puntapié ó descerrajarnos un tiro. Pero no porque yo deteste estas peripecias ridículas y peligrosas, sobre todo en provincia, se ha de quitar mérito á mi respeto nimio del cercado ajeno. Tampoco me gusta eso de pervertir, verbigracia, á una bonita costurera, y ponerla un piso, y ser responsable de su caída en el fango. No, á mí déjenme de responsabilidades: nadie debe ser el primero á quitar piedra por donde se desploma el edificio. La consideración con que miro el recato de las "hijas del pueblo," también hay que reconcer que es una virtud. Y sobre todo, importa considerar lo delicado de mi proceder con las mismas señoritas á quienes la gente supone mis víctimas. De mis labios no sale jamás palabra indiscreta que pueda comprometerlas: jamás mi conducta se aparta de los límites del más estricto respeto, y nunca de mí recelan nada que las pueda doler ó humillar. Soy con ellas galante, sincero; puntual y cuando sale la conversación de *casaca*, mis palabras se dirijen á cortar esa esperanza, de raíz ó al menos á hacerla remotísima. Si tronamos, á la primera indicación restituyo, con dolor de mi alma, epistolario, prendas capilares, sección de herboristería ó botánica (flores secas) y las ilustraciones al texto, ó sean las fotografías. En todas partes hago el panegírico de mis supuestas *abandonadas*; en todas partes niego rotundamente nuestras relaciones, y en mí encontrarían mis parejas de lo que puedo llama el *vals amoroso*, (si quisiesen aceptar tan pequeña compensación) un amigo á prueba, que en servir las se complacería de veras.

†

## IV

A pesar de mi buen comportamiento, que, ó mucho me engaño ó es todo lo correcto que se puede desear ni imaginar, repito que la marejada crece y sube, y voy á verme en la precisión de

renunciar á este dulce y (para mí) aventurado juego imaginativo, porque temo que un día se pongan de acuerdo mis conciudadanos para *lincharme*. Lo más curioso es, ya lo he dicho, que los principales caudillos de la cruzada contra mí no son precisamente mis víctimas, mis Didos y Ariadnas, ni siquiera sus padres y parentela, sino una colección de buenas señoras que no tienen con ellas conexión de ninguna especie, que ni me conocen ni han hablado conmigo tres palabras, y andan por ahí creándome una reputación siniestra, de malvado, de seductor mefistofélico, de verdugo en frío de los corazones, con otros mil disparates que llegan á mis oídos ¡vaya si llegan! y unas veces me dan coraje y otras risa.

No saben esas señoras abogadas del matrimonio que, al armar tal gresca, perjudican á la causa á que creen ser útiles. Porque si yo doy en aislarme, en renunciar de una vez á mis idílicos sueños, en declararme oficialmente solterón, ya no queda ni leve resquicio por donde mi resolución heroica y sábia pueda quebrantarse nunca. En *el juego con fuego*, alguna probabilidad existe de quemarse las alas, porque hombres somos, y á las tentaciones y fragilidades humanas estamos sujetos...

Tan sujetos estamos, que mientras mis *víctimas* creen que me dedico á celebrar la victoria y á gozar secretamente pensando en sus torturas, en sus lagrimitas y en sus inapetencias y retiros momentáneos, yo, á solas, entre mi gato vivo y los pájaros disecados de la heroína, me entrego á nostalgias que nadie sospecha. Tengo horas en que comprendo que mi supuesto egoísmo no es sino abnegación heroica, por lo que me cuesta perseverar en él y romperlos lazos que nos tiende ese maldito *genio de la especie*, esa naturaleza que, según dice un gran poeta italiano, no se cuida del *bien*, sino únicamente del *ser*, y envía al universo gérmenes que luego han de convertirse en criaturas, sin dársele un ardite de que tengan ó no tengan cama, ropa, abono al teatro é impermeable para cuando llueve. Con toda formalidad aseguro á Vds. que yo también soy juguete de la naturaleza, y nunca despierto de uno de mis graciosos sueños de dicha con una muchacha encantadora, sin sentir que á la vez se rompe algo de mí mismo, alguna fibrita de un rincón delicado que no enseñó para que no se me burlen, pero que allí está, sensible, sangriento. Siempre que ocurren tales rupturas noto la misma impresión, que es una especie de íntimo desconsuelo, una convicción cruel de que se me acaba irremediabilmente la juventud. Porque otra clase de relaciones con otra clase de mujeres, son de cualquier edad si hay bolsas repletas; pero el idilio *prematrimo-*

*nial*, parece que sólo corresponde á la edad hermosa que voy dejando atrás ¡ay de mí! Mis frustrados idilios representan para mí la juventud, y me son doblemente caros.

En los días de mi *abandono*, en vez de reirme cínicamente del poco ó mucho disgusto que sufre la *abandonada*, lo que hago es pensar en ella á todas horas, y, sin poderlo remediar, representármela como un modelo de virtudes, hechizos y condiciones admirables, incluso una benéfica esterilidad, gracias á la cual se orillarían muchos inconvenientes del matrimonio. Claro está que mi razón me dice "tente", pues los inconvenientes del matrimonio no son accidentales sino esencialísimos; pero váyale V. con eso á la exaltada fantasía. Para curarme empleo todos los medios que recomiendan Ovidio y Feijóo; me represento á mi compañera de idilio en los momentos menos poéticos y bonitos de su existencia, consagrada á las faenas más vulgares é ingratas, en las horas de descuido en el tocado; me empeño en figurármela tal cual será después de cuatro ó seis años de matrimonio, con sus encantos marchitos, el nácar convertido en hueso rancio, las rosas en algo seco como la *camomilla officinalis*... y nada, siempre la veo en el palco del teatro, derecha, empolvadita y mona, ó en la ventana, sofocada, gentil, con la risa en los rojos labios.

Y no obstante, ni desmaya mi fortaleza ni mi corazón se encoge y vacila, porque las largas reflexiones y meditaciones sobre el problema del matrimonio me prestan valor, y me siento por turno casto Josef y fugitivo Enéas. No han salido todavía á relucir las razones más graves y hondas por las cuales evito esa forma irrevocable de unión entre los sexos que se llama matrimonio. Las que aduje al comienzo de estas Memorias son de pura conveniencia, de una conveniencia llana, positiva, un tanto material y prosaica; pero bajo ideas que á cualquiera se le ocurren, me precio yo (á fuer de refinado hijo de mi siglo y de lector apasionadísimo de esos grandes novelistas extranjeros que tan bien escrutan los pliegues y recónditeces del alma), de esconder otros móviles altos, quintesenciados y sublimes, habiendo descubierto, para abstenerme del gran compromiso y de la irremediable falta, ciertas razones que no se le ocurrirían al vulgo, y que tampoco el vulgo es capaz de comprender bien.

He formado allá en mi interior cierto concepto del matrimonio y de la parte alícuota de amor que en él entra. Se me figura á mí que la dignidad, el legítimo amor propio, el orgullo más natural en el varón, salen mal librados, mortificados, hasta sacrificados dura-

mente cuando se determina al casorio. Me es insoportable el pensamiento de que la mujer á quien yo pudiese llevar al ara, fuese á ella conmigo,... buenamente porque no iba con otro. No hay comparación más exacta de la que cabe establecer entre la situación de la mujer ante un baile y ante el altar de Himeneo.

Al anuncio de un baile, la mujer jóven, linda, en la flor de su edad y de su esperanza, no sabe pensar sinó en la atractiva y bulliciosa fiesta, y de antemano, tal vez con una quincena de anticipación, prepara sus atavíos, estudiando la mejor y más hábil manera de hacer valer y realzar sus encantos. Discurre qué color la favorece más; elige la tela que mejor se adapte á su talle y á sus formas; encarga el calzado de raso que oprima el mono piececín, previene el abanico, limpia el broche de oro, y mientras duran estos preparativos, una dulce calentura la exalta, una agitación invencible la estremece, sus noches están pobladas de dorados sueños, su imaginación acaricia mil brillantes quimeras. Es que ve en lontananza al hombre cuyo amor desearía; es que aquel tipo que es su ideal, aquel tipo que la haría feliz, quizás ha de aparecerse entre la multitud que al deseado baile concurra. Tal vez—esto es lo más verosímil, esto es lo que la malicia y la experiencia enseñan—ya el tipo ideal lo ha encarnado la muchacha en un hombre, que halaga su corazón, que es su elegido—porque quién duda que ellas también eligen, ¡pero en silencio!—y á ese hombre cree la niña que el baile la dará ocasión de verle de cerca, de hablarle, de bailar con él, siendo esto lo único que se necesitaba para que él descubra el mismo interés y el mismo pensamiento que ella alimenta escondido en lo más hondo del alma, como un pájaro á quien se encierra en la obscuridad á fin de que no cante.

Llega por fin la memorable noche, y la virgen (¡qué bien suena este púdico sustantivo!) de pie ante el espejo, vestidas ya sus mejores galas, artísticamente encrespado el hermoso cabello, descubierta la garganta y el nacimiento del intacto seno blanco como las azucenas, se mira y se encuentra tan linda, tan gallarda, que no duda de la victoria. ¿Cómo va el hombre preferido á resistir? Sería ciego, sería un estúpido, sería una piedra berroqueña, si al aparecer ella, triunfante en su gracia y en su elegancia sencilla, á todo su talante no le rindiese el albedrío. Sí: de aquel baile—es infalible—ha de salir la declaración, ha de quedar anudada la cintita de seda que junte pronto dos cabezas para siempre con la bendita estola.

Pisa la joven el umbral de la sala de baile. El cuerpo no la pesa una onza; la alfombra le acaricia los pies de un modo halagüeño. En

un ángulo del salón acaba de divisar al *héroe*, al escogido. Allí está, más guapo, más compuesto que los otros días, con ese airecillo conquistador que á ella la sorbe el seso. ¡Ay! La mira: la dedica una ojeada larga, espresiva, inquisitorial. ¡Dios! ¿Si irá á acercarse, á *sacarla* para el vals próximo? Ella, sentada al lado de su madre, ruborosa, sonriente, adelantando los pies bien calzados de raso, espera, espera... Él vuelve la cabeza hacia otra parte, mira á otra señorita que acaba de entrar... precisamente á Natalia, á la necia de Natalia!... La mira, sí... y no sólo la mira, sino que se destaca del grupo, se aproxima á ella, la dirige la palabra... Suena la música, Natalia deja su silla, y sale á bailar con *él*, con el que la otra prefiere, adora, sueña!

La joven de mi cuento, como si la pinchasen dos docenas de agujas, se retuerce en su banquetta. Siente impulsos de gritar, de llorar, de morder, de arañar, de tirarse del pelo; y no puede sinó roerse por dentro el alma. Daría ella la vida y hasta la divina gloria por disponer en aquel instante de la iniciativa masculina, y poder abofetear á su rival, requebrando á la vez con ardientes palabras al sér querido. Pero una valla invisible, más fuerte que un muro de diamante, la clava en la banquetta, la ata las manitas, la inmoviliza el rostro. ¡Su decoro! ¡El miedo á ponerse en ridículo! No, no haya temor de que se levante la pobre muchacha. Aunque la aspen, allí se estará. Un suplicio diferente, pero también grande, se añade al otro: la tortura del amor propio lastimado. ¿De qué la ha servido tanto emperifollarse, de qué, vamos á ver, si nadie repara en ella, si no la *sacan*? Y disimulando la tempestad con forzada sonrisa, y mordiéndose los labios mientras hace la mueca de la jovialidad, hinca los ojos ansiosos en el grupo de hombres disponibles que han venido al baile. Supongamos que entonces...

Yo, yo mismo, que no puedo leer en el corazón de la muchacha, y que no he sabido desgarrar el velo de su disimulo, la miro desde lejos, y la encuentro linda, así excitada, deseosa de bailar, según creo. La tentación me subyuga: me acerco, la invito, la *saco*. Ella acepta, radiante. Su sonrisa y su gozo—que no es sino la satisfacción del amor propio herido—me enajenan; creo que el júbilo de la chica se debe á *mi* presencia, y como la muchacha me agrada, al rodear con mi brazo su cintura, en esa terrible y peligrosa familiaridad que autoriza el baile, me siento trastornado, y sin saber lo que hago empiezo á deslizar mi declaración. Ella me escucha, sin dejar de sonreír, roja, confusa, palpitante... Yo ignoro que lo que palpita en ella es la vanidad, y lo que sonríe, la pueril alegría del

cazador que, deseoso de tumbar una buena pieza, cobra al menos un pajarillo... Soy la *conquista*, y celebra su triunfo, su desquite instantáneo. Y mientras ella me halaga pensando en el *otro*, tal vez la que el *otro* lleva en sus brazos piensa en mí, y acepta al otro con resignación, obedeciendo á la fatal pasividad del sexo... Las pobre-cillas, ¡qué diablo! no pueden hacer otra cosa...

Y si de aquel baile sale una boda... la situación será la misma. La elegida por mí vendrá á mi casa, mientras su deseo entra por la ventana del vecino; se apoyará en mi brazo, mientras otro brazo sería el que la hiciese estremecerse de júbilo; dará á luz mis hijos según la carne, que serán, según el espíritu, los hijos de otro, del soñado, del anhelado... Y me será fiel, materialmente, porque al *otro*, —el que ella hubiese adorado— no se le ocurre extender la mano y apoderarse de lo que le pertenece en virtud de las leyes del corazón. Y yo tampoco sabré nada, y atribuiré ciertas frialdades al modo de ser de mi esposa, y hasta quizá—¡necio!—me felicitaré de su condición tranquila...

¿Comprendes ahora, lector delicado, lector psicólogo, poeta lector, por qué, aparte de todo *egoísmo*, me infunde horror, dentro de la sociedad actual, la santa coyunda? ¿Comprendes por qué antes moriría que dar cima al idilio?

## V

He leído que los romanos, para quitar á sus hijos el vicio de la borrachera, hartaban de vino á un ilota, y así, completamente beodo se lo enseñaban, demostrándoles experimentalmente la fealdad y abyección á que se expone el que se deja dominar por sus pasiones desenfrenadas. Con un fin análogo (no lo tomen Vds. á mala parte) di yo este año en cultivar esmeradamente la amistad de mi convecino y ya antiguo amigo D. Benicio Neira, el caso más caracterizado del *pater familias* que entre mis relaciones conozco. Su vista, su lastimoso ejemplo, me parece que bastan para curar de tentaciones conyugales al más dejado de la mano de Dios, y creo que contribuirán á sacarme bien del difícil período que atravieso, antes de llegar al puerto de la calma definitiva.



Este D. Benicio Neira es un propietario de la provincia de Lugo, de buen linaje, dueño de una mediana hacienda, suficiente para que él *solo* se diese una vida de archipámpano, como la que se da un servidor de Vds., ó mejor todavía. Pero mi hombre, á la edad de veintitrés ó veinticuatro, no tuvo labor de más prisa que casarse, y desde entonces pesan sobre él mil y una calamidades, y su vida es un prolongado purgatorio, aunque á ratos lo niega y se alaba de haber encontrado fruiciones especiales en su terrible misión paternal.

Tuvo D. Benicio una esposa... Si consultan Vds. á las nueve décimas partes de los doctores que hablan de estas cuestiones de matrimonio lo mismo que hablarían de plantar espárragos, la mujer le *salió buena* á D. Benicio. Y en efecto: ella ni se la pegaba á su esposo (¡Dios nos libre! quizá no encontraría cómplice), ni derrochó la renta, ni fué amiga de lujos, antes bien pecó de tacaña, según he oído por ahí. Pero también cuentan que traía á su marido en un puño; que le armaba broncas fenomenales, de puertas adentro, por celos, por avaricia, por manías que la entraban, y que D. Benicio no se atrevía ni á respirar, hasta que poco á poco fué convirtiéndose en un sumiso, en un calzonazos, y se demostró una vez más que el matrimonio es incompatible con la dignidad del hombre.

Además, la infernal señora tenía el vicio de parir, y parió hasta los últimos instantes de su vida, dejándole al esposo una tribu, en la cual dominó el elemento femenino: de doce vástagos que *le viven* al pobre, once son hembras. Por no perder la costumbre, poco antes de su muerte la señora de Neira obsequió al esposo con unas robustas mellizas, lo cual pica en historia. Gracias que de estas mellizas se hizo cargo una señora andaluza, aquella famosa doña Milagros la de la historia trágica—y como hijas suyas las tiene y cuida allá en Barcelona el matrimonio Llanes, lo cual me parece una ganga para D. Benicio.

Lo que le resta de prole basta para que el desdichado sufra, continuos ahogos y miserias, sin saber cómo hacer frente, no al día de mañana, sino al de hoy, con sus exigencias de tienda y mercado. Si D. Benicio no fuese al mismo tiempo una persona tan regular, tan digna (lo es, no cabe duda), su amistad rayaría en peligrosa, pues suele verse con el agua al cuello, y en esos casos se pierde la vergüenza. Pero hagámosle plena justicia: D. Benicio es incapaz de *sablazo*. Como en el Casino (él no va á la Pecera, que considera centro de gente joven) suelen tomarle de guasa, y yo le defiendo y saco la cara por él y le espanto los chuscos bobos, el infeliz me quiere, y me ha elegido para paño de lágrimas.

—Mire V., D. Mauro—suele decirme—estoy tan acostumbrado á confiarle á V. mis penas, que si no lo hago, reviento. El espíritu necesita expansión, y como V. es discreto y formal, se le puede contar todo. ¡Ay, D. Mauro; V. es el hombre feliz! V. ha resuelto el problema. Porque los desprevenidos y los cándidos hemos entrado en el mundo como actores, y V., que la entiende, se ha parapetado detrás de un cristalito semejante al de la Pecera, para aislarse bien y ver desde el burladero cómo á los demás nos corren, nos pican, nos banderillean y nos rematan... Sus amigos no debían llamarle en chanza el *Abad*, sino el *Espectador*. Para V., la perra vida es un espectáculo.

—Puede que tenga V. razón, D. Benicio—le contesto yo.—En efecto; procuro tomar este mundo como una comedia, y lo es, créame V.; ó mejor dicho una farsa, un fandango sucio. Sin embargo, tenga V. por cierto que, si asistimos á la ópera, todos volvemos á casa tarareando; y en la mojiganga del vivir, á todos se nos ocurre salir á las tablas á echar nuestra relación... aunque sepamos que á la vuelta está la silba.

—Dichoso quien se reprime presintiendo los patatazos—suspiró Neira encogiéndose resignadamente de hombros.—Para mí, cada salida... un chiflido.

—¿Cambiaría V. su suerte si pudiese?

—Pues ahí tiene V. lo extraño: se me figura que no la cambiaría. Es cierto que he sufrido y sufro muchas penas, como que tengo diez ó doce corazones donde sentir las; pero también tengo otros tantos para gozar y deleitarme en esa cosa inefable y rara, en esa prolongación de nosotros mismos que se llama la paternidad. ¡Ah, sí! He experimentado placeres que V. no puede sospechar siquiera. En cuanto á dolores... Mire V. que ver estrellado en la calle á mi mayorcito, á una criatura que era un pasmo de talento! ¡Ahora sería, lo menos, ministro! Aquel muertecito lo veo yo siempre apenas cierro los ojos... aquel muertecito llama por mí...

—Nada, que tiene V. vocación de mártir.

—De padre, que es igual—respondió melancólicamente el corazón de manteca.

—En cambio, posee V. unas hijas superiores.

—Favor que V. las dispensa—respondió él babándose, con el rostro dilatado y tal expresión de dicha, que entendí que no mentía al asegurar que la paternidad, en medio de sus calvarios, proporcionan goces generosos que no comprendemos los que vivimos acorazados en nuestra prudente abstención.

—Pero—añadió el padre—calcule V. los desvelos que cuestan tantas hijas en edad de establecerse... y los que dan las que ya se establecieron, que es la más negra. ¿No parece increíble que teniendo yo siete chicas conmigo, no me pueda habituar á la ausencia de Clara, de mi Clara, sabiendo como sé que es dichosa con sus tocas de benedictina? ¡Mi Clara! Tan parecida la pobre á mi difunta Ilduara; tan seria, tan decente, tan formal, tan persona como era mi Clarita! Nada; ella comprendió que una señorita, ó se casa con arreglo á su clase..., ó no se casa, y decidió tomar el velo, conservando su dignidad, su posición, su señorío... lo que ha recibido en la cuna. Las Benedictinas de Compostela son muy damas, no crea V... Ellas ni guisan, ni barren, ni se dedican á otros menesteres bajos: tienen sus legas servidoras. Rezar en el coro y preparar esas mermeladas exquisitas que hacen chuparse los dedos... son las ocupaciones de las Benedictinas. Clara, con su tacto y su buen juicio, se ha creado tal atmósfera en el convento, que si llega á faltar la madre abadesa, que es una anciana de más de ochenta años, creen todos que la reemplazará mi hija.

Y D. Benicio sonrió con la misma complacencia babosa é infantil que había demostrado antes al escuchar que yo llamaba á sus otras hijas *superiores*.

—¿Y cómo le va á Tula en su nuevo estado?—pregunté sabiendo que ésta era la pena que más le gustaba comunicar y explayar á D. Benicio.

—¡No me hable V.!—respondió próximo á hacer pucheros.—¡Esa tontuela es la que nos ha matado á todos! A no verlo, jamás hubiese creído posible en lo humano que mi Gertrudis, la mayor, la que había heredado de mi esposa un bien entendido orgullo y una extraordinaria rigidez de carácter, y había sido amamantada en los más austeros principios y en las doctrinas más rigurosas, fuese á caer así, ¿...y con quién? V. no lo ignora... A mí me repugna pronunciarlo.

—Es el hijo de aquel barbero Redondo, ¿verdad?

—Sí, ese infeliz... por no llamarle otra cosa más dura... Un pintor- cejo de puertas y ventanas, un artesano, un hombre sin educación y sin principios, que trata á zapatazos á mi hija... ¡Ah! ¡Qué castigo tan cruel y tan largo para un momentáneo error!

—El más castigado creo que habrá sido su bolsillo de V.

—¡Figúrese.!—gimió el padre.—A cada apuro (y los apuros son diarios), se acude á mí. Para arrimar el puchero á la lumbre tengo que suministrar los garbanzos y la verdura. El marido de mi hija,

á pretexto de que casó con una señorita, se ha tumbado á la bartola, desdeñando el trabajo manual. Dice que debo brujulearle un destino, ¡yo, que jamás me he mezclado en política! Y los tiempos, cada día peores; los impuestos subiendo, los frutos bajando, los ingleses sin comprarnos ganado, porque creen que tiene la *glosopeda*... Todo mal, todo desastroso... ¿Sabe V. lo que se me ocurre con suma frecuencia? Que mi yerno me enseñe á pintar puertas y ventanas; me dedico á eso, y le dejé á él que dirija mi hacienda y tape con ella los agujeros que tapo yo.

Y el pobre se quedaba con los ojos fijos en el suelo, mirándose á las puntas de las botas. Su estado de alma verdaderamente infundía compasión. Porque yo sabía que, á pesar de la gran confianza que depositaba en mí, no me contaba ni la mitad de las tribulaciones, de los secretillos de familia. ¿Cómo había de hablarme, por ejemplo, de las manías de aquella seductora histérica María Ramona, *Argos* divina, que tiempos atrás era la más exaltada mística y no sabía salir de la iglesia ni desviarse de la reja del confesonario, y ahora, habiendo pasado de extremo á extremo con la volubilidad propia de su desequilibrado temperamento, no pensaba sino en ventaneo, carteo, romanzas, duos y aporreaduras de piano? ¿Cómo hablarle de la derrochadora Rosa, que en trapos y moños se gastaba lo que no tenía ni había de tener nunca, mientras su padre tuviese hipotecadas la mitad de sus rentas al implacable Baltasar Sobrado, que había ido prestándole sobre los lugares de Cardobre primero, y después sobre otros no menos saneados y productivos? ¿Cómo recordarle la mayor contrariedad, la ineptitud para el estudio del único hijo varón que tenía la familia, aquel Froilancito tan inútil, al cual ni á pescozones se le convencía de que abriese un libro? ¿Cómo insinuarle nada acerca de la extravagante *Feita*, otra insensata de diferente temple que *Argos*,—una de esas calamidades domésticas que es imposible clasificar?

Lo cierto es que Neira, después de arrancar del pecho un lastimado suspiro, exhaló estas quejas tristes:

—Lo que yo quisiera haber sido, si el destino de los hombres se pudiese escoger, sería fraile. Profunda tranquilidad debe de gozarse en el claustro, y cuando pienso que con haber dominado una pizca mis pasiones hubiese vivido tan libre de angustias, me conceptúo un bolo...

—Se puede ser casi fraile en el siglo, D. Benicio. Míreme V. á mí.

—No crea V. que lamento principalmente mis propios disgustos. Conozco que el eje de mis sentimientos está fuera de mí: yo *siento* y

*sufro* por ellas, por el porvenir que las aguarda si no encuentran marido, por la estrechez que han de padecer cuando yo falte... ¡ó quién sabe si antes!

—No hay que acongojarse. Acaso encuentren el día menos pensado una excelente proporción. Por ahí dicen con gran insistencia que á Baltasar Sobrado le marea Rosa. Ya ve V. que eso resolvería en gran parte el problema.

D. Benicio, al oír esto, se puso blanco de emoción. Sin duda él había pensado mil veces en la contingencia de que cayese el millonario yerno, pero como se piensa en que nos caiga el premio mayor de la lotería cuando ni hemos jugado siquiera. Y con un acento que redobló mi lástima, pronunció esta frase expresiva:

—¡San Antonio glorioso!

EMILIA PARDO BAZÁN.

*(Se continuará.)*

## AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO NATURAL DE BORJA

---

BIBLIOTECA DEL  
MARQUÉS DEL CONTINUACIÓN

Las hormigas.—Dos valientes.—¡Vaya un jefe!—Pedrisco de brigadieres.—Jaleo andaluz.—Cargas á los cargantes.—Me pronuncio dormido.—Siempre desafecto.—Nos sitian los ayacuchos.—Fanfarronadas.—Los sarracenos.—Héroe por fuerza.—¡Quién fuera cerdo!—No ganar y perder un ojo.—De Herodes á Pilatos.—La mar.—Sitiamos á los jamancios.—Mori en Prim.—Pobre oficial.—El poeta cinico.—No toca pito.—Tipos y anécdotas.

**L**o que más aburre en la milicia es el servicio de guardias y destacamentos aislados. En el polvorín de Sevilla estuve ocho días, y me desesperé. Con el soldado no conviene se familiarice el oficial. Observé que una hilera de hormigas subía y otra bajaba por la pendiente casi vertical de un cono truncado formado con tierra alrededor de un olivo. Todas ellas al encontrarse se chocaban con las antenas ó cuernecillos. Otras hormigas formaban grupos de cuatro ó cinco, esforzándose en elevar desde el suelo á la cima del cono, donde se hallaba la boca del hormiguero, los garbanzos sobrantes del rancho de la tropa. Cuando iban á conseguir su objeto se derrumbaban con el garbanzo, dando tumbos sin abandonarlo jamás. Su terquedad me interesaba; recordé á mis paisanos. Los pobres animales, sin desmayar, volvían á su trabajo hercúleo hasta meter en su granero la para ellos tan chicos inmensa mole. Cometí una mala acción; descubrí el almacén de provisiones, que además les servía de criadero y arrojé las larvas al suelo. Las hormigas, alarmadas,

se avisaron con las antenas, corrieron en tropel cuesta abajo, cargaron con los hijos, subieron desaladas y los depositaron en el agujero. Quedé admirado. Ignoraba que tales bichitos se comunican sus impresiones con los cuernos, á la manera que lo hacen con la lengua los políticos. Estos son menos económicos y previsores que los referidos insectos; se parecen más á las cigarras por su charla inútil eterna y sempiterna.

El 10 de Junio de 1843, la banda del primer batallón del regimiento de Aragón tocó llamada y tropa en el cuartel de la Gavidia de Sevilla. Las compañías conducidas por los sargentos formaron en el patio para pasar revista de armas. La compañía de granaderos se hallaba frente á la de cazadores. El comandante, D. Lucas Zuvieta, era alto, huesoso, de nariz larga, flaco y de un balazo en el hombro derecho ladeaba el brazo hacia dentro. Cuando algún escribiente de su oficina se presentaba sucio le enseñaba una casaca diciéndole:—Mire V. qué limpia; la usé de sargento en la guerra de la Independencia.—El tambor tocó llamada de oficiales, el indicado jefe mandó al batallón poner arma al hombro. Ningún soldado obedeció. Dos veces repitió la voz inútilmente; creyó que no le entendían. Se podía oír el aleteo de una mosca, la tropa parecía petrificada, los oficiales, que ignoraban la causa de tan grave acto de indisciplina, permanecían inmóviles y pálidos. El comandante se aproximó á los granaderos y les preguntó:—¿No queréis obedecer á vuestro antiguo capitán?—Volvió á mandar al hombro, y ni uno lo ejecutó. D. Lucas puso la punta de su sable en el pecho del cabo de gastadores, y le dijo:—Pon el arma al hombro ó te mato.—El cabo la colocó como se le ordenaba. Lo mismo hizo uno á uno con los ocho gastadores y los dos primeros granaderos obteniendo igual resultado. El jefe supuso que el resto de la compañía cumpliría con su deber y otra vez le desobedecieron. Se dirigió Zuvieta á la compañía de cazadores, levantó los brazos en alto, y con voz estentórea exclamó:—¡Y vosotros, los soldados mejores del regimiento, cometéis el mayor de los delitos! El capitán de la referida

compañía se adelantó, y gritó exaltado:—Mi comandante, mande V., si no obedecen los mataré.—El jefe dió la voz de al hombro, los cazadores titubearon, el capitán le pegó una cuchillada al que tenía más cerca, le rompió la galleta, el morrión, le hirió en la cabeza, lo agarró por la cruz del correa, lo sacó de la fila, y mientras se desangraba, quejaba y disculpaba, lo mostraba á la compañía repitiendo:—Mataré á todos, á todos. Mande V., mi comandante.—Capitán Ríos, dijo don Lucas al ver que había soldados sumisos, que carguen á discreción; fusilaremos á los granaderos.—Estos, al observar que los cazadores que se hallaban enfrente se preparaban á romper el fuego ejecutaron lo que les mandaban. Formaba contraste la excitación nerviosa del capitán con la impasibilidad del comandante. Al valor de ambos se debió el sofocar la insurrección. Yo era el oficial más joven del regimiento, formaba en la fila exterior de la compañía de cazadores, me hallaba tan embebido mirando á la de granaderos, que hasta que el comandante se dirigió á la mía, no me enteré que también desobedecía. El que manda se expone á perder honra y vida en tales casos. A granaderos y cazadores les descontaban un cuarto diario de su miserable haber para comprarles charreteras ó dragonas por orden del coronel. Prendas tan inútiles que sólo servían de estorbo debían pagarse con los fondos del regimiento. Los granaderos y cazadores se enteraron y obligaron á los fusileros, aunque éstos no las usaban, á unirse á la protesta en lugar de reclamar por el conducto que la Ordenanza dispone. Quintaron á los granaderos, y no los castigaron gracias á los sucesos políticos de 1843. El valor del anciano comandante obtuvo debida recompensa. Le insultó el coronel.

El general Córdova, en *Mis memorias íntimas*, dice aprendió á conspirar en Portugal; y que desde París el año 1843, en unión con varios militares, se dedicaron á sublevar los regimientos españoles contra Espartero. La reina Cristina adelantó los fondos, que después cobró. Los militares políticos no se pronuncian por que haya más ó menos libertad; por ascen-



der; la mayoría de los emigrados de 1841, retrógrados en ideas, se hicieron masones en París. Cuenta Córdova que el brigadier Orive, por feo le llamaban *Horrible* en el ejército, recibió de D. Juan de la Pezuela el noble espaldarazo al admitirle en la masonería. Con escenas ridículas se divertían para llevar, por medio de la disciplina, al degolladero á los infelices soldados; querían ocupar los primeros puestos de la milicia. Añade el referido general Córdova que Prim le escribió debían formar un partido nuevo para echar al diablo á los que pasasen de los cincuenta. Así lo verificó la marina al proclamar la España con honra en 1868. Prim se pronunció contra Espartero en Reus, y el general D. Francisco Serrano se nombró ministro universal en Barcelona. Para que el general Seoane tomase el mando de las tropas del regente del reino en Cataluña, exigió hicieran brigadier á su jefe de E. M. Este, entre los 192 pasaportes que presentó á la firma á su general de los jefes y oficiales que abandonaban las filas para incorporarse á los sublevados, puso el suyo y desapareció. Le premiaron con la faja de general. En una gran parada, gritó á un coronel de E. M... ¿Dónde va ese burro con tres galones? Cuando recibía órdenes, colocaba la espada entre el muslo izquierdo y la silla del caballo, cruzándose de brazos como manifestando era un animal el que las daba. En España se olvidó todo. Casi murió en olor de santidad. Los jefes que se llamaban moderados ó progresistas envilecían á sus inferiores. Políticos más que militares no cumplían lo que nuestra sabia Ordenanza previene al cabo: «Será firme en el mando, graciable en lo que pueda, castigará sin cólera y será medido en sus palabras aun cuando reprenda.» Echar un galgo en tiempo de libertad á ideas tan democráticas.

Del año 43 resultó un *pedrisco* de brigadieres. Sesenta. Córdova, Concha, D. José, Ros de Olano, este era comandante, y otros se *entorcharon*. Lo mismo que en la gloriosa del 68, pudo decirse que por las calles de Madrid sólo se veían tías y brigadieres. Treinta y siete se hicieron en los tres últimos meses de 1868.

E. M. — Enero 1896.

Si D. Baldomero Espartero, que había llegado á las más altas dignidades, se contentara con el honroso título de pacificador, oponiéndose al pronunciamiento de 1840, hubiera hecho la felicidad de la patria. Nadie ha tenido tan gran prestigio en España. El partido liberal lo quería. El ejército lo idolatraba. La ambición y debilidad con sus amigos de la guerra del Perú, que por la batalla de Ayacucho, llamaban ayacuchos, lo perdieron. Regente del reino desde 1841, dió á conocer su incapacidad política, desatendió á la clase militar, que le acusaba con razón de ingrato, y las masas populares, movidas en dirección del viento que las empujaba, pronto le fueron contrarias. Era un buen hombre. No servía para el caso.

Sevilla imitó á muchas grandes poblaciones de España. Al anochecer del domingo 11 de Julio de 1843, unos 300 paisanos entraron en la plaza de la Constitución dando vivas á Isabel II constitucional, al ministerio López, al regimiento de Aragón, mueras al coronel de este cuerpo, á Espartero, Inglaterra, los ayacuchos y los tiranos. El capitán general, Carratalá, reunió la guarnición y vitoreó al regente del Reino. Los gritos de los revoltosos ensordecían; las campanas de la parroquia del Salvador tocaban á rebato; la mencionada plaza se llenó de curiosos y revoltosos. Un piquete de caballería cargó dos veces á los grupos sin sacar los sables; los paisanos contestaron con tiros y piedras; los soldados acuchillaron á los pronunciados, y no quedó uno en la plaza. Se publicó la ley marcial, y patrullas de infantería y caballería recorrieron la ciudad con orden de disolver los grupos á la fuerza. Se rechazó á los que trataban de entrar en la plaza por la calle de las Sierpes y se persiguió á los que insultaban á los centinelas.

A las once de la noche se restableció la calma. Las gentes transitaban por las calles, acostumbradas á ver que en los motines de Sevilla todo se reducía á jarabe de pico, música y algazara. En uno que hubo durante la primera guerra carlista, fueron innumerables los alborotadores que pidieron empleos

por la gran hazaña de haber cogido las riendas del caballo que montaba el general Sanjuanena. Lo mismo sucedió en Madrid en 1868: muchos exigieron recompensa por dar la mano al general Pierrard cuando se cayó del jaco el 22 de Junio de 1866. Políticos de baja estofa, que se contentan con una portería. Los de alta aspiran á ministros.

Se dijo que de las cargas de caballería resultaron tres muertos y sesenta heridos, personas decentes que no se metían con nadie, según los que promovieron las bullangas. Llegaban noticias de nuevos pronunciamientos. Pasábamos las noches formados ó durmiendo en plazas y calles: lo que más aburre á la tropa. He dormido en el campo, en paja, sentado y andando. Recuerdo con horror la impresión que causaban en mi cuerpo los guijarros de las calles de Sevilla. El 15 me hallaba de guardia en el Principal, situado en la plaza de San Francisco. A las dos de la tarde se llenó de revolucionarios, entre ellos los ex empleados de puertas, que Mendizábal, al quitarles, los dejó por ídem. Corrían de un lado á otro llamándose, reuniéndose, separándose, enarbolando garrotes y acercándose ó alejándose de la guardia. Daban vivas y mueras atronadores, gritaban: «No hay que correr, silencio, es preciso pronunciarse, arriba, abajo, fuera, no marcharse, quietos», armando un ruido infernal. El capitán de guardia mandó que un ordenanza llevase el parte de lo que ocurría al capitán general. Un grupo de los más valientes se puso delante del jinete amenazándole y queriendo coger las riendas del caballo. El soldado, de bigote retorcido, arrimó las espuelas, enristró la lanza, corrió tras la turba, y despejó la plaza en un momento, con gran risa de los militares y de las señoras que presenciaban la escena desde los balcones.

Volvió á llenarse la plaza; los que hacían de cabeza del motín, algunos eran individuos del ayuntamiento, y varios llevaban vendados los brazos de resultas de las cuchilladas del domingo anterior, las heridas no serían gran cosa, memoriales para atrapar destinos, rogaban no hiciéramos fuego.

Repetían que todos éramos españoles, que ellos lo arreglarían, que su causa era justa, y prometían que no habría desorden. Este no podía llegar á más. Una guerrilla que se destacó de la guardia para despejar la plaza, como no tenía orden de hacer uso de las armas, nada consiguió. Al oír el trote de un piquete de caballería huyeron los vocingleros, metiéndose muchos en las casas consistoriales, cuyas puertas custodiaba la guardia municipal. Llegó el primer batallón de Aragón, y quedó todo en calma.

Por la noche comenzaron los revolucionarios á levantar barricadas con las ruinas de la cárcel que había en la calle de las Sierpes. Paisanos y nacionales, arrastrando dos cañones, se dirigían á la plaza de San Francisco para atacarnos. Por prudencia se volvieron por el mismo camino temiendo los quitáramos la artillería. Al saberlo el general Ezpeleta que nos mandaba, se sonrió; ni ordenó que formaran los soldados. Arrestaron á los que tocaban las campanas de la Giralda, y la población durmió tranquila. Lo que más gritaban los bullangueros era ¡mueran los ayacuchos! Así apellidaban por desprecio á los partidarios de Espartero, que no se encontró en Ayacucho. Mote inventado por los compinches de Riego para que se olvidase su villanía de 1820, denostando á los que pelearon con honra y fueron vencidos en el Perú, perdido desde la traición del infame Olañeta y *las desgraciadas campañas de nuestros buques de guerra*, como manifestó el virrey Pezuela. En la batalla de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824, los seis mil indios reclutas y los prisioneros insurgentes convertidos en soldados, huyeron, cobardes ó seducidos, de la caballería enemiga, abandonando á sus jefes y á unos quinientos españoles que componían el ejército que mandaba el último virrey Laserna.

—¿Por qué corre?—le preguntaron á un sevillano.—Por que tengo un puesto de agua y gritan mueran los aguaduchos—contestó.

A una patrulla de infantería y caballería la noche del 15

la hicieron fuego. El oficial mandó disparar al aire. Un periódico, *El Sevillano*, decía de tan sangrienta batalla: Después de la descarga entró la caballería que iba detrás; mató, hirió, atropelló, acuchilló sin compasión. Aumentaba el odio contra el regimiento de la Constitución, 8.º de caballería, y adulaba al de infantería de Aragón que trataban de ganar. Públicamente murmuraban los oficiales de las autoridades militares de Sevilla. No tomaban medidas de rigor con los que intentaban sublevarse y molestaban al soldado poniéndole en ridículo. El 18 nos llevaron á la plaza de San Francisco por la milésima vez, para impedir el pronunciamiento. Supimos que estaba ya reunida la junta revolucionaria. El jefe político (gobernador civil) pasteleaba para no perder la breva; encargó á nuestro comandante no hiciese fuego á españoles que deseaban el bien de la patria; los paisanos, alegres y bulliciosos, abrazaban á los soldados, que permanecían impasibles. Nuestro coronel, furioso, sacó el sable y... dispuso que por compañías nos trasladásemos á la puerta del Arenal, donde se encontraba el resto de la guarnición. El capitán general pensó en atacar la plaza de San Francisco que acabábamos de dejar y retiró las tropas á los cuarteles. Las autoridades civiles simpatizaban ó ayudaban á la revolución; las militares no sabían lo que se pescaban.

Nos despidieron á los oficiales á nuestras casas, como si estuviéramos en paz octaviana. Al día siguiente fuí al cuartel temprano sin que me llamaran. Servía en mi regimiento como supernumerario un capitán aragonés viejo, nervioso, descontentadizo, que no tenía fe sino en la Virgen del Pilar, y gracias. Refería como cosa muy natural que en el segundo sitio de Zaragoza se propuso con tres más llegar hasta las trincheras francesas; á uno de ellos le rompieron la pata de un balazo, no podía andar y los otros dudaron si matarlo ó no, como habían jurado con el que se quedara atrás.—*Paisanico*—me dijo el veterano—nos hemos pronunciado.—Yo, no; he pasado la noche durmiendo—le repliqué.—No importa, sin saberlo, á

todos nos pasa lo mismo.—¿Cómo?—añadí admirado.—Se han largado ó desertado el capitán general y nuestro simpático coronel, despidiéndose á la francesa; ignoramos la dirección que han tomado; van con la caballería para correr más.—¿Qué hacemos ahora?—le pregunté.—Pues nada; seguir la bandera del cuerpo y obedecer el que por ordenanza corresponde. Ya habrá quien nos trate brutalmente como el que se ha ido.—Faltamos—le interrumpí.—¡*Quidá!* Es V. un chaval, como llaman aquí á los muchachos. De tunantes políticos y jefes que quieren ser generales no escaparemos. Lo que siento es que, como siempre, no tengo un cuarto. ¿Y V., *paisanico?*—Al oírle me encogí de hombros.

Las pagas iban mal; la mía de alférez era de 319 reales al mes; porque no llegaba á 16 duros la llamábamos la vil onza; para completarla entregaba un real al cajero y me la daban entera. Todo lo tomaba á broma. Feliz edad.

La junta revolucionaria, presidida por el brigadier Domínguez, después conde de San Antonio, tío y suegro del general D. Francisco Serrano, cabeza de la revolución y ministro universal, ofició al amanecer del 19 al jefe de la fuerza del regimiento de Aragón acuartelada en la Gavidia, invitándola á que se adhiriese al *glorioso* pronunciamiento nacional. El capitán de guardia de prevención contestó que en el cuartel no había ningún jefe. Si el coronel, á pesar de que se le odiaba, manda formar, le siguen hasta los rancheros. A su falta de energía se debió el pronunciamiento de Sevilla. En el regimiento siguió inalterable la disciplina como si nada hubiera sucedido. Los jefes y oficiales eran los más, esparteristas ó indiferentes, menos algunos pocos procedentes de la guardia real. El teniente coronel por ser francés, uno de los varios hijos de San Luis que quedaron en el ejército español por el empeño de los Borbones en plagarlo de extranjeros, no tenía prestigio en el cuerpo. Tomó el mando el comandante más antiguo, que saltó á brigadier por ser cuñado de un periodista que llegó á presidente del Consejo de minis-

tros años después. El citado jefe, por exceso de disciplina en el regimiento, nos llevó como rebaño de carneros á la plaza de la Constitución; nos arengó el brigadier Domínguez, no contestamos á sus vivas, encontrándonos pronunciados por arte de birli birloque, sin comerlo, beberlo ni quererlo. Allí se hallaba el regimiento de artillería mandado por el sargento Vigo; rodeaban al héroe una turba de bobalicones que lo creían el salvador de la patria. A la cabeza de unos cuantos soldados borrachos atacó á la guardia de prevención, hizo fuego á los oficiales que se dirigían al cuartel, enganchó las piezas y en tropel se presentó á la junta. Esta lo premió con el empleo de capitán; por supuesto de caballería. Cuando vi en Madrid, en la calle de la Luna, á los artilleros sublevados el 22 de Junio del 66 recordé los de la plaza de San Francisco de Sevilla el 43 la misma impresión me causaron unos y otros. Los hechos históricos se repiten.

El 21, la junta soberana, siempre se convierten en soberanos los que llegan á mandar, concedió el grado inmediato á los jefes y oficiales que se habían adherido al movimiento revolucionario por la fuerza de las circunstancias como yo, ó por voluntad como los menos. Las gracias generales que inventó Serrano el 43, que se repitieron el 54 y 68, han sido una perturbación para el ejército, dañando á sus individuos y á la nación.

Me dieron el grado de teniente; me negué á cambiar la charretera del hombro izquierdo al derecho; el nuevo coronel me amenazó con arrestarme, me llamó ayacucho, esparterista y desafecto. El último calificativo era justo; no tenía afección por los idos ni venidos. Mi sino sería toda la vida pasar por partidario de los caídos; ir, como buen aragonés, contra la corriente.

Muy lejos de mi familia, no podía separarme del regimiento. Seguí la bandera del mismo, expuse mi vida y honra para elevar á políticos ambiciosos que sustituían á otros de diferente color, pero de la misma casta. Gracias á Dios, no se ha

repetido igual desventura en mi larga carrera militar. He defendido hasta los gobiernos que odiaba.

El 1.º de Julio comenzaron á fortificar á Sevilla, el 5, el capitán general D. Francisco de Figueras, nombrado por la junta, dispuso hubiese una alarma falsa para que las fuerzas militares y civiles ocuparan los sitios señalados. Devolvieron las armas á la milicia nacional desarmada, formaron dos batallones y un escuadrón de francos, construyeron baterías, acudieron paisanos armados de dentro y fuera de la ciudad y se tomaron cantidades á préstamo.

Llegó el 7 el general esparterista Van Halen, con una división á Alcalá de Guadaira; tropa, milicia y paisanos ocuparon la muralla, que recorrió en procesión solemne el pendón de San Fernando. Se echaron á vuelo las campanas, tronó la artillería, se izó el pabellón nacional en la Giralda, y la junta en su proclama decía:

«Ha llegado el día de renacer en vuestros corazones la gloria tantas veces adquirida por el Santo Rey Fernando III sobre los sarracenos.» Los sarracenos eran los ayacuchos.

Las avanzadas enemigas se situaron el 8 á una legua de la ciudad y las nuestras en Torreblanca. Se presentó un parlamentario con pliegos para el jefe del regimiento de Aragón y ayuntamiento; Figueras lo despidió, advirtiéndole que en Sevilla él sólo mandaba. Para defender la ciudad había cuatro batallones de nacionales, dos de francos, catorce compañías de Aragón, dos de Galicia, una del provincial de Cádiz, algunos pelotones de paisanos con escopetas, y doscientos caballos de francos y nacionales.

Ocupó Van Halen á Torreblanca, y se retiraron nuestras avanzadas á la Cruz del Campo. Gran confusión entre los paisanos armados; las campanas tocaron á rebato.

El 19 nuestras guerrillas se refugiaron en la ciudad, con pérdida de dos muertos y varios heridos. Comenzó el fuego de cañón, y á mediodía del 20 el bombardeo de Sevilla. Se prohibió salir de la ciudad á los hombres útiles, afeitándoles el



bigote en seco á los que huían. En dos días pasaron el puente más de sesenta mil personas. El 22 decía *El Sevillano*: «En el día de ayer nos han arrojado, desde las siete que principió el fuego hasta la oración, 265 bombas y 300 balas rasas; desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, 120 bombas de á 14 y otra porción de balas. ¡Bárbaros, infames! Ni aun de noche respetan la tranquilidad de este pueblo heroico.» Necesidades de periodistas. A los sarracenos de Espartero no convenía durmiesen en paz los sevillanos. Las bombas servían para amedrantar á mujeres y destruir edificios. Una salvajada. Los que estábamos en la muralla exclamábamos al verlas de noche. ¡Dónde caerá esa!

El 22 llegó Espartero al frente de Sevilla. Los más fanfarrones de los paisanos, que decían pondrían la bala donde ponían el ojo desaparecieron: para evitar la deserción, publicaban sus nombres los diarios. Del cuarto batallón de nacionales sólo quedaron 27.

Un capitán procedente del convenio de Vergara, todos eran mal mirados en el ejército liberal, al volver de un reconocimiento, nos refirió la hazaña de haber muerto á dos pobres húsares de la Princesa que cogían fruta en las huertas de la Macarena. Los oficiales le llamaron infame asesino. Prueba del poco entusiasmo que inspiraba la causa que defendíamos. Como los húsares escoltaban al Regente del reino, calculamos que éste se encontraba en el ejército sitiador.

El 23 un parlamentario intimó el asalto. Disminuyó el bombardeo. La compañía de cazadores del primer batallón á la que yo pertenecía desplegaba en guerrilla, de día fuera de la puerta de la Macarena, y de noche, detrás de la barbacoa. No hicimos otro servicio ni tuvimos un herido. Los nacionales, si se movía una hoja, creían que los húsares asaltaban la plaza, rompían el fuego que se corría por la muralla hasta donde había tropa. Decían que la Junta se escaparía en un vapor y las fuerzas del ejército nos iríamos á Extremadura. El pánico aumentó en la población.

El 26 llegó por el río el general Ordoñez con el segundo batallón de Aragón y seis compañías de Galicia. Se echaron á vuelo las campanas y Figueras arengó á los soldados. «Estamos persuadidos de vencer; pero con vosotros la victoria es cierta.» El regente, que ocupaba una casa de campo cerca de Torreblanca, Van Halen que tenía su cuartel general en Ramilla, no pudieron hacerlo peor.

El 27 las campanas nos anunciaron que había vencido Narváez en Ardoz, á Seoane y Zurbano. Espartero levantó el sitio; su ejército se disolvió, ningún regimiento quiso pasar de Utrera, en cuya villa entré con mi compañía á las nueve de la noche del 28. Los soldados de Espartero hacían salvas, nadie mandaba, y más de dos mil se metieron en Sevilla. La tropa que rompe los lazos de la disciplina se convierte en tropel. A Van Halen sólo le quedaron los ayudantes. Si los sevillanos hubieran sabido que los valencianos por lo mal que dirigía el ejército del centro en la guerra de los siete años le llamaban *Mal anem* (mal vamos), habrían sacado punta á la frase.

En Noviembre del 42, los revolucionarios lo echaron de Barcelona, después de sacrificar en las calles gran número de soldados.

Espartero firmó á bordo del *Betis*, en el puerto de Santa María, el 30 de Julio, su protesta á la nación y emigró. Le acompañó hasta la orilla del mar la compañía de cazadores del primer batallón de Luchana que le servía de escolta. La flor de la infantería española, de cuyos soldados leales, sufridos y valientes no he oído hablar más. Una injusticia. Las batallas de Ardoz, Vicálvaro y Alcolea, componen la trilogía más repugnante que ha representado el ejército; no por él, que siempre ha cumplido con su deber hasta la exageración, sino por los militares políticos que lo han sublevado para elevarse y mandar despóticamente.

El 22 de Julio de 1843, se situó el general Narvaez en Torrejón de Ardoz, entre el general Seoane que venía con su ejército de Aragón, y Madrid que le era fiel al regente. El general

pronunciado colocó la infantería en batalla cortando la carretera, la artillería en el centro y la caballería en las alas. La infantería esparterista avanzaba por el camino como en tiempos normales; comenzaron el fuego los cañones de ambas partes: Cheli y Pezuela, sublevados, cargaron á la infantería enemiga por los flancos, la cual no pudo maniobrar ni defenderse; los soldados se mezclaron gritando *¡Todos somos unos!* ninguno se entendía; los dos ejércitos se creían vencedores. El talento y energía de D. Ramón Narvaez dominó el desorden; formó los cuerpos pertenecientes al general Soane, este entregó su espada y concluyó la tragedia. Los jefes y oficiales esparteristas, al separarlos de sus regimientos, rompieron las espadas de rabia y de vergüenza. El desengaño fué horrible.

En el sitio de Sevilla hice de héroe por fuerza. Un capitán viejo de mi regimiento no me dejaba ni á sol ni á sombra preguntándome:—¿Oye V. fuego?—¿Qué opina?—¿Cómo acabará esto?—Hace rato que no arrojan bombas. Los paisanos después de mortificarnos para pronunciarse se largan dejándonos en la estacada.—Dé V. su opinión.—Opino... que es V. un posma. Le dije y no me molestó más.

Destinaron á mi compañía á recoger por la carretera de Cadiz las municiones de artillería abandonadas por el ejército de Espartero. Encontramos la columna de D. Manuel de la Concha, compuesta de desertores y paisanos, que había tenido un pequeño choque con la escolta del regente. En las Cabezas de San Juan oí á mi patrón que presencié cuando Riego el 1.º de Enero de 1820 dijo al batallón de Asturias que mandaba: «Si proclamamos la Constitución no iremos á América.» ¡Viva la Constitución!—gritaron los soldados.—Si por no embarcarse para Cuba algún comandante repitiese la escena en 1895, le llamaríamos vil y cobarde.

Refiere Alcalá Galiano, conspirador con Riego, que éste se burló de un comandante masón que se oponía á marchar á Cádiz si no le entregaban una orden supuesta del conde de Calderón, general en jefe de las tropas expedicionarias, escla-

mando: «Si sale mal el movimiento, ¿con qué me cubro?» El héroe de las Cabezas al sublevarse llevaba á prevención una orden falsificada perfectamente del mencionado general. Riego valía tanto como Fernando VII; este tenía abandonados á los defensores de la patria. En Coruña los oficiales y tropa se morían de hambre, y para cambiar de postura proclamaron la Constitución.

El 6 de Agosto regresamos á Sevilla. Sufrimos tan horrible calor, que el otro alférez de mi compañía (al pobre le mataron en la guerra de Africa de 1860), se paró á contemplar á dos gordos marranos que dormían á la sombra, y exclamó enviándolos:—«¡Quién fuera cerdo!»

Las tropas que había en Sevilla no eran bastantes para defenderla; jamás sus habitantes han dado pruebas de muy belicosos. Si Van Halen ataca sin esperar la artillería de sitio, la hubiera tomado. Perdió el tiempo en Alcalá de Guadaira, la insurrección se generalizó y los medios de defensa que contaba la capital de Andalucía crecían á proporción que menguaban moralmente los del general esparterista. La apatía del gobierno que caminaba á ciegas dió el triunfo á sus enemigos. Al observar la inacción del duque de la Victoria en Albacete, repetían los periódicos: «Si Espartero va á Valencia, pierde la regencia; si á Granada, se queda sin nada, y si marcha á Sevilla, le quitan la silla.» Así sucedió. En el sitio de Sevilla un oficial del regimiento de Aragón se colocó detrás de otro de nacionales que no sabía disimular el miedo. Un tambor situado encima del parapeto para avisar cuando veía algún proyectil, gritó: «Bomba». Al mismo tiempo, el militar dió con un saco de tierra en las espaldas del paisano, el cual cayó al suelo del susto creyéndose muerto.

Con exageración andaluza los sevillanos creyeron que habían superado á los defensores de Zaragoza y Gerona. Hasta compusieron odas al bombardeo. Desde San Fernando en 1248 Sevilla no se había visto en otra, y entonces los sarracenos fueron los que la defendieron. En la guerra de la Independencia,

á pesar de que en la referida ciudad al sentar plaza, dijo uno ladeándose el sombrero:—« Ya murió Napoleón », no se lucieron. José Bonaparte dió las gracias á los andaluces porque le habían recibido como á un padre. En Andalucía abundaron los guerrilleros josefinos.

El gobierno provisional concedió á Sevilla el título de invicta, la regaló una corona, mandó que todos los años se izase el pabellón nacional en la Giralda, y se hiciesen salvas de artillería. Mejor era olvidar tales sucesos.

Si en las guerras civiles la mejor gloria es terminarlas, caiga la maldición de la patria sobre los que las promueven; la historia no los perdonará.

Un alférez de Aragón se hallaba con licencia, y regresó á Sevilla después de tan ridículo sitio. En las funciones que se celebraron, un cohete le dejó tuerto. No le dieron ninguna gracia y le quitaron un ojo. Más vale llegar á tiempo que rondar un año.

Al comenzar el sitio de Sevilla, muchos paisanos eran capaces de mandar los ejércitos de Jerjes. Después á la mayor parte se les fué el ánimo por la boca. Se les podía aplicar el cuento muy repetido de lo que dijo el gobernador español de una plaza sitiada en la guerra de la Independencia á un tendero rico, individuo de la junta de defensa que proponía sin cesar planes para vencer á los franceses. « Amigo, en vender bacalao es V. un Napoleón; en combatir á Napoleón, es V. un bacalao. »

El 11 de Agosto me destinaron al regimiento de Zaragoza, núm. 12, que había pertenecido á la división de Van-Halen. En el cuerpo había poca disciplina, los soldados iban desharrapados y los oficiales se hallaban resentidos por no haberles dado la gracia general, que merecían más que los que faltaron á su deber.

Desde que cesé de pertenecer al regimiento de Aragón, no he servido con oficiales procedentes de la guerra de la Independencia. El pronunciamiento que llamaban glorioso barrió

á los restos verdaderamente gloriosos de aquella gran epopeya. Yo los respetaba como á héroes. Los que entraron en el ejército del 20 al 23, y los del principio de la guerra civil de los siete años, la generalidad eran incrédulos, intolerantes y déspotas. Los primeros llevaban el chacó hacia atrás, los segundos, ladeado; los jóvenes, yo incluso, sobre las cejas para ocultar la cara. Nos daría vergüenza de batirnos por políticos sin saber por qué ni para qué; inconscientemente destruíamos la nación.

El regimiento de Zaragoza fué destinado á Cataluña. De Herodes á Pilatos. Salimos de Córdoba el 28 de Agosto, atravesamos los célebres campos de Bailén, los llanos de la Mancha y llegamos á Torrente el 20. Es la última marcha que vi fuesen las señoras de los militares detrás de la tropa alojándose con sus maridos. Las de los jefes solían caminar en tartana, y las de los oficiales en burro. Cuentan que un asistente aragonés preguntó á su amo:—Mi *tiniente*, ¿monto á la *tinienta*?

Al filiar á un valenciano, le interrogaron:—¿Cómo se llama V.?—*Visiente*—contestó.—¿Y de apellido?—*Climiente*.—¿De qué pueblo es?—De *Turriente*.—¿Y su oficio?—*Granereee* (vendedor de escobas).

Cuando camina la infantería, á excepción de los oficiales de semana que van en sus compañías, muchos marchan á la cabeza del batallón dándose bromas. Un alférez refirió que Hernán Cortés habia ido de soldado á América y acababa de desembarcar en Barcelona de capitán general; prueba de las injusticias que se cometían en el ejército. Lo oyó un teniente tonto para el cual se inventó la noticia, y como los que lo son, si pescan una idea, la encajan á todos para pasar por listos, fué quedándose atrás y se la comunicó al resto de los oficiales, admirando les causara risa, lo que á él le parecía una gran picardía. En Barcelona le hicieron creer que en el castillo de Monjuich [había un antejo con el cual se veía pasar lista á la tropa de la isla de Cuba, y en Tortosa que una muchacha

se llamaba *Sinteta* (diminutivo de cinta en catalán), porque carecía de la parte indispensable para amamantar los niños.

Desde el Miguelete en Valencia ví el mar por primera vez. El 25 de Setiembre nos embarcamos en el vapor *Isabel II*, único servible que había en la armada; lo mandaba Pinzón, que consiguió en 1843 se sublevaran contra Espartero las poblaciones de la costa del Mediterráneo, diciendo en unas que lo habían verificado las otras. Murió de almirante. Los progresistas, republicanos y cesantes se alzaron en armas en Barcelona, Zaragoza, Vigo y proclamaron la junta central. El ejército, mandado por jefes moderados, se mantuvo fiel al gobierno de Madrid. Repetiré mil veces, los militares se pronuncian por ambición. D. Juan Prim, que fué el primero que lo verificó contra Espartero en 1843, pasando de coronel graduado á mariscal de campo, le dieron la gran cruz de San Fernando, de brigadier, y le hicieron conde en pocos meses, escribió á D. Fernando de Córdova el 10 de Diciembre, cuando sitiaba el castillo de Figueras, ocupado por la jamancia, que mandaba su colega Ametller lo siguiente: «Interin donde yo esté, habrá orden, porque amigo mío, toda la gracia que me hacían antes las bullangas ahora me cargan.» La patria está en la panza. En 1868 armó otr bullanga para ser capitán general de ejército y dictador. De los revolucionarios, era el de más talento, más carácter y que mejor supo representar su papel.

*Volvamos en sí*, como puso por epigrafe á un artículo cierto periódico progresista. Desembarcamos en la Barceloneta el 27 de Setiembre á las dos de la mañana sin que nos hostilizasen. Ocupaban Monjuich y la Ciudadela las tropas del gobierno poco numerosas para sitiar á la capital del Principado. La junta, presidida por Degollada, disponía de la milicia nacional, de numerosos batallones de francos ó patuleas que de comer, en gitano *jamar*, llamaban jamancios. Ametller campaba sin obstáculo por Cataluña.

El ejército real lo mandaba D. Laureano Sanz (padre).

El 1.º de Octubre expiraron las treguas que por tres días se habían dado á Barcelona. Monjuich y la Ciudadela no cesaban de arrojar granadas, dirigiendo muchas á la plaza de San Jaime. Desde los terrados y miradores contiguos á la Ciudadela, hicieron los centralistas vivísimo fuego sobre la cabeza del puente, que yo ocupaba con treinta cazadores. El cuartel general se trasladó á Gracia.

A las cuatro y cuarto de la mañana del 7 de Octubre, después de ponerse la luna, hicieron la señal con dos puntos agudos de corneta y lanzar una granada de romper el fuego desde el lavadero y aduana de Barcelona para llamar la atención sobre este lado de la Ciudadela, mientras unos 200 jamancios bajaron al foso y colocaron escalas para asaltarla por el opuesto. Algunos se desorientaron, las arrimaron á la muralla de la ciudad y se encontraron en el glasis. Las escalas eran cortas para subir á la Ciudadela. Los soldados acudieron y la metralla barrió á los patuleas, que huyeron, muriendo el vicepresidente de la junta, Bosch, que los mandaba. Yo estaba de guardia y tuve un herido. Se dijo sin fundamento que los centralistas contaban con algunos partidarios en la guarnición de la fortaleza. Sabrían que no se hacía bien el servicio por lo mismo que era locura atacarla con éxito. Después se exageró la vigilancia.

Nombrado el 18 de Octubre para el servicio de escuchas, me presenté al brigadier Sierra, gobernador de la Ciudadela, colosal, con unos mostachos que parecían escobas. Al jefe de mi regimiento le dijo que á jovencitos rubios, delgados y sin bigotes como yo, no los mandara á puntos donde se necesitaba valor, sangre fría y experiencia. Repliqué que para oír ó escuchar no eran precisos pelos en la cara, y si no iba al servicio que me correspondía pedía la licencia absoluta. Atendieron mi reclamación.

Con treinta cazadores, ya de noche, atravesé el foso lleno de agua por unas tablas, subimos al camino cubierto apoyando una escala en la contraescarpa y coloqué la fuerza por parejas frente á Barcelona. Como los soldados vestían de lienzo



blanco, aunque hacía frío, y á falta de mantas se abrigaban con las sábanas de la cama, parecían fantasmas. Me avisó el sargento que en el glasis á pocos pasos se hallaba formado un batallón jamancio dispuesto á atacarnos; si lo verificaba, no quedaba uno de nosotros para muestra. Reuní veinte hombres, les mandé preparar las armas apoyándolas en el parapeto y esperé al enemigo, que veíamos de costado. Si avisaba al gigantesco gobernador y resultaba la alarma falsa, creería que tenía yo miedo. Si saltaba al glasis para reconocer al enemigo, me hubieran ametrallado desde la Ciudadela. En mi vida he pasado peor rato. No había otro remedio que esperar á que amaneciese; faltaban once horas. Oí la retreta de las bandas del ejército y de la patulea, cada quince minutos el centinela alerta de la tropa, el equivalente de la jamancia que gritaba: *A la paella* (á la sartén) ó *mori en Prim* (muera Prim), y cantar detrás de las barricadas de Barcelona dando aullidos:

«Cristina, Prim, Narvaez,  
y tots los moderats,  
dintre de la paella,  
los frigirem plegats.  
Ay, ay, xim, xim,  
madus á la paella.  
Ay, ay, xim, xim,  
viva la junta y mori en Prim.»

Los insurrectos odiaban á su paisano Prim, que los batió en Mataró. A los cuarenta y cuatro años le erigieron una estatua. Escuchamos cuantos cañonazos disparó Monjuich contra el baluarte del Mediodía. Siempre que en él los jaman-cios izaban bandera negra, la echaban los nuestros á tierra. No cesaban los fusilazos que los muchachos á pecho descubierto dirigían contra la Ciudadela. Oímos todas las campanadas de los relojes de la ciudad. Pasamos horas y horas con las armas preparadas esperando el ataque. Por fin tocaron diana en el fuerte Pío. Cornetas y tambores repitieron tan alegre sonata. Recordé que el amanecer es la hora de las sor-

presas y redoblé la vigilancia. Comenzó á clarear, y lo que creímos toda la noche un batallón jamancio era... una larga fila de ruedas de hacer sogas.

El general en jefe intimó el 23 á la junta revolucionaria que si arrojaban granadas á Gracia, bombardearía á Barcelona. El 30, las campanas de los pueblos que ocupaba la tropa se echaron á vuelo porque el general Concha había entrado en Zaragoza. El 1.º de Noviembre se rindió León. En Barcelona levantaron barricadas, construyeron baterías, cortaron calles y en todos los fuertes izaron bandera negra, preparándose para defenderse hasta morir. Nuestros artilleros, que generalmente disparaban sin objeto, á un perro le tiraron dos cañonazos, recibieron orden de impedir los trabajos del enemigo.

El 9 de Noviembre capituló Gerona con Prim.

La guarnición y la de Hostalrich debían reunirse con la de Figueras y las tres entregar las armas antes del 15. Dos oficiales comisionados por Ametller y Prim se presentaron el 11 á la junta para que capitulase Barcelona, donde escaseaban los viveres; carecían de pólvora y sal.

Se suspendieron las hostilidades por cuarenta y ocho horas, y se leyó á la tropa al frente de banderas que las Cortes habían declarado, por 193 votos contra 16, la mayor edad de Isabel II.

Los más exaltados centralistas llevaban como condecoración una sartén pequeñita en el pecho. El 13 cambiaron la bandera negra por la nacional en el baluarte del Mediodía, cuya defensa fué heroica. Nuestra artillería lo arrasó y perecieron en él varios gobernadores. Durante el sitio, nuestros soldados desde la Ciudadela y los jamancios desde las barricadas se hablaban.—¿A quién defendéis?—preguntaban unos.—A Isabel II y la Constitución.—También nosotros.—La conversación concluía á tiros. Una diversión.

Los pabellones de la Ciudadela los ocupaban empleados civiles y militares. Ocho oficiales hacinados en uno dormíamos

en catres de tijera sin colchón ni manta. Al volver del servicio de escuchas, me acostaba, y no me despertaban los cañonazos de una batería que se hallaba á treinta pasos. Un día, en el momento de vestirme, estalló una granada jamancia en la ventana del pabellón. Los cascos se incrustaron en la pared cerca de mi cabeza. Si el calcetín que me ponía hubiera tenido cascabeles hicieran bastante ruido.

Se hallaba formada la tropa que iba á relevar las guardias de la Ciudadela; cayó una granada en medio de los soldados, y todos, menos los oficiales, se echaron al suelo. Los más impacientes levantaban la cabeza, veían salir humo de la espoleta, y la bajaban. El proyectil no estalló, con gran risa de los que presenciábamos la escena.

Prendieron á Montañá y Romá, secretario de la junta revolucionaria, y á Riera, comandante de un batallón franco. Se presentaron ante el Consejo de guerra, que se celebró en la Ciudadela. Formaba contraste la arrogante figura del militar, había sido teniente del ejército, vestía pantalón blanco, chaqueta celeste con trencillas de plata, gorro catalán de terciopelo carmesí, se hallaba muy abatido, con la del paisano, jorobado y raquítico; parecía un bicho descarado y altanero. Le preguntaron si tenía algo que alegar, y contestó que él era quien debía juzgar á los vocales del Consejo, según la Constitución de 1837, cuyo libro llevaba en la mano. Después de insultar á los jueces, que de antemano se propusieron no replicarle, concluyó con los versos de Calderón:

«... que en casos tales,  
los vencidos son traidores,  
los vencedores, leales».

Un general de artillería preguntó al teniente Isla, de mi regimiento, que se hallaba de guardia en el fuerte llamado de las Tablas, si creía que estaba bien fortificado. El oficial contestó que había seguridad en él, y añadió, al insistir el gene-

ral en que diese con franqueza su parecer, que podrían aumentarse las defensas. El general mandó relevar á Isla; preguntó éste la causa, y le dijeron que había manifestado tener miedo. Se presentó al jefe del regimiento, le rogó se enterase de su conducta militar, añadió que había ganado en la anterior guerra civil dos cruces de San Fernando, y que, si no le daban en el acto la justa reparación de volver á la guardia, no respondía de la venganza que pensaba tomar por la ofensa que su honor había recibido. El general trató de remediar el daño causado por su incomprensible ligereza; el teniente se encargó nuevamente del fuerte; llegó la noche y dió orden á los centinelas que, sin preceder el «¿quién vive?», hiciesen fuego á los que se acercaran por el lado de Barcelona. Salió por la gola de la fortificación, dió la vuelta y se dirigió al fuerte; un soldado le tiró, gritando al verle caer en tierra: «Ya he muerto á uno.» Era el pobre oficial. Sólo vivió para decir que el centinela había cumplido su orden. Muchas víctimas ha causado en la milicia el herir injustamente la dignidad de los inferiores. El cometerlo es cobardía.

El 19 de Noviembre se hicieron salvas por cumpleaños de la Reina; se esperó inútilmente la señal, para que las tropas entraran sin oposición en Barcelona. La junta avisó que la patulea se negaba á transigir, y el general la intimó, que si no capitulaba en seguida, romperían el fuego contra Barcelona más de 200 cañones.

Estaba yo de escucha el 20, entraron parlamentarios en la Ciudadela á las doce de la noche, salieron á las dos de la mañana, se dispararon tres cohetes desde la torre, para que las tropas se acercasen á la ciudad, el 21 bajaron los puentes de la fortaleza, y mi compañía fué la primera que penetró en Barcelona, á la cabeza de la columna mandada por el segundo cabo. Sin resistencia ocupamos la plaza de San Jaime. Las calles estrechas que desembocaban en ella estaban cortadas con barricadas y defendidas con artillería. En cada ángulo de la plaza había un mortero, y en la cripta de Santa Eulalia

de la catedral tenían las municiones. Observé que un casco de granada destrozó la cabeza del moro que colgaba del órgano.

Por la tarde secciones de trabucaires, de aspecto feroz, que servían de flanqueadores á los batallones de la milicia nacional, fueron á la casa de ayuntamiento á buscar las enseñas militares parecidas á las que usaba el ejército de 1820 á 1823. Leones rapantes de bronce.

Como odiaba yo la política y todo lo que recordara guerra civil, arranqué y tiré á la calle desde el palacio de la diputación una cinta verde, de la cual colgaba un casco de bomba con el rótulo siguiente: «Arrojada por el tirano Espartero en 1842.» En el mismo sitio vi en 1855, bajo dosel, el retrato del mencionado personaje. Así varían de opinión según les conviene, los que montan la bestia popular.

La junta se embarcó, los empleados quedaron á merced del gobierno, se desarmó á la patulea ó cuerpos francos, y el 22 se disolvió la milicia, imponiendo pena de la vida al que no entregase el arma en el término de seis horas.

El 13 de Enero de 1844 se rindió Ametller en Figueras; se desarmó la milicia nacional en toda España, se rompió la coalición de los partidos y quedaron en el poder los moderados. El barón de Meer, tomó el mando del ejército y principado de Cataluña.

En Barcelona alojaron á los oficiales en casas particulares. Uno de mi regimiento que pasaba por valiente, tuvo amores con su patrona, joven y guapa. Se durmieron los amantes, y se despertaron al oír que el marido, se hallaba en la puerta de la alcoba. La mujer, con la inventiva que poseen en tales casos, advirtió al guerrero, que sudaba de miedo, permaneciese quieto. Comenzó á quejarse de un fuerte cólico, y mientras el esposo mandó hacer té, el alojado escapó de la cama más muerto que vivo.

Al ejército hambriento y desnudo, que sufrió con valor y disciplina las penalidades del sitio de Barcelona en 1843, el cínico

poeta Martínez Villergas lo insultó y también á la reina Cristina, con los groseros versos siguientes:

« En tanto Barcelona abandonada,  
Abre sus puertas á la inmunda tropa;  
La tropa de Angulema restaurada,  
Baldón de España, escándalo de Europa:  
Tropa cobarde del francés pagada,  
Para hacernos libar la amarga copa;  
Tropa que el oro, á su placer disfruta,  
De una italiana lladre y prostituta.»

En Barcelona oí que después que la bombardeó Espartero en 1842 alojaron á dos soldados rasos en una casa rica. Como al día siguiente observaron que las magníficas camas destinadas para ellos estaban sin deshacer, les preguntaron:—¿Dónde han dormido Vds.?—En el suelo—respondieron.

En el regimiento de Zaragoza mi capitán era irlandés. Vino á España para ser fraile en el colegio que sus paisanos tienen en Salamanca. Colgó los hábitos, le hicieron alférez y fué ayudante del general Lacy Evans, que mandaba la legión inglesa en la primera guerra civil. Caballero, valiente y extravagante, aseguraba que por haber bebido en su vida una sola vez agua le dieron tercianas. No se quitaba el cigarro de la boca, poseía una fuerza de voluntad extraordinaria, jamás se quejaba aunque fuera muriéndose, parecía un tonel sostenido por alambres; era estremada la delgadez de sus piernas y la gordura de su chico cuerpo. Sólo leía el *Don Juan*, de Byron, en inglés, y en francés el *Arte de seducir á las mujeres*. Desembarcamos de noche en la Barceloneta, permanecemos en el cuartel, y aún no había visto yo una mujer, cuando me dijo el capitán muy satisfecho:—¡Qué muchacha tan guapa he conquistado! Lo referí á un oficial antiguo en el cuerpo, que se rió de mi candidez, exclamando:—A ese hijo de la verde Erin se le debe creer en todo menos en materia de faldas. A un comandante atrabiliario, que llamaban Cascarrabias, le preguntó el irlandés yendo de máscara.—*Cascarabias*, ¿me conoces? El jefe le miró de arri-

ba á bajo, le conoció y le volvió la espalda. En el regimiento sólo Ohagán no podía pronunciar la erre fuerte. Le llamábamos D. *Enrique*, suavizando la erre, ó el capitán *Guerilla*, desde que en la revista de inspección que nos pasaron en 1844, le preguntó el general: ¿Uno, siete y dos? (toques de corneta de la táctica ligera). *Esplegar la guerilla en línea recta*, contestó muy serio dulcificando las erres. El general que nos revistó pertenecía al partido moderado, pero no lo era en el modo de tratar á sus inferiores. Violento y déspota, separó á los oficiales viejos, á los sospechosos de liberalismo ó esparteristas, y á los de mala facha. El tener buena figura era ventaja en la milicia. Muchos han hecho carrera por ella y merecían andar en cuatro pies. El general en 1854 se liberalizó. Le convendría.

Vivía yo con un capitán muy caviloso; al ajustar las cuentas de caja de 1843 salió alcanzado en muchos miles de duros. Como al depositario del año anterior le sobraban y no los había puesto, aprobaron las de ambos años. La reina Cristina volvió de la emigración, entró en Barcelona el 14 de Marzo de 1844, el ejército erigió un arco de triunfo de lienzo, me comisionaron para adornar con vasos de colores y percalina la fachada del cuartel, se quemó la decoración y me alegré. Para tan inútiles gastos nos descontaron una paga, como si nos sobrara el dinero y nos importara que dicha señora viniera á España á aumentar el presupuesto y las dificultades de gobernar.

Trataron de reorganizar el ejército; por el barullo de 1843 estaba peor que después de la guerra civil. Los oficiales procedentes de la guardia real eran los niños mimados; ascendieron escandalosamente. En mi regimiento, una temporada hubo pífanos ó pitos en la banda. En la antigua guardia, cuando los subalternos iban de servicio llevaban tambor y los capitanes tambor y pito. Origen del modismo «no toca pito» que se usa para manifestar la poca importancia de alguno en la corporación á que pertenece.

Hasta que el barón de Meer no distribuyó por sí mismo los fondos destinados al ejército de Cataluña, jamás nos dieron la

paga entera. El general y el intendente las recibían los últimos. Comparados con los oficiales que sirvieron en la guerra de siete años, nadábamos en oro. Solían repartirles un napoleón (19 reales) al mes.

Siempre que el corneta de guardia á la hora marcada ve llegar al médico del batallón para reconocer los enfermos, pide licencia al oficial antes de hacer la señal convenida.—Mi teniente—dijo el que conmigo se hallaba de servicio—con el permiso de V. tocaré al físico este.—A mí no me toca nadie—replicó dando un bofetón al infeliz soldado, que lloró de rabia por no poder rechazar la afrenta. Muy incomodado añadí:—Si el corneta se venga, nos compromete V.—Yo no soy físico ni me dejo tocar.—Físico llama á V. la Ordenanza. Debió comprender pedía licencia para tocar el instrumento. Exigir propiedad en el lenguaje al que carece de instrucción es majadería. Los que no atropellábamos á los inferiores ni sufríamos el despotismo de los superiores nos calificaban de poco carácter y discolos.

Había en mi regimiento un capellán, fraile exclaustrado, que maldita la gana que tenía de volver á la vida monacal. Era elegante y galante con las damas como abate del siglo XVIII. No pertenecía al género de capellanes castrenses, que lo mismo se meten en los peligros de una batalla que en los garitos más indecentes. No le gustaba el juego ni el fuego. La mañana que los jamancios trataron de asaltar la ciudadela de Barcelona, al oír los cañonazos se refugió en el cuartel; como se vistió azorado, en lugar de ponerse los calcetines en los pies los guardó en el bolsillo. Quiso sonarse, y se llevó uno á las narices, creyendo era el pañuelo.

Tras la acción sigue la reacción. El partido moderado protegía al clero, porque el progresista sistemática y estúpidamente lo persiguió. Le dije al referido capellán que pronto dejaría la casaca militar por los hábitos blancos del mercenario; para consolarle, le aconsejé se presentase á Fuad-Efendi, embajador que acababa de llegar á España y se largase



con él á Turquía. El capellán y yo dormíamos en la misma habitación. Observé que todas las mañanas al despertar recitaba el sermón que debía predicar cuando bendijesen las nuevas banderas del regimiento. Hasta 1844 se usaron blancas. Aprendí de memoria el discurso antes que el clérigo; encaramado en la mesa de la guardia de prevención encajé el disparatado sermón á todos mis compañeros, el cual comenzaba así: «Era costumbre entre los antiguos macabeos, etc., etc.» Se enteró el jefe de la broma y nombró otro predicador.

El Pater del segundo batallón la echaba de bonito. Gran guitarrista, llevaba el pelo artísticamente peinado para ocultar la corona. Vivía en calle de mala fama y habitación sospechosa. La registraron los mozos de escuadra sin encontrar al conspirador que iban á prender.

Ya se marchaban, la patrona los insultó, volvieron á entrar, pegaron una patada á un colchón colocado sobre un banco, se desenrolló al caer, y apareció el que buscaban. Llevaron á todos los de la casa á la torre de la Ciudadela, incluso al capellán. Este creyó lo conducían á presencia del capitán general, se vistió de gala, y durmió aquella noche en un calabozo sin más abrigo que el sombrero tricornio. La deslenguada Eva perdió al Adán revolucionario.

Conocí un capellán tan ligero, que cuando salían los soldados de su misa ya estaba en la puerta de la iglesia para tener el gusto de ver pasar la tropa y las muchachas. Hay curas de regimiento santos y buenos. De estos nadie se acuerda. En Cardona, famosa por sus minas de sal, permanecí tres meses. Vivía en su castillo un ayudante de plaza que tenía fama de embustero y decía que había sido muy valiente. Llevaba gorra de manga con galón falso, casaquilla de cúbica raída y pantalón sin trabillas; en 1844 era una atrocidad. ¿De dónde es V.?—me preguntó.—De Borja—contesté.—¿Dónde está eso?—En Aragón.—Reflexionó y exclamó satisfecho.—V. es aragonés.—La inteligencia del pobre veterano corría parejas con su empleo.—Era subteniente.

Al barón de Meer uno de los generales de más prestigio que ha tenido Cataluña, todos le respetaban. Militar á la antigua, á cuantos se le presentaban repetía: «La disciplina es la base de los ejércitos.» Capitán general del Principado en 1844, siempre de uniforme, tenía encima de la silla el tricornio, espada y bastón. Salía precedido de dos batidores, si el tiempo estaba malo á caballo; si bueno en coche. Los paisanos avisaban á las guardias que venía el capitán general; las que no formaban pronto y bien, reprendía ó arrestaba al comandante. Al que le contestó que los soldados no estaban por estatura por causa del terreno, le mandó ocho días á Monjuich. A un oficial muy desastrado que encontraron en una casa de juego, le advirtió que no lo fusilaba porque valía mucho menos que las balas necesarias para ejecutarlo. Severo y justo, le queríamos.

Se hacía el servicio en Barcelona con la mayor vigilancia. Un águila no hubiera podido sorprender un puesto militar. Los soldados en las guardias dormían con un oído abierto; al ¿quién vive?, si respondían ronda mayor, ya estaban formados presentando el arma.

Se prohibió pasar por la rampa de la muralla contigua á una guardia que yo mandaba. Me rogaron unas muchachas muy guapas que las dejase bajar por ella; evitarían mojarse. Lo consentí. Varios paisanos, solicitaron lo mismo y lo negué. Uno me dijo.—Lo ha permitido V. á esas señoras. —Sí—contesté—por ellas me expongo á ir á Monjuich; por Vds. no quiero. Comuniqué mi sonrisa á los que pensarían que Marte por Venus se dejó prender en la red de Vulcano.

Los oficiales que entraban de guardia en la capitania general comían con el barón de Meer. Si hablaban en la mesa ó se cortaban al preguntarles, no le gustaba. Le oí que todos los que gastan más que sus rentas ó sueldos roban. Señor oficial—me interrogó—¿los centinelas tienen capote?—Sí, señor; en mi regimiento á ninguno le falta.—No es eso; capotes de los que da la plaza para las guardias. La... pensé. En el cuerpo me habían elegido para servicio tan expuesto en meter la pata.

En aquella época se rezaba el rosario por compañías. «Con devoción y tono reverente, sin mezcla de canto en él para gozos ni otras oraciones», como manda la Ordenanza, que es el código mejor que se conoce. En cuanto le oía decir al cabo de mi compañía, que llevaba el rosario cuando yo estaba de semana: «Un Padre nuestro y un Ave María para el primero que falte de nosotros», aunque se refería al que más pronto muriese, salía yo á escape de la cuadra, pensando:—Para mí es la oración dominical.

En el regimiento un comandante advirtió en el ejercicio á los oficiales no se distrajeran, porque se perdía el tiempo. En seguida mandó poner armas al hombro hallándose los soldados en su lugar descanso; como no le obedecían, porque él se equivocaba, añadió:—«Señores, todos nos distraemos.»

El indicado jefe amenazó á un soldado aragonés con fusilarle.—No me importa; estoy acostumbrado; me han herido varias veces; lo mismo da un poco más que un poco menos—replicó el cazador.—Es V. un valiente,—añadió el comandante dándole la mano.

UN SOLDADO VIEJO.

# DOLORA

---

## FINAL DEL APOCALIPSIS.

Ved lo que á Electa, su devota amiga,  
escribía San Juan,  
«Permite que el destino te prediga  
de los hijos de Adán.

El hombre del progreso indefinido,  
por su ciego sentir,  
no conoce el gran Ser desconocido,  
ni al nacer, ni al morir.

Llevado por sus locas ambiciones  
de su apetito en pos,  
siempre pone delante sus pasiones,  
y detrás á su Dios.

Llamándole el deseo hacia adelante  
y el recuerdo hacia atrás,  
á espaldas de su Dios, vive ignorante,  
y muere mucho más.

Por la pasión en guerra, siempre en guerra  
con la fe y la razón,  
la bestia apocalíptica se encierra  
en su ruin corazón.

Siempre el hombre ha de ser el prisionero  
de todo lo fatal,  
y morirá, lo mismo que el primero,  
el último mortal.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

## RECUERDOS

---

**S**i en esta serie de recuerdos, no recuerdo mal, quedamos en que iba yo montado en el macho de un aceitero y camino del Puerto, cuando el dueño del macho me detuvo y me dijo en sustancia y en su lenguaje lo siguiente:

«Como yo voy á pie y el señorito va en mi macho, y no vamos los dos de igual conformidad, el animal tiene que ir á mi paso, porque yo no podría ir al paso del animal. De modo que vamos tan despacio, tan despacio que no vamos á llegar nunca.

Si el señorito me deja subir á espaldas tuyas sobre las ancas del macho, yo le apretaré al macho y en media hora estamos en el Puerto.

No tenga cuidado el señorito, que no he de molestarle; porque tengo la costumbre de ir de este modo muchas veces, y ni tan siquiera toco á los pellejos de aceite que llevo delante, y menos he de tocar al señorito, que es de mucho más respeto que toda mi mercancía.»

Yo me quedé mirándole, asombrado en parte de lo que por entonces se me antojó el colmo de la insolencia; pero en parte también convencido de que el hombre hablaba en razón.

Los malos pasos pasarlos pronto, pensé yo; y, por repentina y enérgica resolución, y dispuesto á apurar hasta las

heces la copa de la amargura, amargura que dadas las circunstancias se componía principalmente de pringue aceitoso, le dije: «Suba V. y vamos á escape.»

Y el hombre, de un salto, se colocó sobre las ancas de la bestia, que arrancó con un trotecillo ni cómodo ni gallardo, pero que podía pasar por carrera vertiginosa si con la marcha que hasta entonces habíamos llevado se comparaba.

Yo miraba de reojo las sombras que el sol poniente proyectaba sobre la carretera, y entre aquellas sombras veía la del grupo que formábamos *yo, el arriero y el macho*; grupo soberanamente ridículo.

Jamás he experimentado humillación semejante. Jamás se ha ensoberbecido más mi vanidad.

Después de todo, yo llevaba en mi cabeza todo un mundo de ideas nobles y de conocimientos científicos. Yo me consideraba en aquel momento como uno de los seres más ilustres de la creación.

Repasaba en mi memoria todas las clases que había estudiado en la Escuela de caminos, desde el cálculo diferencial é integral hasta las máquinas de vapor; desde la geometría descriptiva y la cosmografía hasta el cálculo geométrico de las lentes de los faros; desde la mecánica aplicada hasta la teoría de la vibración de los puentes metálicos.

Repasaba también todas las matemáticas sublimes que había estudiado por mi cuenta, y toda las obras maestras de nuestra literatura y de las literaturas extranjeras que había leído; y me consideraba como un coloso de saber y de ilustración. ¿Y de qué me aprovechaban toda mi ciencia y todos mis estudios? De ir sobre un macho matalón manchándome de grasa y con un arriero zafio á la zaga.

Y al paso que el sol descendía, mi sombra se desbordaba fuera de la carretera y se iba extendiendo, también colosal, por aquellos alegres campos andaluces. Pero ¿de qué me servía que mi sombra creciese sin límite, si la sombra del arriero que llevaba detrás crecía tanto como mi propia sombra y siempre á

la mía iba unida? ¿Ni qué nos servía crecer á los dos, si en la misma proporción crecía el macho con sus dos orejas aguzadas por el estímulo y la rapidez de la marcha?

No había clases; no había categorías; no había diferencias: el macho, el arriero y yo formábamos una unidad indisoluble. Mi cabeza, llena de integrales, y la del arriero llena de grasa, y quién sabe si de algo más, proyectaban sus sombras á la par.

Con la rapidez del trote, y á pesar de sus buenos propósitos y de sus maneras respetuosas, el arriero, de cuando en cuando, tenía que agarrarse á mí; y yo, para no caer, tenía que apoyarme, ó en el grasiento albardón, ó en el flaco y áspero cuello del animal.

Media hora tardamos en llegar al Puerto, pero una eternidad fué para mí aquella media hora. Y para mayor escarnio, yo llevaba gorra de uniforme, una gorra preciosa, que era mi orgullo: con el escudo del cuerpo en el centro, con su puente y su ancla sobre campo de esmalte azul, con sus botoncitos en que iba también el escudo del cuerpo; con su finísima carrillera de charol, su visera coquetona y su cinta dorada.

Pues todo esto daba de cuando en cuando tropezones en el ala grasienta del abollado sombrero, que cubría la cabeza de mi acompañante posterior; y digo posterior, porque iba detrás de mí, y porque poco á poco había ido invadiendo el albardón del macho y había ido empujándome hacia adelante.

Cada vez que el ala ancha de su lacio sombrero tocaba con mi pulida gorra de uniforme, sentía yo por todo el cuerpo un estremecimiento de horror, de repugnancia y de indignación.

Al fin y al cabo me quité la gorra, y un buen trecho del camino fuí con la cabeza descubierta.

Yo creo que desde aquella jornada tragi-cómica se me empezó á caer el pelo.

\*  
\* \*

Al fin llegamos; despedí al arriero y al macho; tomé cuarto en una posada, donde permanecí hasta el día siguiente, y á las ocho ó á las nueve de la mañana me embarqué para Cádiz.

Aquel mismo día salí en un vapor que había de hacer escala en Málaga; pero no llegué á Málaga de un tirón, que nos cogió en el Estrecho un temporal tremendo, y después de estar dando vueltas y tumbos algunas horas, entramos de arribada forzosa en Gibraltar, donde estuvimos detenidos tres días.

Así como mi memoria de nombres es fatal, es felicísima mi memoria de localidades.

Me acuerdo, como si ahora mismo la estuviera viendo, de la calle central, que me pareció bastante ancha y muy pendiente. A la derecha se hallaba situado el hotel en que pasé los tres días; y en la misma calle, mucho más arriba y á la izquierda, estaba el teatro, al cual asistí la misma noche de mi llegada, y en que actuaba por entonces una compañía detestable de ópera italiana.

La mayor parte del público se componía de oficiales del ejército, todos muy altos y muy rubios. Allí lucían sus uniformes y su marcial y severo continente una buena colección de hijos de Marte: unos con chaquetilla encarnada y gorra diminuta puesta de medio lado: otros con traje escocés, con sus enaguillas de tela á cuadros y sus pantorrillas al aire. Y todos ellos, por de contado, serios y formales.

Recorrí en los tres días casi todo el peñón; y en lo que más me fijé, por aficiones del oficio, fué en las mamposterías de las fortificaciones. Eran soberbias; pero las había aún mejores en el Canal de Isabel II. Como las mamposterías de la ladera de Patones, no he visto ninguna. Parece imposible que un muro de mampostería liso y sin adornos, pueda tener rasgos estéticos: pues los tiene, gracias al genio artístico de Don Lucio del Valle. Y aquel acueducto de las Cuevas que yo ví construir, y que casi ví proyectar es el *non plus ultra* de la



sencillez y de la elegancia; al menos como modelo de elegancia y de sencillez lo recuerdo.

Imagine el lector, un barranco muy hondo y muy estrecho: en el centro se eleva un peñón; del peñón sube una pila ligerísima; y siguiendo las dos aristas y continuándolas, sin cornisa, capitel ni accidente alguno arquitectónico, arrancan dos arcos circulares, que van á dar cada uno de ellos, y á embutirse, por mejor decir, en los dos laderas del barranco.

Los dos arcos ni son completos ni son iguales; ni, por lo tanto, forman el semicírculo que á cada uno hubiera correspondido en una construcción regular.

El de la izquierda encuentra más pronto que el de la derecha la ladera, y en ella termina bruscamente. El de la derecha tiene que dar una vuelta mayor, y cae, por lo tanto, mucho más.

No es un puente, no es un acueducto: es una palmera de piedra, de tronco ligerísimo y elevado, con las palmas de una y otra parte desigualmente encorvadas; mas erguidas las de aguas abajo; cediendo más á su propio peso las de aguas arriba. Y en toda la obra, ni una moldura, ni un adorno: la belleza noble, pura y elegante de la línea.

He visto obras mucho más grandiosas y por de contado, más difíciles; pero no he visto obra de elegancia más suprema.

En el sobre de una carta la proyectó D. Lucio del Valle.

D. Lucio del Valle, como ingeniero de buen gusto y para obras de construcción sólida, difícilmente tuvo rival en su época, como no lo tenía en su entusiasmo por el Cuerpo de caminos. La carretera de las Cabrillas será siempre, dados los tiempos y las circunstancias, un modelo de carreteras.

Y esto es todo lo que recuerdo de Gibraltar: una calle ancha y empinada; el hotel á un lado; al otro lado, más arriba, el teatro; unas mamposterías soberbias en las fortificaciones; muchos cañones por todas partes; el Peñón muy verde y muy bonito; oficiales que salen á paseo á caballo, y escoceses con las pantorrillas al aire, á modo de niños colosales.

¡Adiós, Gibraltar! ¡Probablemente no te volveré á ver nunca!



Me embarqué al cabo de los tres días y con muy mal tiempo llegamos á Málaga.

De este viaje sólo recuerdo que se mareó todo el mundo menos yo. Estas valentías contra el mareo las he pagado más tarde; y hoy, aunque nadie llegue á marearse, me mareo yo por todos.

Los recuerdos no son continuos. Vienen á rachas. A veces hay un tumulto de memorias claras y precisas, como si lo pasado se transportase á lo presente y ante la vista se extendiera. Pero otras veces, vienen vacíos oscuros, lagunas extensas, manchas negras, verdaderos huecos en que todo se borró, como si un grupo entero de celdillas cerebrales hubiera desaparecido ó se hubiera empleado en otros usos.

Pues esto me sucede con mi viaje de regreso á Almería. Este viaje de regreso es en mi memoria una mancha muy negra en que apenas se destacan dos ó tres recuerdos insignificantes.

En Málaga me detuve un día y tomé asiento en la primera diligencia que salía para Granada.

La berlina y el interior estaban llenos, y tomé asiento de cupé, en el cual fui solo. Y aquí viene uno de los recuerdos á que antes me refería. Aquella noche tuve un frío horrible en lo alto del cupé: jamás he sentido frío más intenso. Sin duda con agujas de hielo me punzó el frío las celdillas cerebrales, porque en ellas llevo eternamente ó al menos llevaré por todo el tiempo que viva, algo así como un tatuaje helado.

Y sigue la mancha negra.

Me detuve en Granada tres ó cuatro días para recibir ór-

denes é instrucciones del jefe del distrito, D. José Aguirre, y otra vez á caballo, como cuatro meses antes, y en compañía de un ayudante de caminos, que iba á caballo también, emprendí mi segundo viaje hacia Almería.

El hueco negro sigue tan negro como antes. Sólo hago memoria de que hicimos el viaje en tres etapas: las de costumbre.

Dormimos la primera noche en Guadix; la segunda noche en el Nacimiento; la tercera en Almería.

Ni hubo ya grandes puestas de sol; ni cortinajes de fuego; ni nubes enrojecidas; ni nada de aquello que tanto me admiró y admiré en el primer viaje.

Sin embargo, nunca olvido que en el *Nacimiento* comimos detestablemente; mejor dicho, no comimos. Nos dieron un pollo que parecía de jaspe por lo duro y aun por las manchas que lucía. Con ser mis dientes de primer orden, no pude hincarle el diente; y al fin, indignado contra resistencia tan tenaz como poco justificada, ordené al ayudante que le echase en las alforjas para almorzarlo á la mañana siguiente.

Y llegó la mañana y llegamos á una venta; y se le descuartizó: sus dos pechugas, sus dos alones, sus dos piernas, su cuello rígido y vanidoso, su arrugado pellejo, su enorme caparazón, porque el pollo era detestable, pero enorme, como que hubo quien sospechó que era gallo, todo se arrojó en el aceite hirviendo de una sartén, y en él estuvo friéndose largo rato.

De este modo salió á la mesa, y de este modo intentamos almorzarlo. Empeño inútil. Aún estaba más duro que la noche anterior.

Lo hice ya cuestión personal: era ya un duelo á muerte entre aquel pollo cocido y descuartizado y frito y machacado durante seis horas sobre las ancas de un caballo, y un ingeniero de segunda clase, número uno de su promoción, con nota de sobresaliente y desesperado y hambriento por añadidura.

¿Por qué se resistía el maldito pollo? ¿Por qué no se ablan-

daban sus apergaminados tejidos? ¿Por qué no tenía alguna más consideración conmigo, que tan superior le era en todo y no se dejaba almorzar por mí?

¿Qué más podía esperar un miserable volátil del Nacimiento, engendro ruin de unas áridas ramblas, sino que todo un ingeniero de caminos descendiera hasta su miserable caparazón?

Mis indignaciones crecieron: mandé sacar los pedazos, envolverlos en un papel y echarlos por vez segunda en las alforjas. Seguimos adelante: á la caída de la tarde llegamos á Almería: me dirigí á mi fonda, y entregué á la dueña los restos de la mal llamada ave para que los desmenuzara, y con ellos me hiciera una tortilla.

Esfuerzo supremo pero infructuoso.

La tortilla se dejó comer; el pollo jamás. Y cansado de la lucha, lo abandoné á su destino.

\*  
\*  
\*

Y aquí termina mi expedición á Cádiz y á Sevilla, y mi vuelta á Almería.

Y para cumplir el programa que di á mis lectores en uno de los precedentes artículos, debo hablar aquí de unas infernales tercianas, que hube de padecer durante algunos meses y que me hicieron más y más intolerable la estancia en aquella capital, que después me ha sido muy simpática, como he tenido ocasión de demostrar en tiempos posteriores; pero que por aquellos tiempos de mi juventud llegó á serme de todo punto intolerable.

Eran horas de mortal hastío. Eran días de una monotonía irresistible. Todos iguales: hoy como ayer, y mañana como siempre: una repetición del vacío: la nada igual á sí misma.

Ya no me bastaban los libros de matemáticas: casi me fatigaban. Ya las novelas llegaron á serme irresistibles. Mis

lecturas iban decreciendo, y sentía el cansancio de un cansancio imposible.

Mecánicamente iba todas las mañanas á ver almorzar á mi compañero, don M. C., que, dicho sea entre paréntesis, almorzaba como un príncipe. Mecánicamente, como si me durase la cuerda del día anterior, bajaba al muelle y me pasaba cinco ó seis horas viendo arrojar escollera.

En pleno automatismo me iba al Casino á leer periódicos, y ni fuerza ni estímulo sentía para leerlos.

Para no comer volvía á la fonda á las ocho; y, sin haber comido, me iba á pasar la noche al teatro, cuando había teatro, y cuando no lo había á casa del ingeniero D. José Monasterio, á matar unas cuantas horas, únicas entretenidas que pasaba en aquellos días de veinticuatro horas interminables.

Pero cuando estaba en la plenitud del aburrimiento me cayó que hacer con las tantas veces anunciadas intermitentes. Ya me ocuparé de ellas cuando dicte el artículo próximo, que en éste, el recuerdo de aquel remoto cansancio, de tal suerte ha llegado vivo y abrumador hasta hoy mismo, que no me deja ánimo para dictar en este momento ni una línea más: me siento aburrido y cansado, y supongo que no estará el lector de este artículo mucho más divertido que yo lo estuve en aquel período de mi noviciado como ingeniero.

Con que hasta el mes próximo, en que seguiré conversando conmigo mismo y con quien quiera oirme.

JOSÉ ECHEGARAY.

# VIAJE DE LA CORBETA «NAUTILUS»

POR SU COMANDANTE

D. FERNANDO VILLAAMIL

---

**M**al hado han tenido siempre en España los libros serios; pero desde que el periodismo se ha hecho callejero y trashumante, que todo lo sacrifica á la variedad y á la abundancia de las noticias, que en vez de cuadros hace fotografías instantáneas, confía su éxito más que á la pluma de los escritores á la agilidad y olfato de los trotacalles y entremetidos, y no aspira, en fin, á ilustrar y dirigir al público, sino á distraerle y marearle, es inútil buscar en los periódicos diarios aquellas columnas cerradas del ocho sin repletas, que aunque de tarde en tarde ponían al lector al corriente del movimiento intelectual del país, contribuyendo á la general cultura de un modo eficaz y sencillo, pues aun hechas someramente, las revistas bibliográficas, ahorraban mucho trabajo y mucho tiempo al aficionado, avivaban las vocaciones, despertaban las aptitudes y eran estímulo y publicidad á las grandes empresas literarias, que hoy no la logran gratuita, sino en casos muy especiales y en misérrima forma. ¡Columnas enteras! El periódico que no ve las suyas bien partidas en cinco ó seis párrafos cada una, con sendos títulos llamativos, rimbombantes, y si es posible novelescos, cree mal empleado el día, burlada su misión y estéril su propaganda. Columna entera únicamente la merece hoy la causa

criminal, el chisme de trascendencia política, el escándalo monstruoso, ó el recuento, no siempre desinteresado, de esas fiestas y banquetes sibaríticos, que, por desgracia, abundan, y que exagerados en la prensa callejera por especialistas galiparlantes, llevan con horrible oportunidad á las buhardillas y á los centros de la miseria ideas que hacen rechinar los dientes y enarbolar los puños... cuando no los puñales. En cambio de los libros, aun recibidos gratis y con empeños en la redacción, apenas si se hace nómina, sacándoles, cuando más, á buen tun tun, y tal vez sin abrir las hojas, no ya la quinta esencia ni el extracto, sino el escaso jugo que destilan las portadas, con que parecen las pseudo revistas de ahora, más de comisario que de crítico, á cuyo mal acuden ciertos autores acompañando al volumen regalado el bombo hecho en la propia fábrica, que aun así suele recortarse y encogerse bajo la tijera periodística, para que en media columna queden satisfechos media docena de amigos.

Aquel que sólo estudie nuestro movimiento intelectual por los datos de la prensa diaria lo creerá nulo ó limitado á insulseces y recopilaciones de fiambres recalentados, siendo forzoso acudir al *Boletín de la librería de Murillo*, ó á los que publican algunas casas editoriales, para convencerse de que nuestra decadencia, por fortuna, es menor en las altas esferas científicas y literarias que en los libros de *monos* y de peseta por barba. Injusto sería, sin embargo, dejar de agradecer á esa evolución de la prensa política el arraigo y el desarrollo, que, aunque lentamente, va adquiriendo un elemento de cultura muy difícil de aclimatar entre nosotros, la *Revista*, que es un término medio entre el periódico y el libro, que ni fatiga al lector, ni le deja enteramente con la miel en los labios; donde es posible hermanar lo útil con lo dulce, lo ameno con lo profundo y lo instructivo; satisfaciendo así las necesidades intelectuales de una gran masa de espíritus, en quien aviva el deseo de la meditación reposada y serena, ese mismo vértigo noticieril de los periódicos, ese desfloramiento de las cues-

tiones más trascendentales, esa especie, en fin, de caleidóscopo neurótico y mareante, que nos obliga la vida moderna á contemplar desde que Dios amanece, mal nuestro grado tal vez, y á despecho de una situación psicológica, que, no ya á los españoles, sino á casi todo el mundo, impone la meditación antes que la ligereza y el aturdimiento, en estas postrimerías tremebundas del siglo XIX.

\*  
\* \*

Mucha prosa y mucho exordio parecerá éste, para tan sencillo objeto como es que el lector caiga en la cuenta de no haber visto siquiera un mísero anuncio de libro tan importante y deleitoso como el que acaba de publicar el capitán de la corbeta *Nautilus*, que con ella ha dado la vuelta al mundo nada menos, mientras le zumbarán en los oídos los de otros cien librillos antes olvidados que no impresos. Y tampoco será ciertamente porque el Sr. D. Fernando Villaamil haya dejado de poner en su obra todos aquellos atractivos y reclamos que atraen hoy al público, pues tocante á la ciencia náutica, aunque profanos á ella, nos parece que *El Viaje de la Nautilus* ha de servir de derrotero á más de un futuro navegante; por lo dramático y entretenido hace á las mismas novelas de Julio Verne la ventaja de ser pintura fiel de países y hechos reales, que no invenciones de la fantasía, ni sueños más ó menos verosímiles, y sin perder un solo momento su carácter de simple relación de viajero, con la añadidura de extensísima y hasta cierto punto uniforme, por arte que consiste en nuestra opinión en no haber tenido el Sr. Villaamil ninguno, ni siquiera pretensiones de escritor, ni pujos de originalidad, le ha resultado muy varia, muy pintoresca, muy instructiva, y, sobre todo, tan natural y corriente, que las materias se encadenan por sí mismas sin torcer ni embrollar el hilo de la narración un solo punto. En aquellos donde



las descripciones cuadran bien, por tratarse de países poco conocidos ó que ofrecen interés especial para nuestra política ó nuestro comercio, carga la mano algún tanto, sin perjuicio de la sobriedad, que es dote peregrina de este autor, revelada desde las primeras páginas, cuando al rendir su *Nautilus* la jornada primera, la admirable situación geográfica de las Canarias, su clima, la feracidad de su suelo y su lisonjero porvenir, le inspiran párrafos llenos de patriotismo, de conocimientos prácticos, de sensatez y amplias miras. Pues la historia y las costumbres, que ocupan en su libro grandísimo lugar, nunca vienen á la pluma del Sr. Villaamil sino en aquellas etapas de su viaje donde sus guardias marinas pueden respirar una atmósfera bajo algún aspecto perjudicial, pues no habrá lector que ignore que la *Nautilus* es una escuela de instrucción, y que su viaje tuvo ante todo carácter instructivo, aunque resultara naturalmente de alta conveniencia política. A mayor abundamiento, como era de esperar de un oficial de la armada, siente el autor por sus educandos tan sincero afecto, que su libro más abunda en ternezas de padre que en lecciones de pedagogo. Las páginas 29, 63, 289, 355 y otras muchas, ofrecen de ello buen testimonio.

Verdaderamente los *michis*, como á bordo suele llamarse á los guardias marinas, aceptando el mote que les dan las graciosas andaluzas de Cádiz y San Fernando, y que es en puridad contracción de una frase inglesa que significa *medio oficial de barco*; los *michis* producen en el espíritu reflexivo una impresión singular, que no es simplemente dulce y tierna, como el espectáculo de la juventud suele serlo, sino más honda todavía y con ciertos dejes de amarga; porque si lo por venir, siempre simpático, de otros mozos estudiantes aparece entre las brumas del pensamiento con las varias alternativas de la voluble fortuna, el de los *michis* presenta una línea recta é inflexible, que se va ensombreciendo hasta del todo ennegrecerse é inspirar profunda é instintiva compasión. Los peligros que en todas las carreras del Estado rodean al joven, digamos, por

ejemplo, en la milicia misma, que es la más peligrosa y contingente, preséntanse á la imaginación como accidentes naturales de la vida, no superiores al vigor ó al esfuerzo del hombre, ni mucho menos á su inteligencia y sufrimiento, mientras el marino puede razonablemente compararse con un loco de atar ó un ciego temerario, que los peligros desconoce y de suyo toma un camino que en realidad no lo es, porque él mismo ha de abrírselo á cada hora en lucha con todos los elementos, obligado á dominarlos, siendo al par esclavo de todos y su juguete. Cuando contemplamos un colegio militar, son tantas las líneas que forman, por decirlo así, el nimbo de aquellas cabezas juveniles, que los trances de la guerra se compensan en nuestro pensamiento con las dulzuras de la paz, los cánticos de muerte se poetizan con los himnos de la victoria, y aun los mayores peligros se nos figuran hasta cierto punto subordinados á la inteligencia, á la habilidad y á las cualidades personales; pues, en efecto, ¿quién nos dice que no hay allí algún Napoleón en agraz?: consideraciones que aminoran la inspiración de los tristes augurios, porque dejan muchos huecos en el horizonte de la vida á los rayos de la esperanza; mientras la línea del oficial de la armada, si la observamos con filosofía, ya se ha dicho que aterra cuando se desvanece en un infinito tenebroso, en un abismo de abismos impenetrables é ignorados. Aun librándose de los peligros de tierra, en que con todos los humanos es co-partícipe, á los del agua y el aire, que siempre han sido su dote especial y privativo, agréganse ahora los del fuego, vida y muerte de las máquinas que al barco empujan, enemigo que con sonrisa paternal y bondadosa da sin cesar al marino abrazos de Anteo que pueden ahogarle, sin que la ciencia, la previsión, cualidad ni virtud alguna baste á impedir que el barco mejor dirigido estalle de repente en mar bella y sereno día, mientras la tripulación canta sobre cubierta descuidada. Pues ¿qué decir de esas monstruosas invenciones modernas, en cuyos cálculos el hombre ha figurado por un cero á la izquierda, pues más que á los enemigos parecen destinadas

á matar á los tripulantes, inmanejables, ingobernables, inhabitables, donde se respira una atmósfera de gases mortíferos, que quizá cuando se eleven al cubo en trances de guerra, que no han llegado todavía por misterioso y providencial arcano, muestren la inutilidad de esos cruceros, de esos torpederos y cazatorpederos, donde la vida misma, el aliento, la respiración, —no digamos ya la serenidad del ánimo, ni la firmeza del juicio tan necesarios á los que combaten— pueden hacerse imposibles al funcionar la electricidad en máximas atmósferas, combinándose con la dinamita, la melinita y esas otras mil sustancias deletéreas que hoy los explosivos contienen!

Y ¡pensar que esos pobres *michis* tan simpáticos, que se creen ya señores de la inmensidad azul porque saben marcar un rumbo ó tomar una altura, ó porque lucen el botón de ancla, que es acaso el verdadero depositario del secreto de su vocación, pueden encontrarse mañana en un *Malaspina*, en un *Reina Regente*, en un *Sánchez Barcáiztegui*, después de haber dado sin novedad la vuelta al mundo en un barco de vela á la antigua usanza! ¡Pensar que en mares ayer desiertos hoy es la concurrencia tal, que si sigue la progresión de estos últimos años, los choques serán tan frecuentes como los escamoteos en la Puerta del Sol! Comprendemos que el comandante del *Nautilus* se enternezca al hablar de los guardias marinas, y nos pondere á menudo sus buenas prendas, su constante jovialidad contagiosa, sus juegos é invenciones al paso de la Línea, en la noche de Navidad, y en ciertas festividades; comprendemos también que el nombre de botella con apellidos andaluces suene tal vez en los párrafos que tratan de las relaciones entre ellos y la plana mayor del buque, y que el Sr. Villaamil les dé vacaciones en los puertos, que es cosa muy puesta en razón, cuando con cuenta y razón se da á estudiantes tan asiduos y subordinados como los que tenían por cátedra el *Nautilus*; que los haga participantes de su mesa á bordo, de sus giras y convites en las estadias, y mejor aún comprendemos la maliciosa ternura envuelta en las melancó-

licas tintas del hombre maduro que hacen un tornasol como de envidia, con que nos habla de ciertos muelles donde al levar anclas la corbeta, multitud de blancas manos, por lo general inglesas ó anglo-americanas, agitaban sendos pañuelos, quizás húmedos de llanto... Y nunca el Sr. Villaamil pretende que tan dulce despedida se hiciese á la oficialidad ni á la bandera española, sino á los *michis*.

Como nosotros lo creemos también á puño cerrado, presentándonos espontáneamente por testigos de excepción, que si no la vuelta al mundo, hemos dado otra no pequeña por esos mares, en la grata compañía de dos ó tres docenas de guardias marinas, que iban también en viaje de instrucción práctica al más remoto de nuestros apostaderos. Y, en verdad, que el mismísimo D. Antonio Maura hubiera sentido amenguársele algún tanto el flujo antimarítimo, si con nosotros hubiera pasado interminables singladuras, que se hacían breves en aquella cátedra casi constante de peregrinas y originales enseñanzas, donde un simple alférez de navío, poco menos imberbe que los mismos *michis*, bastaba á imponer la subordinación más estrecha á mozalvetes retozones, aun en los casos en que el pasaje femenino, bullicioso y maleante, los provocaba desde la cámara, tocando el piano ó cantando peteneras, á mandar á paseo rumbos y constelaciones para entregarse á las sirenas y las ninfas. Y no era falta de sangre ciertamente, ni de afición al sexo que produce los huracanes del alma, ni encogimiento colegialesco, porque toda la gravedad de la cátedra y del catedrático era poca parte á impedir ciertos estremecimientos convulsivos, como de corcel árabe, que respondían, arrugando y aún arrancando hojas de los librotes, á los ruidos de la cámara, poéticamente comparables á los de la perdiz en celo, hasta que, dado el punto y la hora, salían á hacer ejercicios prácticos, con las que llamó Shakespeare pérfidas como las olas. ¡Y sépase, para concluir, que aunque ya duchos en capearlas y correr la tormenta, en respetuosidad, compostura, atildamiento y galantería, aquellos lobeznos de mar podían

poner á su vez escuela para todo el pasaje, donde abundaban esos tipos más ó menos juveniles, que, al verse fuera de su patria, aprovechan todas las ocasiones de lucir la mala educación que en ella se da hoy á la juventud!

Así como comprendemos al Sr. Villaamil, comprendemos que las mujeres se perezcan por los marinos, que al fin y al cabo saben navegar en todas las aguas, y necesitan más cada día para ahogarse la conjuración de varios elementos, mientras los cetáceos terrestres se mueren de anemia ó tisis al menor aire colado.

\*  
\* \*

Rara habilidad y difícil, ha demostrado el señor Peña y Goñi en el pintoresco prólogo que encabeza el *Viaje de circunnavegación de la corbeta NAUTILUS*. Jáctase con razón de haber contribuido, «como nadie», á que el libro se escribiera, venciendo la resistente modestia del autor, con la consideración de que era una deuda implícitamente contraída con el público, y que el Sr. Villaamil estaba obligado á dar cuenta histórica y crítica del interesante depósito que en sus manos puso la patria desde el 30 de Noviembre de 1892, hasta el 16 de Julio de 1894. «Sin mi inquebrantable obstinación, dice el prologuista, y nos place consignarlo y agradecersele; (el libro) hubiera naufragado seguramente, habríase ido á pique con todo su inestimable cargamento.»

Gracias también á la amistad fraternal que á los dos escritores une, se encuentran en el prólogo pinceladas psicológicas que nos pintán de cuerpo entero al capitán de la *Nautilus*. Siendo «en la mar, lo que en términos modernos se llama un *vibrante*, se convierte en colmo de la timidez cuando se trata de alejarlo del elemento de su devoción...» «en tierra, se vuelve locuaz, parece un colegial en vacaciones, libre del uni-

forme que á bordo le aherroja á las severidades de la disciplina militar, y le encoge la cara y le endurece los ojos, y lo convierte, allá en la toldilla, en la estatua de Harpócrates...» «á bordo está en el hogar; el buque y Villaamil son, por decirlo así, consustanciales; hablar del uno es exhibir al otro, por lo cual, el colegial en vacaciones cede el puesto al jefe militar».

En fin, «marino, ante todo, hombre de mar de los pies á la cabeza, con su rostro cetrino y su vista alegre y melancólica, llena de sal y cubierta de nieblas como el Océano...» «Dar la vuelta al mundo á bordo del *Nautilus*, era para Villaamil rehacerse una virginidad de marino, casarse con la mar y emprender el viaje de novios, en grata compañía con 300 hombres, que voluntariamente, llenos de entusiasmo, le acompañaban en su expedición.»

No menos exacta que la del hombre, para nosotros desconocido, nos parece la pintura del escritor, á quien hoy podemos juzgar por su libro. «Cosmorama literario, dice el Sr. Peña y Goñi; admirable y atractivo por su misma realidad, sus capítulos traen á la mente la visión de mundos y de hechos originales; visión que en ocasiones deleita, instruye en otras, conmueve más de una vez, é interesa siempre.» «Villaamil posee, como pocos, el sentimiento de lo que escribe, dice en otro lugar; narra ampliamente, traslada al papel lo que ha visto, con la sensación que ha producido en su ánimo, y deja correr la pluma. Docto sin pedantería, sencillo sin afectación, espíritu perspicaz, devoto de todo racional progreso, historiador verídico, crítico sincero y justo, dotado de notable clarividencia... observa, estudia, escudriña, sometiendo cuanto ve á su criterio sano y firme, criterio de hombre curtido en las batallas de la vida y en las especulaciones de la ciencia, acostumbrado á las soledades inmensas de la mar, que le han enseñado á sondear las grandes profundidades y á no dejarse sugestionar por las impresiones del momento.»

En lo que no estamos tan conformes con el prologuista, es en

el concepto que parece tener de la literatura, cuando asienta como nosotros que el principal encanto del libro es carecer de ella, y la define á renglón seguido en términos, que no viene á ser otra cosa la literatura que «lo insustancial, lo cursi» y la corrupción del habla de Cervantes. Sin entrar en disquisiciones, impropias de este sitio, cabe decir que en ciertos géneros literarios, principalmente los viajes, el mérito se avalora ante todo por la exactitud, la naturalidad, la espontaneidad, que constituyen la mejor de las literaturas, pero tampoco ha de negarse que esas mismas calidades puedan brillar también revestidas con atildadas formas, sin caer en lo insustancial y lo cursi. El *Viaje á Persia*, de D. Adolfo Rivadeneyra, *La Alpujarra*, del inolvidable Alarcón, y algún otro libro moderno por el estilo, no carecen de aquellas condiciones, sin dejar de ser ante todo literarios. «Inflar los carrillos y officiar de sabio, hubiera sido convertir el libro en estepa intransitable.» Ciertamente; el Sr. Peña y Goñi lo dice muy bien. «Escribir cavatinas literarias y rondós con variaciones, no podía intentarlo siquiera quien es refractario al embuste.» Ciertísimo; aunque los términos se nos atraganten un poco por venir de tan distinguido crítico musical. «Y lanzarse á descubrir mediterráneos era misión que casaba mal con el temperamento del comandante del *Nautilus*.»

Afortunadamente para el discreto y pintoresco prologuista, á través de ese ropaje un poco abigarrado, se comprende bien que va defendiendo nuestra misma tesis, la naturalidad y la sencillez de la literatura del Sr. Villaamil, y para que mejor resalte, recarga la antítesis de tal modo, que ya no es lo espontáneo y lo verdadero la entraña de su argumento, sino el simple sentido común. ¿Sería tan buen libro el *Viaje de circunnavegación*, si su autor no oficiase alguna vez de sabio, sin inflar los carrillos por supuesto, y probara que los marinos españoles pueden discutir, por ejemplo, las Cartas del Almirantazgo inglés, y aun disentir de ellas y trazarse otros rumbos, como en algunas ocasiones se vió en la *Nautilus*? Si esto es

meterse el autor en estepas intransitables, todo el capítulo XXIV (sin contar mucha parte de otros), está consagrado á los cambios de itinerario y á las dificultades de la navegación, y no hay peligro de que el lector por ello se aburra. Pues ¿qué es decir cavatinas y rondós con variaciones? ¿Se trata de los temas vulgares, que llamamos propiamente manoseados? Nada lo está en España ni acaso en el mundo entero como el descubrimiento de América y nuestras relaciones y nuestras vicisitudes en ella, que han llegado á formar el Génesis de la historia moderna y de la civilización universal, y no se nos alcanza cómo en tal viaje hubiera podido prescindirse de ese manoseado tema. En efecto, el Sr. Villaamil, cuando viene á cuento, porque sale del estrecho de Cook y va á pasar el de Magallanes (que no pasó al fin por contrariedad del tiempo, y no poca suya, que le autoriza á criticar á los *contramaestres de murella* que le habían pronosticado catástrofes en aquel paso del Atlántico al Pacífico), hace de pronto esta virada ó digase exclamación tan sencilla como oportuna: «No hay, ciertamente, paraje alguno de cuantos baña la mar, que encierre tantos recuerdos honrosos de nuestra historia marítima como el Estrecho de Magallanes y sus inmediatas costas.»

¿Hay en efecto nada más natural, aunque el tema sea tan manoseado? ¿Parecerá oficio de sabio ni cavatina patriotera el dedicar luego dos páginas y pico, que no llegan á tres, á las expediciones de Loaisa, Caboto y Pedro Sarmiento de Gamboa, para reconocer y dar á conocer el Estrecho que había descubierto el desgraciado Magallanes, máxime si al mismo tiempo nos recuerda que Méndez Núñez fué el primero que se atrevió á cruzarlo con un barco acorazado de tan grandes proporciones como la fragata *Numancia*, y escribe otras páginas por el estilo, no menos sobrias, patrióticas y oportunas, de que todo el libro está sembrado? Acaso podría tildarse al Sr. Villaamil de exceso de laconismo y quizás también de soslayar cuestiones muy importantes para el comercio y el mundo moderno, que tanto ó más que las glorias históricas nos interesan hoy, como los repetidos



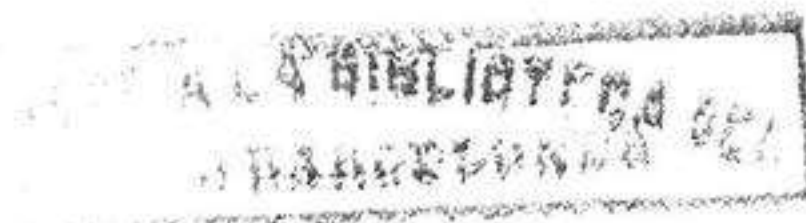
proyectos iniciados por España desde el siglo XVI para la apertura del istmo de Panamá. A Vasco Núñez de Balboa un sólo recuerdo y muy de pasada y en son crítico le dedica por haber creído que la América era un continente, siendo así que de este error participaron casi todos los primeros descubridores, incluso Cristóbal Colón, y que el infeliz capitán extremeño no fué el que inventó la denominación de Tierra firme, sino por lo contrario, en su famosa carta al Rey Católico de 20 de Enero de 1513, hay tales vislumbres y adivinaciones, que puede creerse que entreveía la realidad geográfica y científica, es decir, tanto ó más que los cosmógrafos empezaban á sospechar de América, pues se dice repetidamente poseedor de tales secretos, que se tenía «por el más bienaventurado hombre que nació en el mundo».

\*  
\* \*

Habíamos pensado terminar este estudio del libro del señor Villaamil con algunos extractos, ya que no pudieran ser copias literales, de las páginas más dignas de ser leídas con detenimiento, completando así las indicaciones del prólogo, que cita por pintorescas y originales «carreras y expediciones á los montes, las bajadas á los antros mineros, entre ellas, la referente á las minas de oro, que está contada con admirable *sans façon*... banquetes y bailes... (y) la historia de los *maories*, en la cual se destaca la simpática figura de mistress Donelli, uno de los trozos descriptivos más originales de la obra. Australia, Nueva Zelanda, Melbourne, Sidney, Christchurch, Chile, Montevideo, Buenos Aires, Nueva York..., países y poblaciones, adquieren en el libro de Villaamil extraordinario relieve».

Pese á lo que nos hemos entretenido, considerando la calidad de los lectores de esta REVISTA y el rumbo que hoy siguen los espíritus en España, que por cierto es por donde nos-

otros quisiéramos con todas nuestras fuerzas empujarlos, se limitará esta última parte de nuestro artículo á recomendar aquellos aspectos del *Viaje de circunnavegación* que se relacionan con las grandes industrias y los progresos del mundo moderno, para que el positivismo de nuestra juventud pierda el carácter visionario y *nirwanesco* que un falso concepto de las riquezas de América y largos siglos de aventuras y holganza le han dado, penetrándose bien con el ejemplo de las razas prácticas, de que sin el trabajo y el estudio no quedan ya caminos que abrir en nuestro planeta, donde la vida se va haciendo, más que difícil, imposible para los que prescindan de estos dos polos de la moralidad pública, pues, inconscientemente se colocan en el terrible dilema de ser amigos ó enemigos de la sociedad, elementos de orden y progreso ó de corrupción y anarquía. Más crudo aún hemos de decirlo. El hombre del siglo XX habrá de optar entre el libro y el tabuco para hacerse lo que vulgarmente se llama una posición. Los atajos y las sendas tortuosas se van cerrando por sí mismas.



\* \* \*

Nada tan oportuno á este propósito como el capítulo VII del *Viaje*, dedicado al Africa, y natural y muy especialmente á la maravillosa colonia del cabo de Buena Esperanza, que, con sus campos de diamantes y sus minas de oro ha sido para las ambiciones bastardas de nuestros días un incentivo tan peligroso como el Potosí, la isla de las Perlas y *El Dorado* pudieron serlo para nuestros abuelos; fecundos como aquellos en desengaños y ruinas. Es además el Africa en estos momentos teatro de una lucha de intereses europeos, que la convierte en un país apocalíptico y misterioso, donde la ciencia parece proponerse resolver gigantescos problemas antropológicos como

el de la trasplatación de gran parte de la raza humana y la destrucción de la influencia del medio ambiente, para que el hombre nazca blanco donde ha nacido negro hasta ahora.

Con razón al doblar el Cabo de las Tormentas y fondear en la bahía de Tablas el 9 de Febrero de 1893, preguntaba el comandante de la *Nautilus* á la tierra que se ofrecía á sus ojos: «¡Africa, país de los negros! ¿Será tu destino en lo futuro albergar como únicos habitantes á los emigrados europeos, que, so pretexto de explorar tus inmensos desiertos, destruyen y aniquilan tus actuales pobladores? Todo pudiera suceder, y, pensando cuerdamente, es de temer que si una sola nación lleva casi extinguida la primitiva raza en continentes é islas de gran extensión, la reduzcan pronto, entre las varias que se apresuran á tomar parte en la conquista y civilización de Africa, á un estado tal, que no se halle un negro para un remedio.»

En el párrafo siguiente se revela el estilo nervioso del autor y su ruda franqueza de marino.

«Indudablemente, la tendencia de la época actual será muy humanitaria para algunos; pero antójaseme á mí que es cruel y feroz. ¡Cuidado con llegar á un país y decir á sus habitantes: Sois unos salvajes que no conocéis las ciencias y artes del día; por lo tanto, indignos de vivir aquí. Fuera, ú os cazo, que esto lo queremos nosotros los europeos!»

Excitada su bilis, hace en breves líneas la historia de la colonia inglesa del Cabo *por vía de consuelo de la bofetada de Gibraltar*, historia que, como toda la de las modernas conquistas ultramarinas, es el reverso de la medalla de las que hicimos los españoles en época menos culta y civilizadora. En verdad, no se concibe que desde fines del siglo XVII, en que Inglaterra, protegiendo piratas y *flibustiers* y acaparando la trata y el contrabando, se hizo gran potencia marítima y conquistadora, haya habido escritor extranjero que se atreva á recordar los llamados horrores de Cortés y las atrocidades de Pizarro, siendo así que la escuela inglesa, en que han apren-

dido los modernos conquistadores, toma por modelos, no ya á esos héroes españoles, sino á los Carvajales y Aguirres y aun á los mismos Leoncillos.

Tenían los holandeses en el Cabo de Buena Esperanza una colonia próspera y pacífica como todas las suyas, en que hizo presa la Inglaterra al verlos ocupados en las guerras napoleónicas. Ni la paz de Amiens, ni protestas, ni reclamaciones, les valieron, y hoy mismo, los descendientes de los antiguos colonos holandeses, más perseguidos que los negros con el nombre de *boers*, están sentenciados á desaparecer por completo. Para apoderarse de las minas de diamantes, hizo cosas la Inglaterra que un escritor de su misma nación, J. A. Fronde, ha calificado de insolentes y cínicas. Y, ¿quién sabe si ahora mismo los sucesos que están produciendo la crisis verdaderamente espantosa de que hablaremos luego, no envuelven intrigas ó amañes ingleses que eclipsen á los pasados?

Desde la reforma del sistema colonial en 1853, el Cabo goza de autonomía bajo la dirección de un gobernador inglés, y realmente sus progresos disculpan los horrores de la conquista, ya que hacerlos olvidar parece imposible mientras haya en el mundo sentido moral. El puerto de Cape Town, de comercio y refugio á la vez, con un rompeolas de 4.000 pies ingleses, compite con los mejores de Europa, y ha costado dos millones de libras esterlinas. El Sr. Villaamil, con buen criterio naval, censura á sus constructores, porque la bahía de Simón ó Falsa Bahía, muy próxima también á la ciudad, hubiera costado menos y llenado mejor las necesidades mercantiles de la colonia. La exportación de lanas casi exclusivamente se verifica por Port Elizabeth y East London, prescindiendo de Cape Town.

Acercas de los productos naturales del país, hace el autor algunas observaciones que nos importa recoger. Aunque fértil y productor de buenos cereales, todavía su importación excede á la exportación, y en cuanto á los vinos, en vano se intenta remedar á España hasta en algunos nombres. Ni el

Jerez, ni el Pontac, ni el famoso Constancia, pueden competir con los nuestros medianos para mesa, y el brandy del Cabo es un verdadero veneno. Además, el cultivo y la elaboración progresan muy poco, ni aun en las grandes propiedades que explota el gobierno, pues por haber visitado la colonia hace un cuarto de siglo, puede el Sr. Villaamil ser voto en esta materia tan interesante para España. Sirva, pues, de aviso á nuestros vinicultores. En aquel mercado podemos hacer buena figura. El retorno con lanas es casi seguro, pues en 1890 se exportaron ya 30.000 toneladas.

Kimberley es la costa de los campos diamantíferos, como Pretoria y Johanesbourg las de las minas de oro. De estas últimas, las mejores corresponden al Transwaal. Ambas producciones y las de otros metales progresan de un modo extraordinario. Ocorre con los diamantes la singularidad de estar estancada su exportación, porque el gobierno garantiza á un tiempo al minero la propiedad y al comprador ó exportador la legitimidad de la piedra, lo que ha creado, como toda legislación restrictiva, una clase de defraudadores y contrabandistas en que no faltan por desgracia algunos compatriotas nuestros, de que ofrece el libro del Sr. Villaamil curiosos ejemplares. Es edificante el relato del escamoteo de que suelen ser víctimas los trabajadores de las minas y los aventureros que mal ó bien adquieren un buen diamante y quieren burlar á la aduana. Rara vez consiguen su objeto, porque son robados ó asesinados por otros, que á su vez sufren la misma suerte.

De las minas de oro, citadas ya, como hemos, visto por el Sr. Peña y Goñi, es el recuerdo en estos momentos no menos instructivo para la Europa entera, que está siendo víctima de esa gigantesca estafa que, ofreciéndole ficticios tesoros del Transwaal ha escamoteado verdaderos tesoros á los ambiciosos y á los cándidos, hecho quebrar las Bolsas é introducido en la contratación de los valores públicos un pánico que todavía tardará muchos meses en desaparecer. En 2.000 millones de francos calculan los economistas franceses las pérdidas sufri-

das hasta el día en este inmenso naufragio de ilusiones y esperanzas absurdas, presentándose el fenómeno tan frecuente en la sociedad moderna, de que se vea la herida y la sangre que vierte y no la mano que la ha causado. La locura humana, en uno de sus frecuentes arranques, levantó las minas hasta las nubes, y en otro las ha dejado caer, aplastando á los papanatas que esperaban una lluvia de oro.

En cambio ¡qué fortunas improvisadas, qué magnates y qué Cresos, aparecen allí! Los Rostchild y los potentados de la Unión americana palidecen ante sus rivales africanos. Barney Barnato, *clown* ó payaso de una compañía de titiriteros que llegó á la ciudad del Cabo en 1873, hoy mide por cubos sus diamantes, se le llama públicamente *el rey del oro*, y tiene una corte de parásitos que le inciensan como á un emperador oriental. Habilísimo formador y manipulante de compañías mineras, él acaba de agitar en las Bolsas europeas el famoso *Krach del Boom*, ó derrumbamiento universal de las acciones de minas, Dios sabe por qué medios.

Hay otro ricachón, llamado Rhodes, y por mote el Hernán Cortés del Africa austral, no por sus conquistas de territorios sino de libras esterlinas, y un Robinsón, que ofrece al gobierno colonial préstamo de 300 millones, tiene un Banco exclusivamente suyo, tres periódicos, palacios, yate, etc., etc. No sabemos si es el mismo Robinsón que hoy preside la república (los nombres coinciden), y contra el cual acaba de sublevarse el doctor Jamesson con 700 ingleses de la compañía africana, pidiendo reformas políticas que todavía no define bien el telégrafo. Aunque lo desautoriza el gobierno inglés, y lo califica á boca llena de *filibustero*, porque toda la Europa culta así lo califica, ¿quién sabe? volvemos á decir. Si triunfa será un buen inglés.

¡Pobre Africa! ¡cuánta inmoralidad, cuánto vicio y cuánto crimen, que se dejan muy atrás á los que refirieron al comandante de la *Nautilus* los ex presidiarios españoles del cabo de Buena Esperanza! Y contra aquellos escamoteos y

aquellos crímenes quedaba el recurso de la policía, de los tribunales, del esfuerzo personal y del revólver; pero contra estos, implícitamente autorizados por una organización política que eleva á dogma el desamparo de los débiles, de los ignorantes, de los menores, en fin, que forman la mayoría de toda sociedad, no cabe recurso alguno. El reo es invisible, el crimen anónimo. Aun siendo España de las naciones menos explotadas hasta ahora por estos grandes estafadores, hasta en las cocinas hemos visto agitarse una nube de agentes ofreciendo con grandes primas en forma de acciones de 50 y 25 pesetas montes de oro de las minas africanas, llegando algunos de éstos á recibir en pago libretas de la Caja de Ahorros, ó pequeñas cotizaciones semanales como las de las máquinas Singer. Así no parece inverosímil que la estafa se haya elevado á *2.000 millones de francos*, que acaso todas las minas del Africa no los produzcan en el siglo xx, de cuya aproximación hacen tales sucesos evidente señal, y aún podríamos decir cometa de rabo.

VICENTE BARRANTES.

## LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO

---

### I

**D**ESDE el principio de las revoluciones que, durante todo el transcurso del siglo actual, han transformado las condiciones políticas y sociales de España, ingiérese el nombre de la casa condal del Montijo como una de las palancas que con resolución más decidida impulsaron su movimiento inicial. Hay que remontarse al reinado de Carlos IV para colocarse en el punto verdadero de partida de toda esta evolución y en la noción exacta de las causas que la produjeron; no porque la importancia social y política de esta antigua casa de próceres arranque ó se derive de fecha tan próxima á la nuestra, sino porque aun con proceder esta esclarecida familia de las estirpes más linajudas de nuestra antigua aristocracia, nunca tomó un papel tan determinante en los sucesos más profundos de nuestra historia.

La casa de los Portocarrero del señorío del Montijo, fué desde los comienzos del siglo XVI, rama desprendida del tronco, que la reina Doña Juana, llamada *La Loca*, condecoró con los títulos de marqueses de Villanueva del Fresno y de Barcarrota, desde aquel tiempo enlazada con la de los condes de Lemos. Con entronques ventajosos, en el primer año del reinado de Felipe III, y á 13 de Diciembre de 1599, logró trocar por título de conde el de su simple señorío; el último de los Austrias,



Carlos II, habiendo crecido los de este linaje en estado y servicios, les concedió la grandeza de primera clase, suprema aspiración de nuestras familias nobles en el primer grado del parentesco de honor de nuestros monarcas con los más aventajados de sus súbditos. Ya en la casa de los Portocarrero del Montijo había entrado la rama de los Guzmanes, condecorada con los marquesados de Ardales y de la Algaba y el condado de Teba, concedido este último por los Reyes Católicos con grandeza á D. Rodrigo Ramírez de Guzmán, de modo que en lo sucesivo, con los mayorazgos, en cada caso de sucesión, se compartían los apellidos, llevando siempre el de Portocarrero los primogénitos, y el de Guzmán, con los feudos correspondientes, los de la segunda rama. Con todo, entrado el siglo XVIII, volvióse á hacer fusión de todos estos apellidos y mayorazgos, mediante el matrimonio de la condesa de Teba, doña Dominga de Guzmán y Fernández de Córdoba, hermana del cardenal de Toledo D. Luis, con su tío el conde del Montijo D. Cristóbal Gregorio Portocarrero y Guzmán, y ya en la prole que de este enlace se produjo, comenzó el hilo que inmediatamente se anuda con los personajes objeto del presente estudio.

La generación de este matrimonio, heredera de todos los títulos y estados de las dos casas unidas, se limitó á sola una hembra, Doña María Francisca de Sales de Portocarrero y Guzmán, que casó con D. Felipe de Palafox y de Croy, marqués de Ariza y almirante de Aragón. Seis hijos salieron de este tálamo: dos varones y cuatro hembras; D. Eugenio Eulalio y D. Cipriano, que sucesivamente heredaron los títulos y estados vinculados del heráldico patrimonio, doña Ramona, que por su casamiento con D. José de la Cerda, fué condesa de Contamina y de Parsent; doña María Tomasa, mujer del marqués de Villafranca del Vierzo D. Francisco Alvarez de Toledo; doña María Gabriela, mujer del marqués de Lazán D. Luis de Palafox y Melzzi, y doña María Benita Dolores, que por su marido D. Antonio Ciriaco Belvis de Moncada,

primogénito del marqués de Bélgida, llevó el título de condesa de Villamonte, que más tarde trocó por el de su padre.

Casi toda esta familia en el primer año del siglo actual tenía en Madrid su residencia continua, y tanto por su cuna, como por estos entronques se hallaba relacionada en propincuo parentesco con las casas grandes más influyentes á la sazón en la corte de Carlos IV, pues sus miembros ocupaban los primeros puestos palatinos, muchos altos grados en la milicia y todos considerable opulencia. El primogénito de la casa del Montijo, D. Eugenio Eulalio, usaba entonces el título de conde de Teba, y se casó con su prima doña María Ignacia Idiáquez y Carvajal. Esta dama se había criado en palacio, donde aún conservaba su morada su madre la duquesa viuda de Granada de Ega, doña Josefa Palafox, desde que desempeñó el cargo de camarera mayor de la serenísima señora infanta doña María Ana Victoria. Por su padre era el conde medio hermano del entonces marqués de Ariza, D. Vicente Palafox y Melzzi, y por este apellido tenía por primos al marqués de Lazán, que además fué su cuñado; al hermano de éste, el brigadier D. José de Palafox, heroico más tarde en la defensa de Zaragoza, á la condesa de Corres, doña María Ana Palafox y á la marquesa de Ayerbe, y á otros dos brigadieres del ejército D. Francisco Palafox y D. José Rebolledo de Palafox, todos aragoneses. Por el apellido Portocarrero era primo también del duque del Parque, D. Vicente Cañas Portocarrero y Silva y de sus hermanas la condesa viuda de Benalúa y la vizcondesa de Valoria, condesa de Lérida; y por el casamiento de su hermana doña María de los Dolores con el primogénito del marqués de Bélgida, intimó su antiguo parentesco con el conde de Villariego, D. Valentín Belvis de Moncada, con los marqueses de Castromonte y con la marquesa viuda de Alcañices. De estos personajes el teniente general duque del Parque era capitán de la tercera compañía de los guardias de Corps; el también teniente general marqués de Villariego, capitán de la segunda, el brigadier D. José Palafox, segundo teniente de

la primera, y el mariscal de campo marqués de Lazán primer teniente de la segunda. El marqués de Ariza, brigadier del ejército, ejercía en palacio el cargo de sumillers de corps de S. M., y estaba condecorado con el Toisón de Oro desde 1794, así como con la banda de Damas nobles de María Luisa la marquesa su mujer, la condesa del Montijo, sus hijas la marquesa de Lazán y la condesa de Contamina y la marquesa de Villariego. Como por estos datos se justifica, entre las familias aristocráticas de la corte, era ésta una de las más palaciegas, y sus individuos todos debían disfrutar en alto grado, no sólo de la estimación personal de Carlos IV y de María Luisa, sino de la del valido del rey, el príncipe de la Paz.

Estas relaciones, no obstante, se quebraron en 1805 con la condesa viuda del Montijo, que fué desterrada de Madrid y se estableció en Extremadura. Acompañáronla en su ostracismo sus dos hijos varones y la mujer del primogénito, y desde aquella fecha comenzó éste una guerra sin cuartel contra el ministro universal de Carlos IV, hostilidad que, andando el tiempo, y aprovechando todos los sucesos que crearon las circunstancias, se hizo también extensiva, aunque bajo la máscara de la reverencia, á los reyes padres. El ascendiente que el joven conde del Montijo ejercía sobre toda su familia, hizo que los más caracterizados miembros de ella se identificaran con sus resentimientos vengativos, y teniendo, como se ha visto, cargos propios dentro de la casa real, fácil les fué entenderse con el príncipe de Asturias y el infante D. Antonio, con el embajador de Francia, marqués de Beauharnais, y con los demás grandes, ministros y particulares que formaban la camarilla del príncipe D. Fernando. Cuando llegó el momento de deber justificar sus acciones en el *Manifiesto* publicado en Cádiz en 1810, el conde del Montijo escribía: «El 7 de Setiembre de 1805, desterraron á mi madre injuriosamente. Creo que estoy, no sólo autorizado, sino casi obligado á vengarla, y librar la patria del monstruo que la devoraba con su avaricia.» En aquel escrito ofrecía la publicación de unas *Memo-*

rias que hubieran dado mucha luz sobre la causa del Escorial y las alteraciones de Aranjuez: estas *Memorias* no se sabe ni aun que las escribiese siquiera, siendo una omisión documental para el conocimiento detallado é íntimo de aquellos hechos, los cuales ni los folletos del tiempo, ni los historiadores ilustres, ni las *Memorias* de Godoy, ni las del abate D. Andrés Buriel dejaron bien analizados ante el juicio de la posteridad.

No obstante, en el *Manifiesto* referido, se dan algunas noticias que no se hallan en ninguno otro escrito contemporáneo, y del examen juicioso de aquellos acontecimientos se deduce que la mayor parte de la acción, principalmente en la revolución de Aranjuez, que produjo la caída del ministro Godoy y la casi deposición de Carlos IV, fué dirigida, dentro y fuera de palacio, por el conde del Montijo y por los parientes más próximos suyos de que antes se ha hecho referencia. El primer plan contra el príncipe de la Paz lo formó el conde en 1806; y habiéndolo comunicado con el ex ministro Saavedra y con O'Farril, éstos lo desaprobaban juzgándolo irrealizable. Entonces el conde concibió el atrevido pensamiento de sustraer de palacio al príncipe de Asturias, conducirlo á Andalucía y entregarlo allí al refugio y al apoyo del ejército del general Castaños, dándole el título de rey y haciéndole publicar la convocación de unas Cortes, semejantes en su formación á las que el conde de Floridablanca había reunido para su jura en San Jerónimo de Madrid en 1789. Castaños entró en la complicidad de que participaron Xáuregui, Pezuela, Mata, la condesa del Aguila y otras personas ilustres de Sevilla. Las dificultades naturales de tan arriesgada empresa dieron al traste, á pesar de todo, con el proyecto. Entonces el conde publicó un folleto titulado *Ideas de un militar joven*, para formarse un partido dentro del ejército, y vino de incógnito á Madrid con el objeto de madurar su plan y ponerse de acuerdo con el duque del Infantado para llevarle á cabo. La marquesa de Villafranca, su hermana, doña María Tomasa Palafox y Porto-

carrero, vivía á la sazón en la calle de Don Pedro, adonde el conde se hospedó, y allí se celebraron las entrevistas á que asistían los duques del Infantado y de San Carlos, el marqués de Lazán y su hermano el brigadier D. José de Palafox, y los marqueses de Ariza, de Villariego, de Albudeyte y de Ayerbe, todos de la familia, y todos empleados en la servidumbre de la real casa ó en la guardia de corps. Aquellas reuniones fueron descubiertas por el príncipe de la Paz, y aunque era imposible meter en ellas ningún confidente, el conde del Montijo, por consejo de sus deudos, se vió obligado á alejarse de la corte, pero quedando aprobadas entre ellos las cifras con que habían de corresponderse para proseguir todos trabajando en el intento.

Infantado, á pesar de todo, no se mostró tan expansivo con el del Montijo como éste había sido con él; por manera que dejó de comunicarle los trabajos que por su parte él llevaba de acuerdo con Escoiquiz y en complicidad con el marqués de Beauharnais, de cuyas intrigas eran meros ejecutores los de la camarilla íntima del príncipe de Asturias. Así sobrevino la prisión ruidosa del primogénito de Carlos IV en el Escorial, cuando los demás conjurados trataban de su fuga á Andalucía, gracias al doble juego del cuñado de Napoleón, cuyas intenciones iban por corriente muy diversa de la que Montijo y los de su familia seguían. Estos sólo caminaban á la sustitución lisa y llana de Carlos IV, la Reina y el príncipe de la Paz por el príncipe de Asturias; mientras el embajador francés, ajustándose estrictamente á las instrucciones que de París recibía, llevaba por norte el desautorizar al príncipe de la corona y envolver en su descrédito y ruina á toda la familia real. Esto era lo que Napoleón creía previamente necesario, antes de desenmascarar sus recónditos pensamientos sobre la constitución de un príncipe de su familia en el trono de San Fernando. Cuando después de la prisión del heredero de la corona comenzó á instruirse aquel proceso de deshonor que aconsejó Beauharnais, Montijo y los suyos se

apresuraron á desaprobar los errores que habían conducido á aquel arbitrio de vergüenza. Con todo, los compromisos contraídos constituían ya para él una obligación imperiosa de proseguir adelante con su empresa, y entonces propuso al general D. Vicente María Maturana sublevar la guarnición de Sevilla, y con todas las tropas y autoridades hacer la solemne proclamación del príncipe.

Muy adelantados estaban estos trabajos cuando llegó á la hermosa capital del Betis el decreto de Carlos IV restituyendo á su primogénito á su gracia, con lo que Maturana se retrajo, aparentando quedar con aquello satisfecho. Montijo pasó entonces al ejército de Portugal, y con el marqués de Alorna preparó en Lisboa un levantamiento político, á fin de que, proclamando los lisbonenses su entrega al ejército español, se impidiera la acción del ejército de Junot que ya venía pisando la frontera del Duero. Garay aprobó la proposición, pero temeroso de comprometer las relaciones del gabinete de Madrid con el del Emperador, vaciló en la parte que le tocaba desempeñar, después de cometido aquel acto, el marqués del Socorro, que había de adelantarse á los franceses á ocupar la ciudad de la desembocadura del Tajo. Montijo regresó á Badajoz después de aquella frustrada negociación, y allí recibió avisos del estado de la opinión de Madrid y Aranjuez ante el temor de una retirada de la corte, ya á Andalucía, ya á Cadiz, con ánimo de trasladarse á alguno de los dominios de América. Sus parientes de Madrid le excitaban á determinaciones definitivas y proporcionadas á la gravedad de las circunstancias, pues todos fiaban así de la lucidez de sus talentos para buscar arbitrios de defensa, cuanto en su actividad para promover la realización de sus planes y la generosidad de su desprendimiento, que no se detenía en sacrificios pecuniarios de ninguna importancia para dar impulso á sus planes. Acompañado de su mujer, aunque con intención de dejarla en Toledo, adelantóse el conde hacia Madrid á principios de Marzo de 1808. Los trabajos de recluta y organización para lo que

meditaba, llevábalos por delante. Apenas se aproximó á la capital, púsose de acuerdo con D. Luis y D. José de Palafox y con D. Manuel de Xáuregui, que eran los que absolutamente disponían de los Guardias de Corps, y cogiendo todos los hilos de la conspiración ya tramada, tomó la parte directiva de ella. En Madrid se hallaba, organizando la revolución, cuando se le dió la noticia de haber llegado al Consejo de Castilla la proclama del rey Carlos IV para anunciar la retirada de la corte á Andalucía. Al momento presentóse de uniforme á aquel alto tribunal, y oponiéndose á la publicación de semejante documento, se ofreció á acompañar á Aranjuez con otro grande de España al gobernador del Consejo para llevar al Rey una representación en contra de lo que intentaba. Don Arias Mon y Velarde no asintió á lo que se le proponía, ni quiso espontanear con el conde, á quien tenía por un atolondrado, las resoluciones del Consejo; mas él, sin perder minuto partió al sitio, decidido á acelerar la explosión del motín.

Su bolsillo estuvo abierto para allegar toda clase de elementos al alboroto militar y popular, hasta que el 19 hizo que estallase con todas sus consecuencias. El alma de él fueron los propios empleados subalternos de los sitios reales, los criados del cuarto del infante D. Antonio y aun los del príncipe de Asturias, y sobre todo los guardias de corps, de que eran jefes los deudos del de Montijo, el conde de Villariego, el marqués de Lazán, el duque del Parque, el brigadier Palafox y el marqués de Albudeyte. Apenas se consiguió la prisión de Godoy, volvióse el conde á Madrid en posta á fin de ponerse de acuerdo con el duque de Osuna y que no se frustrara el arresto del valido. Pero en Aranjuez sus parientes no quedaron satisfechos con aquel golpe, y extremando más las cosas y aprovechando, así los elementos de insubordinación que en el sitio se habían reunido, como el pánico que reinaba en palacio, dieron el segundo avance contra el rey, hasta obligarle á la abdicación. A la llegada de Montijo á Madrid, repitiéronse en la capital los sucesos tumultuosos del día 19, que no se

contuvieron ni por la llegada de las noticias relativas á la renuncia real. Montijo desconfiaba ya de las intenciones de Beauharnais y de los franceses, y comprendió que era preciso ganarles á éstos por la mano la iniciativa de los nuevos sucesos que se veían sobrevenir, considerando que para los taimados invasores, que ya preparaban el avance de sus tropas hacia la capital, se hacía preciso que el nuevo rey apresurase su entrada en ella y que en ella recibiera la consagración solemne del poder que acababa de recibir por el auto de su padre. Promovió activamente la formación de la comisión de grandes que debía pasar al sitio á instar á Fernando su inmediata venida á Madrid, y puesta en marcha el día 22, se agregó á ella. Con todo, ni su diligencia, ni sus servicios fueron recompensados en el reparto que Cevallos se apresuró á hacer de todas las posiciones, y entonces se limitó á pedir que á su madre se le levantara el destierro, resignándose él á esperar el regreso del duque del Infantado, á quien se mandó venir, con la esperanza de que el influjo de éste bastaría para que se reparase el olvido ó el desaire de que acababa de ser objeto.

No tuvo más fortuna con el duque que con Cevallos, pero sí motivos para comprender que el tiro se le dirigía desde el palacio de la embajada imperial, donde se tenía poca confianza en él, viéndole con su familia ir siempre más allá de lo que á Beauharnais convenía. El conde trató entonces de volver á los franceses golpe por golpe, sin comprender que con el auxilio de estos había sido cosa más fácil atentar contra la autoridad de Carlos IV y su ministro, que sería contra ellos deshacerse de la fuerza de un elemento, que, aunque extranjero, se apoyaba en la imposición de 100.000 bayonetas estratégicamente situadas ya desde los muros de Madrid hasta el Bidasoa, y que se había apoderado de antemano de todas las plazas y posiciones militares y de todos los armamentos. No por esta consideración el conde del Montijo contuvo los ímpetus de su despecho, y desde luego propuso al duque del Infantado el modo de hacer salir inmediatamente de Madrid al gran



duque de Berg, que ya se había establecido dentro de los muros de la villa y al ejército extranjero que la ocupaba y circundaba con un triple círculo de acero. A la llegada de las primeras tropas francesas que acompañaban á Murat en su entrada en la corte, ni el número de sus soldados, ni sus provisiones de guerra eran tales, que no hubieran podido ser contenidas con las fuerzas españolas reunidas en Aranjuez, y que á poco se dispersaron, y con el entusiasmo que animaba al pueblo. Esto lo sabía Montijo, y en su sentir, de provocar por nuestra parte la resistencia, podíamos obtener un primer triunfo, que diera á la nación alientos para organizar el opósito á la invasión. Pero Infantado le contestó que era preciso, antes de resolverse á ninguna medida de compromiso, esperar la llegada de Escoiquiz, que ya había salido del Tardón; y aunque el joven conde expuso lo malo de su carácter, lo escaso de su perspicacia política y lo indeciso de sus resoluciones, Infantado puso silencio á sus instancias diciendo que era aquella la voluntad del rey recién proclamado.

Cuando llegó el confesor sólo anunció á Montijo que se le había ascendido á coronel.—¿Qué importa esto? contestó; mas conociendo que se hacía poco caso, después del triunfo, de sus consejos, y que su inquieto carácter le constituía en una especie como de estorbo para los hombres de la nueva situación, declinó el honor que se le quiso dispensar, nombrándole para la comitiva del infante D. Carlos, cuando éste precedió á su hermano en el engaño de salir hacia Burgos al encuentro del emperador, que Murat y los emisarios llegados de la frontera decían que venía ya en dirección á la corte de España.

Montijo se retrajo entonces enteramente de la comunicación con sus antiguos amigos. Vivía en la plaza del Angel con su medio hermano el marqués de Ariza, en cuyo palacio se había alojado el general Enmanuel Grouchy, á quien el gran duque de Berg había quitado el mando de la caballería para nombrarle su jefe de Estado mayor general. De aquí nació, entre estos tres personajes un grado de amistad, que se hacía

público por los actos de un trato familiar y continuo. No bastaba, sin embargo, esta mutua confianza para que el general francés descubriese á sus patronos nada de lo que palpitaba en las miras y cálculos de Napoleón; pero el conde del Montijo, de sus conversaciones, había sacado mayor grado de desconfianza que el que ya tenía respecto á la suerte de la familia reinante en España, y anteponiendo el sentimiento de su lealtad al rey y á la patria á los agravios que había recibido, andaba temeroso de los sucesos que veía sobrevenir. De estas impresiones hacía partícipes á sus deudos más inmediatos, y todos los Palafox se daban á meditar por qué arbitrios podría salvarse al joven rey Fernando de las asechanzas de los franceses, en cuya densa red, se hallaba totalmente cogido. Grouchy, por su parte, no dejaba de trabajar al conde para inducirle á que aconsejase al rey su marcha á ponerse en brazos de Napoleón; pero lejos de ceder el de Montijo á estas instancias, habiéndosele consultado por los íntimos del rey sobre el viaje que se le sugería, se apresuró á proponer que el infante D. Carlos, desde Irún, hiciese un rápido movimiento y se introdujese en las montañas; que el rey, desde el camino de Burgos, fuera á refugiarse á Aragón, donde los Palafox tendrían preparada su defensa y alojamiento del ejército francés hasta ponerse en medio de sus soldados españoles, y que el infante D. Antonio con el infante D. Francisco de Paula, por Toledo ó Cuenca, se retirasen á Valencia ó Extremadura. Dos veces logró desbaratar, con la ayuda de los grandes de su familia, el viaje del rey, hasta que interponiéndose Escoiquiz y Azauza, le recriminaron duramente, «que quisiera saber más que los ministros y los hombres de la confianza íntima del joven Fernando, de las intenciones del emperador». El viaje se realizó, y uno sólo de los de la familia del Montijo, el marqués de Ayerbe, se resolvió en alas de su amor al rey á acompañarle.

Montijo, que quedó en Madrid, cuando supo la llegada de Fernando VII á Vitoria, sin haber encontrado á su presunto

huésped imperial, le escribió por medio de Infantado y Villariego, «ofreciéndose para cualquier empresa difícil». Después de entrar en Francia el rey Fernando, y cuando llegaron á Madrid las noticias de la pérfida acogida de que había sido objeto por parte del emperador, otra vez, por medio del Infantado y de D. Miguel de Alava, repitió sus ofertas, «brindándose á ir personalmente á Bayona á matar á Napoleón». Estos ofrecimientos no fueron aceptados, y Fernando se resignó á sufrir los agravios decretados por la Providencia.

De los individuos de aquella familia ilustre, que por vengar la ofensa inferida en 1805 por el príncipe de la Paz á la condesa viuda del Montijo, doña Francisca de Sales Portocarrero, se puso al frente de los movimientos que al cabo dieron en tierra con el valido, y obligaron al mismo rey Carlos IV á abdicar su corona, fué la suerte sumamente varia: en unos llegó lo trágico hasta lo terrible: tal fué la muerte del marqués de Ayerbe, D. Pedro Jordán de Urríes, el cual, después de haber acompañado largo tiempo á Fernando VII en las penalidades de su cautiverio en Valençey, al volver á su patria disfrazado, para promover con más brío la insurrección nacional, asaltado en los campos de Aragón, fué asesinado miserablemente y arrojado su cadáver á un muladar; en otros, por el contrario, lo heroico llegó á lo sublime, como en el antiguo brigadier, teniente de la primera compañía de la real guardia de corps, D. José Palafox y Melzzi, quien, después de haber inmortalizado su nombre en la defensa de Zaragoza, llegó á las más altas jerarquías de la milicia, y obtuvo el título ducal de la ciudad cuyo nombre había colocado á la altura de los de Sagunto y Numancia. Finalmente, el conde del Montijo, D. Eugenio Eulalio de Guzmán Portocarrero y Palafox, jugó papel distinguido en la guerra de la Independencia, llegó á las primeras escalas del generalato y por largo número de años fué capitán general del reino y costa de Granada. A los laureles marciales unió además las palmas académicas, y en la Real Española fué elegido en 1830, como uno de sus miembros de

número en la vacante causada por la muerte de D. José de Buzareli, habiendo sido además consiliario de la de Bellas Artes de San Fernando. De su casamiento con doña Ignacia Idiáquez y Carvajal no tuvo sucesión, por lo que al morir, el 18 de Julio de 1834, pasó la baronía de su casa y estados á su hermano D. Cipriano, que hasta entonces había llevado el título de marqués de Fuente-el-Soto.

## II

Cinco años únicamente disfrutó D. Cipriano de Guzmán Portocarrero y Palafox los títulos que de su hermano D. Eugenio había heredado, y que él decoró, á la muerte del rey Fernando VII, y en la constitución definitiva de nuestras instituciones representativas bajo la regencia de la reina gobernadora doña María Cristina de Borbón, madre y tutora de doña Isabel II, y bajo el ministerio de D. Francisco Martínez de la Rosa, como uno de los dignos miembros del Estamento de Próceres.

Había nacido en Madrid el año de 1784, y en el de 1801 ingresó de caballero cadete en el colegio del real cuerpo de artillería de Segovia. Sirvió en el arma durante toda la guerra de la Independencia, llegando al grado de coronel: además, Fernando VII le dió la capitania de la guardia de los cien continuos hijosdalgo de Castilla, estando condecorado en la ínclita orden de San Juan de Jerusalén como caballero de justicia, y con la Legión de Honor de Francia, siendo muy considerado por la suma moderación de su vida y sus costumbres. Se había casado con una dama noble, de familia y cuna escocesa, llamada doña María Manuela Enriqueta Kircpatrick de Clos-

burn y Grevigné, hija del baronet Mr. Williams Kircpatrick y de lady Francisca de Grevigné. De este matrimonio tuvo dos hijas como dos soles: doña Francisca de Sales Portocarrero Palafox y Kircpatrick, y doña María Eugenia de Guzmán Palafox y Kircpatrick Fernández de Córdoba y Leyra. Las dos eran rubias, de un tipo más inglés que español, medianas de cuerpo, de compleción física aparentemente débil, de facciones muy finas y regulares, y del carácter que en Andalucía, donde nacieron, da á las que lo tienen el epíteto de *graciosas*, y en Francia el de *spirituelles*. Cuando el conde don Cipriano, VIII de los del título del Montijo, murió el 15 de Enero de 1839, sus dos huérfanas, entre las que se dividieron de nuevo los vínculos patrimoniales y nobiliarios de la casa, quedaron de muy corta edad. A la mayor, doña Francisca de Sales, correspondieron los títulos de condesa del Montijo, de Miranda, de Fuentidueñas, de San Esteban de Gormaz y de Casarrubios del Monte, los de marquesa de Valderrábano, de Barcarrota, de la Algaba, de la Bañeza, de Villanueva del Fresno, de Valdejunquillo y de Miralls, y el de vizcondesa de Palacios de la Valduerna y su infantazgo. La menor, doña María Eugenia, tomó los de condesa de Baños, de Teba, de Mora, de Ablitas y de Santa Cruz de la Sierra, marquesa de Moya de Ardales y de Osera, y vizcondesa de la Calzada. Al condado de Teba y al marquesado de Ardales tocaban los apellidos de Guzmán, al de Baños el de Leyva, al de Mora el de Rojas y Guzmán, al de Moya el de Cabrera y Bobadilla, al de Osera el de Junes y Villalpando, y todos los demás correspondían á la primer nobleza de España desde Enrique IV y los Reyes Católicos y los tiempos posteriormente heroicos del emperador Carlos V y de los tres Felipes de Austria.

La condesa viuda del Montijo, desde la muerte de su marido, consagróse exclusivamente á la dirección física y moral de sus hijos. Educólas bajo su inmediata y personal vigilancia en Granada, Málaga, Madrid, París, Dublín y Londres, y lejos de limitar el corazón y las facultades de las dos huérfanas

al círculo del rango en que habían nacido, según las costumbres seculares y tradicionales de España, con los medios que le proporcionaba su opulencia, las llevó de corte en corte de Europa, para darles á conocer el mundo y hacerles apreciar bien el mérito de su posición y de sus personas. Aquella espléndida juventud no era la de unas meras grandes de España, cuyo círculo más vasto se encierra en la aspiración á la alta servidumbre de palacio; aquella espléndida juventud fué de princesas. La madre, dotada de un talento superlativo, viéndolas crecer tan lindas, con corazón tan sano, con ideas amplias y con espíritu de seducción, adivinó sus destinos, las inclinó hacia ellos y ciertamente no se equivocó.

Apenas llegada la mayor á la edad núbil, manifestóse esclavo de sus atractivos uno de los ocho ó diez grandes del patriciado antiguo, en quienes las leyes desvinculadoras, que siguieron á las reformas constitucionales políticas, todavía no habían operado el horroroso naufragio de sus fortunas. Era éste D. Jacobo Luis Fitz James Ventimiglia y Alvarez de Toledo, en quien habían recaído los grandes mayorazgos de las casas ducales de Berwick y de Alba de Tormes, de Liria y de Jérica, de Huéscar y de Montoro, y entre cuyos títulos ostentaba además los de conde-duque de Olivares, conde de Lemus, de Módica y de Monterrey, de Andrade y de Fuentes, de Lerín y de Yelves, y los marquesados del Carpio y de Eliche, de la Mota y de Sarriá, de Coria y de San Leonardo, y sus Estados no eran inferiores á los de las casas de Osuna y del Infantado, de Sessa y de Medinaceli, de Fernán-Núñez y de Uceda, los cuales estaban reputados como los de mayor caudal que todavía lozaneaban en Europa. A este casamiento que acrisolaba el rango de las dos casas, todavía sucedió otro aún más ventajoso para la menor de las hijas de la de Montijo, y que indudablemente traspasaba los límites de cuantos cálculos hubiera podido formar su afortunada madre para la felicidad y el brillo de aquellas casi princesas.

En uno de sus frecuentes viajes á Inglaterra, el año de

1848, fuéle presentado en cierto círculo de los aristocráticos de Londres, donde tan bien recibida era con sus hijas encantadoras, un príncipe francés, á la sazón proscrito, y á cuyos talentos todo el mundo esperaba que llegaría á avasallar para su persona el trono imperial levantado por el fundador y jefe de su dinastía; éste era el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, hijo de la reina Hortensia, la princesa más querida de su familia por el Emperador. Aquel era el año de las revoluciones generales de Europa, y sobre todo de la de Francia, que tan vivamente ocupaba la atención de aquel pretendiente. Pero su afán por conquistar la corona del imperio no fué obstáculo á la emoción recóndita del corazón. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte se había prendado de las gracias atractivas de la joven condesa de Teba, que á la sazón sólo contaba diez y nueve años de edad. En hombre de tal estirpe y de tales pretensiones, una pasión como la que por la dama española se le despertó en el alma, no dejaba de ofrecer serios peligros; pero el talento de la condesa viuda del Montijo, conociendo á par de la del príncipe la inclinación íntima de su hija, se mostró en toda la extensión de su fina perspicacia, dejando que aquellos afectos, desde su primera expresión mudamente correspondidos por la condesa de Teba, fueran adquiriendo la solidez necesaria para que no provocase en su hogar y en su nombre, ni el desdoro del ridículo, ni el deshonor de una simple aventura del gran mundo. Aquellos amores duraron en solicitud continua por parte del príncipe cerca de cinco años, años por otra parte de suma fatiga para su espíritu, pues en ellos, puesto enfrente de las circunstancias políticas por que la Francia atravesaba, manejó los sucesos de manera que le condujeran primero á su restitución al territorio de la República, después á la organización de un partido fuerte y poderoso capaz de producir bajo su disciplina la conquista de la opinión, en seguida á ocupar un puesto en la Asamblea Nacional que le sirviera de cuartel general para divulgar su estrategia, y por último á electrizar al ejército y á las Cámaras, después

de cautivar las simpatías generales del país, haciendo de su causa la solución de la oportunidad, hasta poder arribar al golpe de Estado del 2 de Diciembre y hasta recoger para su frente la corona del César, que parecía para siempre ahogada en la dura esclavitud de la isla de Santa Elena.

Durante todo este tiempo, y en medio de vicisitudes varias y trabajos los más complejos y asiduos, ni un instante siquiera dejó de tomar por norte de sus empresas el ideal que labraba en su corazón; pero aquel enamoramiento le sometía á otros cuidados no menos intensos y continuos, pues la condesa del Montijo, produciéndose con sumo tacto, ni dejaba dar rienda suelta de desconocidas consecuencias á los afectos mutuos de aquella pasión, ni los dificultaba enteramente. Dijeron, cuando el matrimonio estuvo para verificarse, los periódicos ingleses, que la madre ilustre de la condesa de Teba, apenas ocurrió el golpe de Estado de Diciembre de 1852, se presentó el mismo día 2 en la residencia del príncipe para felicitarle, diciéndole que el éxito de aquel acto comprometido y de una gran audacia le colocaba en el rango de los primeros hombres de Europa. Esta fué una de tantas fábulas como los periódicos inventan para entretener la curiosidad de sus lectores, cuando se verifican sucesos que no entran fácilmente en el discernimiento de los espíritus más previsores, que entienden que todo deben adivinarlo. Indudablemente, cuando la decidida resolución de Napoleón se hizo pública, todos trataron de atribuir algo de novelesco y extravagante á un propósito que ninguno esperaba. Pero no era preciso, al inventar estas leyendas, deprimir el carácter circunspecto y serio de la madre de la que fué emperatriz. Otros creyeron que aquel amor había nacido de súbito, en una de las cacerías de Compiègne, á la que el emperador había invitado con empeño á la condesa de Teba, en la que ésta se presentó realmente irresistible bajo el traje de cazadora, el látigo en la mano, con pluma y sombrero á lo Enrique IV, y en la que el emperador fijó ya su resolución de casarse con aquella dama de una manera definitiva. Tampoco



estas versiones merecen más crédito que el de meras fábulas. Luis Napoleón tenía resuelto compartir su tálamo con la condesa de Teba desde mucho antes de alcanzar la diadema del Imperio. Cuando ascendió á esta dignidad, sólo hizo confirmarse en su propósito, de antigua deliberación, aunque entre los mismos miembros de su familia no dejaba de notar alguna oposición; lo cierto es que la princesa Matilde abría frecuentemente sus salones á fiestas de índole puramente familiar, á las cuales, por indicación del emperador, eran siempre invitadas la condesa del Montijo y su hija, y en las que el emperador, que también concurría á ellas, conversaba con la que había de ser emperatriz.

Una anécdota se refiere con relación á estas reuniones de familia de la casa de la princesa Matilde, que prueba lo enamorado que el emperador estaba, y el celo de su propia dignidad con que la condesa de Teba sostenía tan difíciles relaciones. La noche del 31 de Diciembre de 1852 hubo una de estas reuniones íntimas del palacio de la princesa Matilde. A las once y media llegó el emperador, y sentados todos junto á la chimenea oyeron sonar la primera hora del año nuevo. Nadie ignora que en Francia existe la vieja y tradicional costumbre, cuando esto sucede, de besar los hombres á las señoras en la frente, deseándolas al propio tiempo que sea feliz para ellas el año que comienza. El emperador, fácil á esta práctica, y mejor tal vez buscando y esperando con ansiedad el momento de ponerla en uso, se levantó é hizo la ceremonia primero con la princesa su prima, y después con las otras damas en número de seis. Al llegar á la condesa de Teba, ésta se puso de pie con tanta gracia como dignidad, y dijo con tono firme:—Señor, en mi país no se conoce ni se permite esta costumbre; he aquí lo único que puedo otorgar á V. M.—Hablando así, tendió la mano á Napoleón III, el cual la llevó respetuosa y silenciosamente á sus labios.

La primera indicación que el emperador hizo á su Consejo de ministros acerca de la elección que había hecho de la con-

desa de Teba para que compartiese con él el tálamo imperial, dejó estupefactos á los miembros del gabinete. En Francia todo el mundo creía que el emperador haría un enlace regio entre las más autorizadas familias reinantes del continente, en la seguridad de que, presidiendo en su favor el astro esplendoroso de su nueva fortuna, no habría casa imperial ó real que le negase la novia que él prefiriese. Aunque existía el ejemplo de lo que había sucedido á una archiduquesa de Austria durante el primer imperio, y repudiada la emperatriz Josefina, los tiempos habían cambiado; el nuevo emperador no se había elevado al solio siendo para Europa una amenaza de guerra, sino una garantía de paz; varias familias reinantes habían emparentado con el príncipe y princesas de esta casa admitida al consorcio con los soberanos y, por último, no había dinastía reinante que no se enorgulleciera de dar á sus princesas núbiles el título de emperatriz de los franceses. La resolución de Napoleón III no pudo menos de causar una admiración profunda y cierta contrariedad hasta á los mismos ministros que le servían. De éstos, solamente Fould, el de Relaciones extranjeras, aprobó desde luego la elección hecha; Persigny y Saint-Amand, sin embargo, se permitieron aconsejar al emperador, que ya que renunciase á un matrimonio de estirpe real, al menos diese su mano á alguna de las huérfanas del ejército del primer imperio, entre las que había señoritas muy bellas y distinguidas, y con lo que se daría á Francia un testimonio del alto sentimiento nacional que al nuevo soberano adornaba, lo que aumentaría el entusiasmo público y el amor popular. Otros habían ido más lejos en el mes y medio que Napoleón llevaba de reinado: sin previa autorización, se habían lanzado á entablar un principio de negociaciones oficiosas, siendo de este número el general Gemeau, que quería unir á Napoleón con una sobrina del Papa Pío IX, hija del conde Mastai-Ferretti. El emperador no dejó de mostrarle su desagrado.

Si esto sucedía en Francia, fuera de este país casi toda la

prensa europea se declaró en contra de aquel matrimonio, y los periódicos más graves de Londres trataron hasta de buscarle algún lado ridículo; la de Viena y Berlín no se producían con menos aspereza. El efecto moral de esta propaganda desaprobatoria se hizo sentir en la cotización de los fondos de todas las plazas comerciales de Europa, que experimentaron una gran baja. Para atajar estos males, el emperador hizo reunir en las Tullerías las altas corporaciones del Estado, y en presencia del ex rey Jerónimo y del príncipe Jerónimo Napoleón, pero sin invitación al cuerpo diplomático extranjero, en un largo discurso les dió cuenta de la resolución, y les dijo que él consideraba como una gloria, ser, á ejemplo de su inmortal tío, *un advenedizo á la corona*, y que, por lo tanto, se honraba en haber contratado como tal su matrimonio. Exaltó el de Napoleón el Grande con la emperatriz Josefina, diciendo que sólo fué feliz y afortunado mientras este matrimonio duró; y por último, prometió que la futura Emperatriz, dotada de todas las buenas cualidades del alma, sería el ornamento del trono, lo mismo que en el día del peligro uno de los apoyos. Con estas manifestaciones, la prensa británica modificó su actitud; pero no así la alemana, que veía una provocación en el elogio que había hecho de la emperatriz Josefina. El lenguaje de algunos periódicos del lado allá del Rhin era hasta provocativo, si bien otros periódicos más sensatos decían que á la guerra no se podía ir sin una provocación más explícita. Todas estas manifestaciones pasaron, no obstante, como nube de estío; un año después, Napoleón, aliado del Austria y de la Italia y Turquía con Inglaterra, enviaba al Oriente los soldados franceses á contener en Crimea la aspiración moscovita hacia el Bósforo.

Como se hablaba del origen de las relaciones del emperador con la condesa de Teba y sobre el próximo matrimonio imperial, se inventaban fantasías sobre la madre de la futura emperatriz. No ofreciendo blanco, en la dignidad de sus costumbres, por donde acometer contra su crédito, los periódicos ingleses y alemanes, escribieron que la condesa viuda del

Montijo sería declarada princesa del imperio, que se le daría por habitación el Elíseo y que sería dotada en una pensión anual de un millón de francos. A residir fué, en efecto, la condesa del Montijo con su hija en el Elíseo, desde las habitaciones que ocupaba en el hotel de la plaza de Vendome; pero fué mientras se disponían las ceremonias nupciales, para que desde allí arrancara la comitiva de honor á Notre Dâme, donde habían de recibir los augustos novios la bendición religiosa. Por lo demás, la madre de la emperatriz, se apresuró á escribir á Madrid para que le tuvieran preparadas sus habitaciones del palacio de Ariza en la plazuela del Angel, dispuesta á abandonar á París cuanto terminaran las fiestas del Carnaval, que empalmaban aquel año con las oficiales del matrimonio imperial, y saliesen los recién casados, como tenían dispuesto, á pasar la luna de miel en Saint-Cloud. La emperatriz había fijado el día 29 de Enero para su casamiento, por ser el mismo día el que anualmente se acostumbraba celebrar en su casa como onomástico de su hermana mayor la duquesa de Alba, por quién tenía un cariño que rayaba en pasión. Pero antes de celebrarse estas ceremonias, quiso con un acto de su natural desprendimiento castigar á los que habían inventado la leyenda de la pensión á su madre y que todos los días discutían qué pensión las Cámaras debían votarle para el caso de viudez. La municipalidad de París acordó poner en manos del Prefecto del Sena, la cantidad de 900.000 francos, para que 600.000 los destinara á la compra de un collar que en nombre de la capital de Francia había de regalarse á la nueva soberana, y los 300.000 restantes se consagraran á actos de beneficencia. Tan luego como los periódicos divulgaron la noticia, la aún condesa de Teba escribió al prefecto, renunciando á aquella dádiva «para que el primer acto público á que iba unido su nombre no fuera un gasto considerable para la ciudad de París», y pidiéndole que se aplicara aquella suma á la fundación de algún instituto benéfico. En efecto, de aquella renuncia se originó la creación del *Orfelinato de niñas po-*

*bres*, y también con este acto quedaron frustrados los asombros de los que en aquel enlace no buscaban sino la vena sordida del interés.

En cuanto á la condesa del Montijo, cumplió al pie de la letra su proyecto, y después de haber autorizado con su presencia las bendiciones y las velaciones de Notre Dâme y las recepciones y los bailes espléndidos de las Tullerías, abandonó á París y se volvió á Madrid, entre la sociedad y los elementos de clase y de fortuna con que había decorado toda su vida y sostenido los respetos de su rango y su virtud.

*(Se continuará.)*

# LA PRENSA INTERNACIONAL

---

## La prensa y los periodistas.

### I

El periodismo contemporáneo ha conseguido un desarrollo verdaderamente prodigioso. Cuéntanse por millares los periódicos, y sus dimensiones llegan á igualarse con las de libros de gran volumen. En esta evolución, tan brusca y tan pasmosa, la prensa americana representa sin duda el primer papel; y á ella se vuelven nuestros ojos cuando queremos saber cómo será nuestro *periodismo del mañana*. Eso nos explica el empeño con que se estudia la prensa de América, su organización, sus virtudes y sobre todo sus defectos; porque sus defectos van haciéndose cada vez más numerosos y más intensos. A su tiempo dimos á conocer los artículos publicados en la revista americana *Forum* (Agosto de 1893), donde el presidente de la Asociación de los periodistas americanos no retrocedió ante el deber de decir todo lo malo que de sus colegas pensaba. Pero ha llegado á ser tan complicado el organismo de la prensa y tan dispersos están los datos á ella concernientes, que tenemos muchas probabilidades de hallar observaciones dignas de atención en todos cuantos la han estudiado de una manera imparcial, des-

prendiéndose de las rencillas locales y de las críticas interesadas.

Así es que la verdad acerca de la prensa americana nos viene casi siempre del extranjero. Y cuando procede de escritores tan juiciosos como el Sr. Iván Ivanovitch Jauzoul, en su estudio respecto á *La Prensa americana, sus usos y costumbres*, publicado en la importante revista rusa *Viestnik Jevropy* (Febrero), sus datos merecen ser retenidos por todos los que se interesan por el porvenir del periodismo moderno.

---

No es de ayer la mala reputación del periodismo americano. Recordemos, á propósito de esto, el testamento del señor Benjamín Rush, fallecido en 1813, quien dejó su enorme fortuna á la biblioteca de Filadelfia con la expresa condición de que en ella no se coleccionasen periódicos, porque son quienes nos enseñan á pensar de una manera ilógica. Y cuando, treinta años después, viaja por América Carlos Dickens, ya no se contenta con parecerle ilógica la prensa. Para él, el periódico americano tipo no es sino *The Daily Sewer* (El Albañal Cotidiano). Pues bien; todo el mundo está conforme en que el estado moral de la prensa americana aún ha empeorado desde Dickens acá. El Sr. Keller, en su artículo del *Forum*, al cual nos referimos más arriba, dice que el principio fundamental y el punto de partida del periodismo americano consiste en esto: comprar por 15 céntimos una libra de papel blanco y revenderla por 50 céntimos sucia é impresa de cualquier modo. John Gilmer Speed, redactor del gran diario *The World*, ha hecho últimamente en el mismo *Forum* una de las confesiones más crueles: según él, el periodismo americano ni siquiera nos da noticias é informes que hagan perdonar sus pecados capitales. En vano se buscan en él documentos para la historia contemporánea; pues los periódicos,

y sobre todo los de New York, llegan á sepultar la sociedad bajo las gruesas capas del barniz sensacionalista que impiden formarse la menor idea del verdadero curso de las cosas. El progreso hacia el mal se acentúa, sobre todo desde el año 1881 hasta hoy. Los diarios, que por la baja de precios del papel, se han hecho mucho mayores (de 3 á 5 veces) y mucho más baratos, tienen una tirada inmensa; pero al mismo tiempo ha cambiado esencialmente su carácter. Después de comparar el Sr. Speed cuatro números domingeros de los cuatro grandes diarios de New York, tal como estaban hechos en 1881 (17 de Abril) y en 1893 (16 de Abril), ha llegado á conclusiones interesantísimas. He aquí de qué manera se modificó su contenido:

CONTENIDO	TRIBUNE		WORLD		TIMES		SUN	
	1881	1893	1881	1893	1881	1893	1881	1893
Artículos religiosos....	2.00	0.00	0.75	0.00	1.00	0.00	0.50	0.00
— literarios....	15 00	5.00	1.00	2.00	18.00	12 00	5.75	6.00
Chismes y cuentos.....	1.00	23.00	1.00	63.50	0.50	15.75	2.00	13.00
Escándalos.....	0 00	1.50	0.00	1.50	1.00	2.50	0 00	2.00

En estas cifras se ven las tendencias de los periódicos americanos: la chismografía y el escándalo amenazan tragárselos por completo.

¡Qué diferencia, si se comparan con la prensa inglesa, que, sin embargo de agrandarse, se esfuerza en conservar su papel de representante de *la mejor parte* de su país (ó, como dicen los escritores ingleses, de *la mejor Inglaterra*)!

En América, el periódico se ha convertido en una verdadera publicación de *noticias* (*News-paper*): su principal objeto es dar el mayor número de ellas y con los títulos más llamativos (*Display Heads*). En un mismo número del *Herald* (9 de



Julio de 1893) se encuentran artículos con estos epígrafes: *En víspera de una revolución.*—*Cuarenta y un días de hambre entre el barro.*—*Crece el número de víctimas del huracán.*—*Desesperada situación de la opinión pública en Francia.*—*Supervivientes únicos de una terrible desgracia* (con un dibujo que representa á un niño pequeño abrazado á un choto sobre unas ruinas).—*Se ahogó por ganar una apuesta de cinco duros.*—*Confesión de un criminal*, etc., etc.

Y estos rótulos representan un papel tan grande, que cada diario importante hasta tiene varios redactores que colaboran limitándose á proveer de esos *alicientes* al periódico. Claro es que los artículos de fondo van desapareciendo cada vez más, y que, según el Sr. Morton-Fullerton, los periódicos se creen obligados á *inventar* noticias cuando faltan las verdaderas.

Y hasta en previsión de los peligros que entraña el publicar noticias falsas por completo ó simplemente erróneas, cada periódico americano tiene su *Libel-Preventer*, es decir, un jurisconsulto encargado de revisar con cuidado las cuartillas y suprimir ó modificar los párrafos demasiado expuestos desde el punto de vista judicial.

Según el Sr. A. E. Watrans, director del *New-York Press* y autor de un curioso folleto *De cómo se hace un periódico*, gran número de *noticias* de cada periódico americano quedan en poder de su jurisconsulto. No importa; porque, según hemos visto, con arreglo á los cálculos del Sr. Speed, aún quedan sobradas para lo que exige la dignidad del periodismo americano.

Por supuesto, los periódicos de América sólo se sostienen gracias á las noticias de sensación (*sensationalism*). Lo principal es atraer el mayor número posible de lectores nuevos, pues no hay que contar con la fidelidad del público. Según el Sr. Julio Chambers, director también y autor de una obra consagrada á enseñar cómo se «fabrican» periódicos, un diario americano sólo conserva el 25 por 100 de sus antiguos lectores; de modo que el 75 por 100 restante se recluta entre

aquellos á quienes se consigue engatusar por medio de chismes y escándalos. — ¿Qué hemos de hacer? — se pregunta el Sr. Chambers, director del *World* (que tira 400.000 ejemplares, y por consiguiente se ve obligado á pescar al día 300.000 compradores nuevos). — El público (contesta él mismo) espera cada veinticuatro horas la toma de la Bastilla; pero acontecimientos de ese calibre no ocurren con la suficiente frecuencia. Por eso los redactores americanos tienen que sacar el mayor partido de los sucesos menos importantes, como homicidios, incendios, inundaciones, etc., etc. De vez en cuando recurren á artimañas (*trucs*) que rayan en lo ingenioso. Veamos lo que dice el Sr. Jeuzoul acerca de este particular:

«América festejó en 1889 el jubileo de Washington. Todos los periódicos se limitaron á reproducir los detalles del programa oficial y de las fiestas, que habían de durar tres días. De pronto, se le ocurre á un periódico un medio de sacar partido extraordinario de unas fiestas que no se prestaban al noticierismo de sensación: decidió sencillamente *reeditar* el suceso más curioso que servía de base á los festejos mismos. Tratábase de la famosa excursión de Washington desde su casa de Elisabethfort á New-Jersey. Dicho diario (el *World*) organizó una imitación de ese viaje solemne y delegó en uno de sus colaboradores, que tenía el encargo de seguir en un coche tirado por cuatro caballos y paso á paso el mismo viaje hecho un siglo antes por Washington. El redactor noticiero almorzaba, comía y se detenía donde Washington almorzó, comió y se detuvo. El público concluyó por interesarse en esa extraña caminata y por comprar el diario que le refería sus peripecias.

»Otro ejemplo:

»El incendio iniciado en 9 de Noviembre de 1872 arruinó una parte de la ciudad de Boston. Los periódicos de la mañana del domingo dieron cuenta del incendio; pero apoderóse de la ciudad el fuego y extendió sus estragos durante todo el día. El público quiso saber á toda costa los nombres de las casas

que habían sufrido el incendio. Los periódicos enviaron corresponsales particulares á Boston; mas, como suele acaecer en semejantes casos, el servicio telegráfico funcionaba muy mal. Además, era casi imposible averiguar los nombres de las víctimas ó la extensión de las pérdidas causadas por el incendio. *La Tribuna* hizo que sólo le telegrafiasen los números de las casas quemadas; y valiéndose de un libro de señas de Boston muy detallado, completó los informes, añadiendo los nombres de los comerciantes, de los almacenes, etc. Gracias á la energía de los cajistas y de los redactores, el periódico consiguió insertar el lunes por la mañana un índice alfabético y por profesiones de todas las víctimas del incendio...»

Del estudio de A. E. Watrans resulta que esa caza de noticias induce algunas veces á los *reporters* americanos á ser cómplices pasivos de robos y asesinatos. Los ladrones llegan hasta á invitar á los noticieros á que presencien sus operaciones, autorizándoles para narrarlas con los menores detalles en sus periódicos. Sin embargo, el autor no nos dice si los ladrones se reparten con los periodistas noticieros sus honorarios ¡tan noblemente ganados!

Engolosinado el público, y excitado por todo ese pasto, que los diarios le sirven con profusión, ha concluido por hacer de él un consumo tan importante como indispensable. En los Estados Unidos, juntamente con el Canadá, existen hoy unos 20.000 periódicos, cuya tirada se eleva á cuatro millones de ejemplares, ó sea 300 números por cada familia compuesta de cinco personas. Sólo los periódicos diarios pasan de 2.000 (la décima parte del total). El periódico ha llegado á ser el compañero de todas las clases de la sociedad; y nos refiere Young, en su *Californian Journalism*, que no hace mucho tiempo los rebuscadores de oro pagaban hasta 25 pesetas por un número de cualquier periódico de los Estados del Este que viesan por casualidad.

El periodismo es en América una especie de «industria» que atrae á todos los «caballeros». Las personas que están al

frente de los periódicos desprecian á los literatos y á los redactores, los despiden de la noche á la mañana, y no tienen otra preocupación que la de ganar todo el mayor dinero posible. Los periódicos no tienen programas políticos, sociales ó económicos. ¿Cómo han llegado las *noticias* y los escándalos á apoderarse de la prensa americana hasta ese punto? Según el Sr. Janzoul, entra en ello por mucho la situación geográfica de los Estados Unidos, que les permite no tener casi ningún interés en todo lo que atañe á la política europea. A los lectores no les apasionan de ningún modo los bruscos cambios de la política europea, y los periódicos se ven obligados á servirles, en vez de ella, otro alimento de su curiosidad. De ahí la chismografía y los escándalos de la vida privada, destinados á reemplazar á los asuntos de un interés más general con que se nos brinda en Europa.

Pero el periodismo americano tiene también su lado bueno. Preciso es concederle, que, en ese país donde no se lee casi nada, los periódicos son, en junto, quienes contribuyen al progreso de la civilización americana. La publicidad que dan á los hechos, y su independencia de criterio resultantes de su riqueza y de la competencia periodística, la severidad de los juicios que emiten acerca de los miembros del gobierno y sus actos, la guerra que declaran á las poderosas compañías rentísticas y á los terribles sindicatos industriales, son otros tantos méritos en favor suyo.

Ciertos periódicos se ponen á la cabeza de proyectos humanitarios, hacen llamamientos á la generosidad pública, fundan hospitales, escuelas, colonias para los pobres, etc.

También hay que tenerle en cuenta á la prensa americana que ha llegado á ser uno de los grandes ramos de la industria moderna. La producción de la prensa americana se estima hoy en 500 millones de pesetas. La mayor parte del gasto consiste en la compra de papel, cuyo consumo anual para el *New York World* sube á la cifra de 3 ½ millones de pesetas. Los corresponsales especiales, los telégrafos y teléfonos llevan

también una parte leonina en esos gastos: un millón al año. Los gastos anuales de un gran periódico americano ascienden á unos cinco millones de pesetas.

Sin embargo, añadiremos que los redactores americanos no están muy bien pagados. Periódico hay que no retrocede ante centenares de miles de pesetas para sostener dignamente á su corresponsal extraordinario, y no obstante, paga aún menos á sus colaboradores que los diarios europeos. ¿Cuál es la situación material de un periodista americano? Dice el Sr. Jauzoul :

«Al principio la carrera, es muy halagüeña: un periodista gana 2.500 á 3.000 pesetas. Al año siguiente puede ganar doble; si no carece de capacidad y de energía puede llegar hasta la cima del mejor éxito posible, es decir á ganar 15.000 pesetas, lo cual no es casi nada en América. Según el señor Keller, presidente de la Asociación de periodistas de New-York, el 90 por 100 de los jóvenes que se lanzan á la prensa periódica llegan por fortuna á abandonarla mucho antes de hacerse viejos; así, el Sr. Keller no ha encontrado en su vida sino un solo periodista mayor de cincuenta años. La mortalidad es grandísima entre los periodistas americanos. ¿Qué le aguarda al fin de su carrera? Puede llegar á ser redactor de un periódico con 15 á 25.000 pesetas de sueldo. Pero... hay en New-York (según Keller) unos 5.000 periodistas, de los cuales sólo dos ganan 75.000 pesetas y cuatro 50.000 pesetas al año; mientras que los demás apenas consiguen mal vivir y están expuestos á ser mendigos en su vejez, si no prefieren abandonar antes el oficio.»

Agreguemos que, no yendo firmados nunca los artículos, el periodista permanece desconocido. En resumen : no es más que un juguete en manos del propietario del periódico y un objeto despreciable por parte de sus conciudadanos. Los americanos leen con avidez los periódicos, pero menosprecian en absoluto á quienes los escriben.

## II

En el primer artículo hemos visto el inesperado desarrollo del periodismo en América y el rebajamiento moral de quienes forman parte de él. Porque, cosa inaudita y nunca vista, excepto quizá en el mundo de los políticos: á medida que sube la fuerza de la institución, descienden en la consideración general aquellos que la encarnan. La prensa crea y derriba los reinos; y los que tienen en sus manos ese poder, que hace temblar hasta á los archimillonarios americanos, parecen estar casi desterrados en la vida social. Los pesimistas pretenden que, desde ese punto de vista, América no ha hecho sino anticiparse á Europa. Sería difícil luchar en el terreno de las profecías; sin embargo, diremos que ésta parece tener aún mucho tiempo por delante hasta que se realice. Desde este punto de vista, no hay más que echar una ojeada para ver la situación del periodismo francés. Cuando se quiere demostrar hasta dónde ha descendido la prensa, basta mirar á América; por el contrario, basta estudiar á Francia para ver hasta donde pueden llegar los periodistas. Dejando á un lado el hecho de que la mayoría de nuestros ministros se han reclutado en sus filas en estos últimos tiempos, basta mirar nuestra vida social para ver cuánto pesan en ella los periodistas. Y bajo este aspecto, aparece claramente la diferencia que existe entre Francia y los demás países.

Inglaterra y Alemania poseen muchos periódicos; en cambio, Francia tiene muchos periodistas. En el extranjero no se conoce ese tipo de publicista de cuya pluma están suspensos centenares de miles de lectores, que sólo viven de su pensamiento y parecen seguir sus órdenes del día.

El anónimo que guarda el periodista extranjero entra por mucho sin duda en ello; pero el talento personal de los periodistas franceses también supone algo. Ese contacto cotidiano con sus lectores, esa intimidad que se establece entre el productor y los consumidores, ha engendrado una forma especial de periodismo, propia de Francia. Los artículos de los periodistas franceses se nutren más bien de los sentimientos é ideas de sus autores que de hechos concretos. Los sentimientos personales se desbordan é invaden entre nosotros hasta la crítica literaria y teatral. En ellos rara vez llega á saber el lector lo que ha hecho el autor del libro; pero, en cambio, aprende hasta en sus menores detalles lo que habría hecho en semejante caso y con el mismo asunto su crítico favorito. Con ayuda del gusto del público, Francia tenía que llegar por fuerza á un prodigioso desarrollo de un tipo de periodistas que correspondiese casi al papel de directores de la conciencia ó de la inconsciencia públicas.

En vano se buscarían en el extranjero personalidades cuyo poderío fuese análogo al ejercido por algunos de nuestros periodistas. Hasta sería una obra curiosísima la que nos hablase de las transformaciones aportadas en el modo de pensar en Francia por algunos poderosos periodistas de la época. A decir verdad, en ninguna parte y nunca se ha visto publicistas que hablasen á masas tan numerosas y tan temibles como las que tienen ante sí los jefes de nuestro periodismo contemporáneo. A propósito de esto, diremos que el más popular en su campo, Francisco Sarcey, el cual no parece sospecharlo siquiera, se dirige lo menos á diez millones de lectores. Colabora de una manera constante, no sólo en *Le Temps*, *Le Petit Journal*, *Les Annales politiques*, *Le Radical*, *La France*, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle*, *L'Écho de Paris*, *La Dépêche*, de Tolosa, *Le Petit Marseillais*, etc. (la tirada de algunos de ellos pasa de 100.000 ejemplares, sin contar *Le Petit Journal* que tira por sí solo hasta 1.000.000), sino también de una manera indirecta en un sinnúmero de diarios y revistas de provincias y del ex-

tranjero, que reimprimen concienzudamente todo lo que sale de su pluma. Añadamos que Sarcey publica también crónicas mensuales en la gran revista americana *Cosmopolitan*, cuya tirada pasa de 200.000 ejemplares, y veremos que la cifra de 10 millones de lectores quizá esté por bajo de la realidad. Todo cuanto se diga es poco acerca de la importancia de las ideas que irradian de los centros intelectuales encarnados por los más influyentes de nuestros periodistas.

Si quisiera buscarse algo equivalente á su influencia, se encontraría quizá en los Estados Unidos bajo la forma de *corresponsal de las agencias periodísticas*, forma que por fortuna no se conoce aún entre nosotros. Las agencias periodísticas tienen sus colaboradores titulares que escriben *artículos* y *críticas* para los clientes de sus oficinas, reclutados entre los diarios dispersos por los diferentes Estados. Esos artículos firmados han dado grande notoriedad á tres periodistas americanos: los Sres. Carpenter, Ingols y Ney. Pero el primero no hace más que retratos de sus contemporáneos: capitalistas, políticos, escritores, industriales. Ney es más bien un humorista y un dibujante distinguido, que con ayuda de las agencias periodísticas difunde en millones de ejemplares sus mordaces salidas contra personalidades de nota, y sobre todo contra sus hazañas más ó menos nocivas. El ex senador Ingols es tal vez el más profundo de la trinidad. Sin embargo, la actividad de esos escritores tiene limitada su esfera á los periódicos pequeños, porque los grandes quieren ante todo tener colaboradores que escriban exclusivamente para ellos.

Del número de lectores de los periodistas no hay más que un paso al número de ejemplares tirados por los periódicos. ¿Cuál es el diario de más circulación en el mundo entero? *Le Petit Journal* debe ponerse de luto: ese honor, si lo es, pertenece hoy al *New-York World*, órgano del Sr. Pulitzer, cuyas tres ediciones diarias, que se venden por separado, pasan cada una de ellas de *un millón* de ejemplares.

Ese mismo periódico posee el edificio de redacción más alto



(16 pisos) y las ideas más bajas que pueda tener diario ninguno. Lleno de escándalos y asquerosidades llamativas, tiene al mismo tiempo en su haber el mayor número de procesos que jamás haya tenido un periódico escandaloso. Acaso, gracias á esta circunstancia, tire hoy ese periódico más de 1.000.000 de ejemplares, cuando sólo tiraba 30.000 en el momento de comprarlo el Sr. Pulitzer (en 1883). Ese brusco desarrollo corre parejas con el adquirido entre nosotros en estos últimos tiempos por *Le Petit Parisien*, que después de tirar 20.000 ejemplares hace quince años, camina á pasos de gigante á tener la tirado de *Le Petit Journal*.

A la cifra del *New-York World* superan, desde un punto de vista relativo, las de *Comfort* (1 millón) y el *Ladies Home Journal* (700.000). No cabe duda que estos semanarios de familia se cuentan entre los periódicos más difundidos del mundo entero. Según cálculo de hombres del oficio, el número de una revista más ó menos interesante lo leen 10 á 15 personas; el de un semanario, 5 á 10, y el de un diario 1 á 3 personas. Estas cifras quizá tienen su razón de ser en el intervalo de tiempo que media en la aparición de estas tres clases de periódicos.

Recordemos con este motivo que, á pesar de la difusión de sus periódicos, los Estados Unidos tienen un número asombroso de ellos. La cifra llega á unos 20.000, mientras que en el mundo entero sólo hay 32.000. El número de ejemplares periódicos puestos en venta por la prensa americana, llega anualmente á 4.000 millones. Los Estados Unidos tienen hoy 1.900 diarios, con una tirada de 7 ½ millones al día; y 14.000 semanarios, con una tirada de 26 millones por semana. Los Estados Unidos gastan 250 millones de francos al año en comprar periódicos diarios, y casi la misma suma en semanarios y revistas.

Añadamos que, según las últimas cifras estadísticas, se supone que cada familia americana (hay 13 millones de familias) recibe ó compra por su cuenta unos 300 ejemplares anuales de publicaciones periódicas.

La difusión de los periódicos *especiales* en América hace más que verosímiles estas cifras. Pongamos por ejemplo: los periódicos religiosos, como el *World Wide Missions*; con una tirada de 150.000; el *Advanced Quarterly*, con 180.000; y los periódicos agrícolas; como el *Farm Journal* (200.000), el *Farm and Home* (250.000), y el periódico de los jardineros, *Floral Park* (320.000). Agreguemos los periódicos para la juventud (de los cuales el *Youth's Companion*, por ejemplo, tira 600.000 ejemplares), y veremos cómo se llega fácilmente á los miles de millones de ejemplares que la prensa americana difunde á través de los Estados Unidos.

La fabulosa baratura de esos periódicos facilita su circulación, al paso que los anuncios pagan en realidad los gastos editoriales. Sabido es, por ejemplo, que el *New York World* publica por término medio 5.154 anuncios diarios. Por otra parte, América gasta casi nada ó muy poco en libros (4 á 5 por 100 de lo que gasta en periódicos).

Los anuncios: esa es la razón de la vitalidad de la prensa americana. Sólo gracias á los inmensos ingresos que por tal concepto recaudan, pueden los periódicos pagar trenes especiales para sus *reporters* y enviar á estos últimos en busca de los exploradores extraviados ó á que descubran países nuevos.

Igual acontece con la prensa del mundo entero, excepto quizá con la de los países latinos. Mientras que *The Times*, con una tirada de 90.000 ejemplares, tiene un presupuesto de gastos muy superior al de un gran principado alemán, hay periódico francés que tirando más de 100.000 números diarios apenas logra salir ras con ras. Los anuncios cotidianos de ciertos grandes periódicos alemanes, como la *Frankfurter Zeitung*, el *Berliner Tageblatt* ó la *Gazette de Cologne*, pudieran llenar tomos enteros. Hasta los periódicos de los países pequeños, que sólo cuentan con un número de lectores relativamente muy restringido, no viven y prosperan sino gracias á los anuncios. Nada tienen que ver en ello el grado de civilización

del país, ni la riqueza nacional. Así, los periódicos rusos, como la *Novaie Vremia*, los *Novosti* ó los *Viedomosti*, de Moscú, tienen cada uno por su parte más anuncios que los periódicos parisienses reunidos.

Un hecho análogo producido en Italia y en España tiende á probar que eso es uno de los efectos misteriosos de la influencia de la raza, que se manifiesta de una manera tan extraña como inesperada. Pues bien; el anuncio es uno de los elementos más decisivos de la prosperidad del periodismo. Advirtamos ante todo que la falta de verdaderos anuncios ha dado origen en Francia á los reclamos pagados que invaden el interior de los periódicos; y, por otra parte, que esa misma falta ha desarrollado desmedidamente entre nosotros la publicidad de los grandes negocios, de que tanto se habló cuando el del Panamá. Por el contrario, la misma razón ha producido bienhechores efectos en la evolución del periodismo francés. La falta de anuncios condena al periódico á no vivir sino de la venta de sus números, y por consiguiente le obliga á introducir en su redacción toda clase de novedades para mantenerlo vivo. La existencia de los periódicos entre nosotros es más efímera, está más sujeta á los caprichos del público (1). Pero, en cambio, los periódicos tienen más movilidad, son más accesibles á las ideas de reforma, más dispuestos á realizar las cosas más audaces. Para hacer prosperar á un periódico, ya no basta una idea por día de Emilio de Girardin: se necesita tan diez, quince ó veinte. De ahí la continua creación de nuevos periódicos, de nuevas rúbricas, de nuevos modos de trabajar, de las más desesperadas informaciones, de los golpes más atrevidos.

En el seno del periodismo francés hormiguan ideas locas é ingeniosas, las iniciativas más arriesgadas y más va-

---

(1) El número de los anuncios hasta tiende á disminuir, á juzgar por los periódicos dedicados especialmente á los anuncios, que en 1894 han bajado de 33 á 28, así como los periódicos de intereses rentísticos, que han descendido de 204 á 196.

ientes. Y, al pensar en los servicios que presta y en los méritos que despliega, se dan al olvido sus defectos y pecados, tan propios de la esencia de la institución misma. Quien dice poder, dice al mismo tiempo abuso de él.

Es tanto mayor el mérito de los periodistas franceses, cuanto que su oficio es uno de los más penosos y de los menos remunerados. Aparte de algunas excepciones, como Sarcey, Fouquier, Maret, que llegan á ganar hasta 100.000 francos, y como Drumont, Magnard, Rochefort, Cassagnac, que consiguen crearse con sus periódicos rentas importantes, la mayoría de los periodistas se mueren de hambre. Algunos de nuestros hábiles ministros que gobiernan el país no han podido ganar como periodistas más de 4.500 francos al año. Y aun han sido de situación privilegiada, puesto que el término medio de las ganancias de un periodista parisiense no pasa de 3.000 á 4.000 francos. Hablamos de los *felices* periodistas que son redactores fijos de un periódico, porque la mayor parte andan siempre de la ceca á la meca en busca de plazas fijas, que cada vez son más escasas. El número de los *parados por falta de trabajo* en el mundo de los periodistas es relativamente más elevado que en cualquiera otro oficio. Las dos grandes asociaciones profesionales, la de los *Periodistas republicanos* y la de los *Periodistas parisienses*, tienen en medio del arroyo, la primera más del tercio (de 372 miembros, hay 134 sin ocupación) y la segunda más de la cuarta parte de sus miembros (de 296, unos 90).

¡No importa! El aumento de la miseria de los periodistas no impide la creación de nuevos periódicos. Tenemos en París 2.385 en 1894, ó sea 98 más que en 1893; en las provincias y colonias hay 3.878, en lugar de 3.748. Por fortuna, los periódicos especiales son los que presentan el aumento más importante. En 1894 se han creado 8 nuevos periódicos de agricultura, 7 de comercio, 14 de *Sport*, etc.

Advirtamos al mismo tiempo que la necesidad de periódicos no aumenta casi nada, ó muy poco. Se comprenderán los

motivos que nos impiden citar algunos ejemplos *concretos* que nos probarían cómo cada nuevo periódico, en vez de *aumentar el numero absoluto* de los lectores, no hace sino disminuir el número de los que tenían sus colegas. Y es lo peor del caso que el número de los lectores franceses desparramados por el mundo entero disminuye constantemente, y no hacemos nada ó casi nada para contener ese movimiento intranquilizador.

Según los cálculos de un estadístico inglés, el Sr. Leale, en 1801 hablaba francés el 19 por ciento de la población total del mundo. En 1890 había descendido esa cifra al 12,7. Y al paso que la lengua alemana ha sabido sostenerse en la misma proporción (18,7 en 1801 y en 1890), el inglés ha subido de 12,7 en 1801 á 27,7 en 1890.

No son de imaginar los medios con ayuda de los cuales se esfuerzan los ingleses en propagar el dominio de su lengua en el mundo entero. Francia, para luchar contra esa poderosa corriente que amenaza desposeerla del terreno conquistado por el esfuerzo de tantos siglos, ya no tiene sino la simpática y única *Alianza Francesa*, á la cual prodigamos muchos elogios y concedemos poquísimos recursos.

No debe olvidarse que si las cosas siguen por ese carril, bastarán dos ó tres siglos para hacer que la lengua francesa baje al nivel de una lengua eslovaca ó lituana (*Zmudzina*). Los ingleses, amables y previsores siempre, en presencia de esa eventualidad, hasta han concebido un proyecto muy conmovedor: hacer que la ciencia internacional adopte los términos científicos franceses, los cuales sobrevivirían de ese modo á la desaparición del idioma mismo.

Añadamos, para consuelo nuestro, que la situación de un periodista alemán es aún más desgraciada que la de un periodista francés; que Inglaterra llegará muy pronto á estar en eso á cien leguas de nosotros; y que nada puede igualar á la miseria de los periodistas americanos, á no ser el desprecio con que á sus compatriotas los miran.

En resumen: la carrera de periodista, con el tiempo, sólo será accesible á los ricos, que en lugar de honorarios y sueldos por sus artículos se contenten con la influencia y los atractivos que ofrece el periodismo.

Vamos á ver lo que pasa en la esfera de las revistas.

LA BIBLIOTECA DEL  
MARCELO

III

Hubo un tiempo en que en la esfera de las Revistas brillaba como astro de primera magnitud la *Revista de Ambos Mundos*. Pero ¡ay! esos tiempos pasaron ya. Las desventuras interiores y el desarrollo de las revistas en el extranjero han quitado á la *Revista* por antonomasia su prestigio moral y han disminuido su prosperidad material. Es una de las más curiosas páginas de nuestra historia, que merecería narrarse despacio, para edificación de la posteridad. Aplazando para otra vez ese estudio y el de las grandes revistas internacionales, sólo pondremos aquí algunos datos de un interés más general.

¿Cómo se explica que en Francia y en el extranjero haya venido á menos tan bruscamente la influencia de la *Revista* de los Sres. Buloz y Brunetière? ¿Cómo explicar que la victoria, que le fué tan fiel, acabe por abandonarla de la noche á la mañana? Mientras que antaño la *Revista* tenía muchas suscripciones y pocos lectores, hoy no se lee más, pero se suscribe menos.

Acerca de este particular cuenta Paul Arène una anécdota muy típica.

En una biblioteca provincial muy concurrida, púsose un

día á cortar las hojas del último cuaderno de la *Revista*. Se quedó estupefacto al ver acudir corriendo al bibliotecario, quien le echó un trepe diciéndole: «¡Caballero, me ha echado usted á perder toda la colección de la *Revista*, ninguno de cuyos números se ha abierto nunca hasta hoy!»

El buen éxito de la *Revista* dependía mucho de una especie de novelería rutinaria (*snobismo*). Se suscribía á ella más bien por tenerla encima de la mesa, que para leerla. En una palabra: gozaba la veneración propia de los dioses invisibles. Por supuesto, esa especie de *snobismo* era menor en Francia que en el extranjero, que aún proporciona dos tercios de la suscripción. Pero, ¡cómo corre el tiempo y cuánto cambian las costumbres! «¿Aún están Vds. con la *Revue des Deux Mondes*?» exclaman los «noveleros atrasados» de hoy, que se creen ya en el caso de ir un poco más lejos que sus padres. ¿Y de qué se les puede acusar? ¿No lleva siempre la *Revista* treinta años de retraso, por lo menos? Un orleanismo fuera de moda, extrañas ideas estéticas, guerra á las nuevas doctrinas sociales y literarias: estos son sus principales rasgos característicos. Creyéndose de la Academia, ha adoptado como cualidades suyas todos los defectos de ella. Decía Dumas hijo: «Nunca le eligen á uno por sí, sino siempre contra alguien.» De igual modo, la *Revista* se casa con las ideas, no por su valor intrínseco, sino por la manifiesta contradicción en que se halla con las corrientes del momento. Igual que la Academia, la *Revista* abre á menudo sus puertas á los cadáveres más necesitados de que los olviden que de hacerse oír, á los escritores de la antevíspera ó á los que nunca tendrán un mañana. Aparte de algunas plumas brillantes, cuyos méritos somos los primeros en reconocer aquí, ¿quién escribe ya en la *Revista*?

Además, diríase que desde la muerte de Buloz (padre), la *Revista* tiene mala sombra. Sus sucesores se dejan en ella lo mejor que tienen: el Sr. Buloz (hijo), ha enterrado allí su virtud, el Sr. Brunetière su energía. Parece ser que los usos y

costumbres entronizados en la *Revista* producen un efecto embriagador, ó, mejor dicho, enervante (1).

Pero aun deplorándolo, no debe olvidarse: que el prestigio de la *Revista* se desvanece como en un ensueño; que el número de sus suscritores ya está por bajo de 20.000; y que el porvenir no promete ser muy brillante, porque varias Revistas se disputan ya su herencia.

Tal es la *Revista de París*, de los Sres. Ganderax y Darmestetter, la cual, fundada hace seis meses, ha conseguido adquirir un importante lugar entre las demás Revistas. La vitalidad que demuestra un concurso de colaboradores mucho más extenso, la elección de novelas inteligentes y esmeradas, son otras tantas condiciones de buen éxito, que quizá no tiene sino un lado triste: la *Revista de París* parece extenderse á expensas de la de los Sres. Buloz y Brunetière.

También existe la *Nouvelle Revue*, con quince años de publicación, y la fuerza adquirida. Impónese por todo un ejército de colaboradores distinguidos, y por la dirección tan inteligente de la señora Adam. Esta Revista va corrigiéndose cada

(1) Hacemos gracia á nuestros lectores de la enumeración de todos los artículos del Código que rige en la *Revista*; sin embargo, no podemos menos de citar dos que se salen de lo corriente.

La *Revista* nunca nombra á ninguna otra francesa, excepto las especiales. Este es uno de los principios de la casa.

Una revista francesa puede publicar un estudio que traiga revuelto al mundo entero: todo eso no existe para la *Revista* del Sr. Brunetière, así como tampoco existía para los Sres. Buloz, padre é hijo. El segundo principio consiste en ocultar á los lectores de la *Revista* la existencia de sus competidoras. Así, la *Revista* no acepta anuncios «ni aun pagados» que se refieran, de cerca ó de lejos, á una *Revista*.

Los lectores deben ignorar la creación y la existencia de otros periódicos; y esta consigna se ejecuta allí con una perseverancia sublime, con una consecuencia y una obstinación que desarman á cualquiera.

Es de sentir que la *Revista* haya creído útil dirigirse al Sr. Brunetière para aplicar esos principios. Y lo es tanto más, cuanto que el Sr. Brunetière, que se ha erigido en severo censor de la prensa diaria, se ve condenado á tolerar en su redacción y administración cosas que en otros le parecerían, por lo menos... intolerables.



vez más de uno de los defectos que ponían trabas á su difusión. Nos referimos á su gusto marcadísimo por la política del día.

Viene luego *Le Correspondant*, con una tirada de 9.000 ejemplares, y cuya prosperidad aumenta de día en día. Se puede no participar de ciertas opiniones de ese periódico, pero hay que rendirse á la evidencia de que nunca hubo un buen éxito más merecido que el suyo. Cuenta sesenta años de vida, y entre sus colaboradores á todas las eminencias conservadoras; el Sr. Lavedan (padre) la redacta con un talento privilegiado.

Señalaremos también la *Revue Bleue* (Revista política y literaria), fundada treinta años há por el Sr. Young, y que tiene hoy por redactor en jefe al Sr. H. Ferrari, hombre de los más simpáticos, y director de los más inteligentes. Sus lectores y colaboradores reclútanse entre los hombres cultos más agudos, delicados y exigentes. Es la Revista universitaria por excelencia, donde colaboran, en la actualidad, escritores como Lemaître, Faguet, Brunetière, Sarcey, Spuller, Rambaud, Wytzewa y tantos otros.

A la vez que éstas, desarróllase toda una serie de revistas especiales más ó menos prósperas, más ó menos influyentes. Nuestros lectores pueden formarse una idea aproximada de su carácter y de su valor por el análisis de las revistas que la *Revue des Revues* publica en todos sus números.

Tampoco hablaremos del *Mercure de France*, de *La Plume*, de *L'Ermitage*, de la *Revue Blanche*, principales revistas *independientes*.

Es muy pequeña la tirada de esas revistas, haciendo generalmente los gastos de su publicación el desinterés entusiasta de sus redactores. Desaparecen, reaparecen y mueren para siempre al cabo de una efímera existencia. ¿Cuántas hay? Eso depende sobre todo de la época del año. El calor influye de una manera lastimosa en su vida, y suelen derretirse con los primeros calores del estío.

¿Cuál es la situación de los colaboradores de las revistas

francesas? Digamos en seguida que es tan lastimosa como la de los colaboradores de los periódicos diarios.

La *Revue de Deux Mondes*, que, gracias á sus numerosos anuncios, aún realiza beneficios de bastante cuantía (unos 600.000 francos anuales), paga á algunos de sus colaboradores á razón de 1.000 francos por pliego de 16 páginas. Las novelas y las firmas permanentes ocupan, sin embargo, una gran parte de la *Revista*, de suerte que hay poco espacio para los honorarios crecidos. La *Revista* paga peor á los principiantes y á los colaboradores ocasionales. Uno de los principios del Sr. Buloz (padre) era no pagar nunca el primer artículo de un escritor que se dirigiese á la *Revista*, y no aceptar de él ningún otro artículo. Las demás revistas pagan de 5 á 15 francos por página los trabajos originales y mucho menos por las traducciones. Las revistas científicas suelen pagar 6 francos por columna de 2.500 letras.

No es preciso decir que estos precios suben para escritores y trabajos de un mérito excepcional; pero el término medio de los honorarios oscila siempre dentro de los límites indicados.

Mencionemos como curiosidad que en París hay dos revistas que hacen pagar á los colaboradores los trabajos que en ellas publican. Los poetas jóvenes son quienes sobre todo cultivan así el amor á la gloria, con mengua del bolsillo. Esos «honorarios al revés» varían de 50 á 100 francos por un artículo no muy largo, y de 20 á 25 francos por una poesía; suelen pagarse bajo la forma de cierto número de suscripciones.

Así, pues, dista mucho de ser próspera la situación de los colaboradores de las revistas; y nuestros más brillantes *reviewers* ganan la vida en los periódicos diarios, escribiendo en las revistas sólo para su satisfacción moral.

Desde este punto de vista, nada tiene que envidiarnos Inglaterra. Sus revistas ricas y serias empiezan á entrar en el dominio de la leyenda. Aún existen la sesuda *Quarterly Review* y la *Edinburgh Review*, pero cada vez es menor el nú-

mero de sus lectores. Lo mismo acontece con otras principales revistas inglesas: *Fortnightly*, *Nineteenth*, *Contemporary*, *Westminster*, *National*, etc. La revista inglesa de más circulación es la *Nineteenth*, y tira 12.000 ejemplares. La *Fortnightly* y la *Contemporary*, que vienen después, tienen menos tirada. La *New Review*, que se anunciaba como un gran negocio librero, ha tenido que arriar el pabellón, introduciendo malas ilustraciones, folletines de tercer orden y rebajando el precio. Excepto la *Fortnightly*, que tiene marcado carácter de revista radical y casi atea, todas las demás se limitan á servir de refugio á las ideas del momento, sobre todo cuando éstas van bajo el patronato de una gran firma. El nombre del escritor es lo esencial, el contenido del artículo es lo de menos. Los lectores de las revistas inglesas debieran desconfiar de los grandes renombres de sus colaboradores, que, por lo común, sólo aportan en sus artículos ideas fiambres y digeridas ya en sus obras publicadas con anterioridad; y, en cambio, leer los artículos sin firma ó firmados por escritores desconocidos ó poco conocidos, que suplen su falta de nombre con ideas frescas y esmerada forma.

Las revistas inglesas, que no retroceden ante el mayor sacrificio cuando se trata de comprar artículos de una celebridad del día, han adoptado como término medio de los honorarios una guinea (25 francos) por página, y 5 guineas por artículo.

Los *magazines* (almacenes) son quienes matan á las revistas. ¿Qué es un *magazine* inglés? Un periódico mensual en 8.º, sin política, con muchos grabados y grandes firmas. Sus ideas son las de todo el mundo, y su precio desafía toda competencia. Lo ligero de sus artículos, su esmerada selección, los cuentos escritos por novelistas de moda, en fin, las ideas que vagan en la atmósfera, y su inaudita baratura son otros tantos elementos de buen éxito. Es prodigioso el consumo de esos *magazines*. El *Strand*, que sólo tiene dos ó tres años de existencia, tira hasta 300.000 ejemplares. Vienen después el *Idler* y una docena de *magazines* más, todos vacíos y pésimos.

La *Review of Reviews* tiene una situación aparte. A la vez que resúmenes de los mejores artículos publicados por otras revistas, aporta una serie de conceptos originales debidos sobre todo al tan expresivo talento del director Sr. Stead, que figura entre los más gloriosos periodistas de nuestra época. La *Review of Reviews* tira 200.000 ejemplares, incluyendo sus ediciones americana y australiana.

Añadamos que unas cuantas casas editoriales de Londres monopolizan la publicación de las revistas y de los *magazines*: los Astor, los Cassell y otros tres ó cuatro editores disponen de la mitad de esos periódicos. Necesitándose grandes capitales para fundarlos y explotarlos, es casi imposible crear un periódico nuevo fuera de esos reyezuelos de la librería. Como la lucha es más ruda é intensa cada vez, los editores ingleses han inventado una multitud de nuevos medios de propaganda desconocidos en el continente. Así, el *Our Day*, recién fundado, da 2.000 á 3.000 francos á quien le proporcione el mayor número de *promesas* de comprar por números sueltos el periódico. El famoso *Tit-Bits* ofreció una casa, en un sitio elegido por el ganancioso, como premio á quien le proporcione el cuento más bonito; el cual podía ser original ó tomado sencillamente de cualquiera colección. Ya puede comprenderse la efervescencia de toda Inglaterra, donde todo el mundo se creía en disposición de adquirir con tanta facilidad una casa. Un simple soldado raso fué quien ganó el premio, y es feliz poseedor de la casa que lleva el nombre de *Tit-Bits House*. Gracias á sus ingeniosos procedimientos de reclamo, el *Tit-Bits* ha logrado tirar de 200.000 á 300.000 ejemplares.

Haremos constar que las revistas inglesas y americanas no viven más que de la venta de números sueltos. Cada vez es allí más rara la suscripción; y ciertas revistas hasta omiten mencionar el precio en ese concepto, por falta de suscriptores.

Lo mismo acontece en América, donde los *magazines* matan á las revistas. Sólo la grave y admirable *North American*

*Review* ha podido conservar su antigua aceptación y su prestigio. El *Forum* ha tenido que rebajar su precio á la mitad; al paso que la tercera revista, *Arena*, se ha echado en brazos de los milagros y especula con la credulidad de sus lectores. Por supuesto, debemos decir que los *magazines* americanos son muy superiores á los que se publican en Inglaterra; siendo verdaderas revistas artísticas, en el noble sentido de la palabra. *Century*, el rey de los *magazines*, tira de 400.000 á 500.000 ejemplares y da 5 millones de francos de beneficio líquido anual. Siguenle los lujosos *Harper's* y *Scribner's*; y por último el *Cosmopolitan*, que en estos últimos tiempos ha adquirido grandísima circulación. Reducido al precio de 50 céntimos, tira más de 200.000 ejemplares; y haciendo pagar los anuncios á razón de 1.500 francos la página, procura cubrir con ese ingreso el déficit que le produce la redacción. Junto á estos astros de primera magnitud hay otros mil *magazines* pequeños, que son de una baratura nunca oída é insertan cuentos y artículos redactados sin sentido común.

Digamos de paso que tres cuartas partes de los colaboradores de todos esos *magazines* son mujeres; y que los honorarios subidos se reservan para escritores de mucha fama, como en Inglaterra, al paso que el promedio es inferior al adoptado por las revistas de Londres.

Así, la *North American Review* ha pagado á Gladstone y á Salisbury de 50.000 á 75.000 francos por artículo. Inútil es añadir que los artículos no pecaban precisamente por la frescura ni por la profundidad de sus ideas.

Tampoco hay en los países germánicos abundancia de revistas. Los periódicos de familia, como *Ueber Land und Meer*, *Gartenlaube* (muy difundidos) y otros tantos *magazines* del mismo género paralizan el desarrollo de aquéllas.

La *Deutsche Rundschau*, *Nord und Süd*, muy bien escritos, pero cuyo éxito no corresponde á los esfuerzos de sus inteligentes directores; la *Deutsche Revue* y el *Preussische Jahrbücher*, esta última anegada en una especie de metafísica ortodoxa y

protestante: esas son todas, ó casi todas. La *Neue Deutsche Revue*, creada recientemente en Berlín, se esfuerza en combatir esa indiferencia del público por las publicaciones serias; y no podemos menos de desearla el mejor éxito en esta reforma del gusto alemán.

En cambio, hay en Alemania semanarios como el *Gegeuwart* y el *Magazin für Litteratur* que publican, á la vez que artículos políticos, estudios artísticos y literarios. Con facilidad se concibe que la situación de los colaboradores de las revistas alemanas tampoco es de las más envidiables.

Aún es peor su situación en Italia y en España. La primera no posee más que la *Nuova Antología*, á la cual da sólido apoyo la colaboración del Sr. Bonghi, y *Rassegna Nazionale*, una especie de *Correspondant* italiano. Las dos revistas tienen una tirada muy corta; y si aún es bastante próspera la situación de la *Nuova Antología*, se debe sobre todo al grandísimo número de ejemplares de ella á que está «suscrito» el ministerio de Instrucción pública de Italia.

España no tiene más revista que LA ESPAÑA MODERNA, á la cual presta D. Emilio Castelar su poderoso concurso bajo la forma de crónicas internacionales. La *Revista Contemporanea* no tiene pretensiones de serlo, y por tanto sería injusto ser exigente con ella.

El país de las revistas más importantes es Rusia, sin duda ninguna. Cuenta con una docena; y son tan voluminosas que tres números de la *Revue des Deux Mondes* apenas bastarían para formar un cuaderno ruso.

El más venerado de esos periódicos es el *Viestnik Ievropy* (unos 7.000 subscriptores), dirigido por el profesor Stasiulevich; siguen los *Russkaia Mysl*, *Sieveruy Kiestuih*, *Niediela* (uno de los más difundidos), *Ruskose Bogatstvo*, etc. La falta de vida parlamentaria es lo que más contribuye á concentrar la atención general en todos esos periódicos: el público busca en ellos inspiraciones para su vida política, social y literaria.

Son incontables los estudios serios que insertan; y los mejores ingenios rusos se esfuerzan en hablar á su nación á través de esas revistas tan profundas como voluminosas.

También se encuentran allí los arranques más generosos, las ideas más amplias, los pensamientos más maduros.

Añadamos (y este es el honor más grande de esas revistas) que, en lugar de seguir la opinión, son quienes la forman.

Combaten las preocupaciones, predicán la tolerancia y defienden la causa de todos los desgraciados, comenzando por los pobres sectarios y concluyendo por los campesinos y obreros rusos.

Respecto á los demás países, sobre todo los pequeños, sus revistas tienen méritos innegables, si continúan existiendo á pesar de la indiferencia pública. Tales son las revistas holandesas, polacas, etc.; la mayoría de las cuales sólo subsisten gracias á los sacrificios hechos por sus propietarios.

En resumen: tienden á desaparecer en todas partes, excepto en Rusia, según hemos advertido, las revistas de nuestros padres, serias; con estudios profundos en vez de fútiles articulejos. Las matan los folletines, las ilustraciones, las ideas superficiales, los *magazines*. El pensamiento humano se desvía de los asuntos graves, de las preocupaciones serias, y se deja absorber por el periódico diario de noticias frívolas, volantes, de sensación y sobre todo apasionadoras.

Si á eso se agrega el constante descenso de la venta de libros, descenso general y tanto más sorprendente cuanto que se da por supuesto que la instrucción se difunde cada vez más, se llegará á esta conclusión pesimista: la humanidad parece estar fatigada y desfallecida. Desea excitar y hasta sobreexcitar sus nervios, pero de ninguna manera quiere cansarse el entendimiento; lee cosas que la diviertan ó que estimulen sus instintos malsanos y pervertidos, y se aparta con espanto de las obras que la obliguen á pensar y á meditar. Las noticias menudas han invadido el pensamiento moderno, bajo la forma

de novelas cortas, de folletitos, de diarios escandalosos y de *magazines* más ó menos adocenados y ramplones.

Así como los egipcios se arrodillaban en otros tiempos ante los insectos, de igual modo nos arrodillamos hoy nosotros ante la *noticia suelta*, nuestro dios, que reina como señor absoluto en los dominios del pensamiento contemporáneo.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el

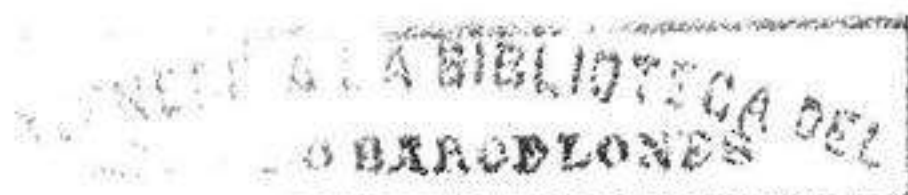
LICENCIADO PERO PEREZ.



## CRONICA LITERARIA

---

*Voluntad*, comedia del Sr. Pérez Galdós.—De la *anemia* de la voluntad en los actuales tiempos.—*Halma*, *Nazarin* y el misticismo ruso.



QUÉ deliciosa, qué interesante novela hubiera hecho de seguro el Sr. Pérez Galdós, con el argumento de su comedia *Voluntad*! ¡Cómo hubiera pintado, al describir las vicisitudes de la casa de los Berdejos, la vida del comercio madrileño, que ya nos presentó tan amena y primorosamente en *Fortunata y Jacinta*! ¡Qué relieve no hubiera dado, en aquel medio de regularidad mercantil y burguesa, en que se desenvuelve la acción, á la escapatoria de Isidora al campo prohibido del ideal, escapatoria que queda en una discreta penumbra en la comedia, como simple supuesto y antecedente de hechos posteriores! ¡Con qué gracia hubiera retratado á los hermanos de Isidora, al precoz pensador y á la niña de los *Nocturnos* y las *Melodías*! ¡Qué vida no hubiese dado, en fin, á todos los personajes: al simpático epicúreo Alejandro; á D. Santos, gran cazador delante del Eterno y gran proclamador de la verdad delante de los mortales; á los amigos egoistas que tratan de aprovechar la crisis mercantil de Berdejo; á los padres de la heroína, á cuantos figuran en la comedia y á cuantos hubieran podido figurar en la novela... si la hubiera escrito el autor de los *Episodios nacionales*!

Pero en el teatro... en el teatro, *Voluntad* no ha sido todo

lo que podía ser, aunque me parece obra de calidad literaria superior á cuantas en la temporada actual se han estrenado. No participo de la opinión de que los novelistas no sirvan para cultivar el género dramático, sino que creo que tienen mucho adelantado con el estudio de la realidad y el esmero en la forma literaria que la novela exige. Mas el argumento de *Voluntad* ofrecía, en el teatro, dificultades infinitamente superiores á las que hubiera podido presentar en la novela, sobre todo para un maestro en este género, como lo es el Sr. Pérez Galdós.

En la escena, *Voluntad* produce (ó á mí me ha producido al menos) un efecto poco conforme con la idea que su título despierta. La palabra voluntad evoca la noción de energía, de algo vigoroso, intenso, fuerte. La acción de la comedia del Sr. Galdós, es, por el contrario, un tanto lánguida y anémica, de una tonalidad demasiado neutra, floja en ocasiones, como un cuerpo sin huesos ni músculos. Hay escenas hermosas; no traspasa los límites de verosimilitud impuestos al teatro; los personajes hablan con discreción, y cuando llega el caso con gracia é ingenio de buena ley; pero con todo esto y otros méritos de la comedia que en muchas, calurosamente aplaudidas, se echan de menos, falta allí algo, ese *quid no divinum*, sino sencillamente humano, en que radica el interés de las obras dramáticas.

¿Será porque no tengamos todavía hecho el gusto á comprender y admitir en el teatro el realismo que comprendemos y admitimos en la novela? ¿Acaso, habituados á ver en la comedia la perpetua variación sobre lo grotesco y en el drama la continua tirantez de nervios de la emoción trágica, nos desconcierta ese género intermedio á que pertenece la obra del Sr. Galdós, cómico á ratos y á ratos trágico, que es sin duda el género de la vida real, en cuya variedad de escenas é incidentes andan siempre mezcladas las lágrimas y la risa? ¿Resultará escaso asunto dramático el que pueden dar los apuros de unos honrados comerciantes, que se ven á dos pasos de la

ruina, y la relativa firmeza de una joven que, después de sacar á flote la casa paterna, consigue, por añadidura, casarse con su seductor, enemigo declarado del matrimonio mientras pudo llevar la libre y cómoda existencia de soltero rico? ¿Faltarán á la comedia el sabor que dan los usuales condimentos las intenciones de del *quid pro quo*, del engaño de unos personajes respecto de las intenciones de otros, de la rivalidad amorosa, de la lucha entre el amor y el dinero, del peligro de la vida ó de la honra y de otros semejantes tópicos?

Puede que sea así. Mas sin apelar á estas razones, ni tampoco á atavismos estéticos, á reminiscencias de la tragedia clásica, que ya que no grandes personajes, pretensión anticuada en estos tiempos de igualdad, pudieran reclamar para la escena conflictos de hondo relieve, aparentes, exteriores en grado sumo, de los que forman el habitual repertorio de las obras dramáticas, se puede descubrir por dónde y por qué causa flaquea la última producción escénica del Sr. Pérez Galdós.

Sería injusto censurar al autor de *Voluntad*, que ha llevado al teatro una tendencia innovadora, porque no ha acudido á los expedientes y recursos ordinarios; á las variaciones usuales sobre el adulterio, á los secretos de familia que se descubren cuando conviene para el desenlace, á los conflictos ruidosos entre el deber y la pasión, á las sorpresas y artificios que son la gran palanca de que dispone la dramaturgia corriente. Lejos de esto, el Sr. Galdós no ha querido, evidentemente, cultivar el efectismo fácil; la acción de su obra se desarrolla con absoluta sencillez, de la manera más llana y natural (en apariencia al menos) sin violentos choques ni saltos inesperados. Tan sincero, franco y desprovisto de la que pudiera llamarse malicia profesional se presenta el autor, que ni siquiera ha eludido la dificultad inherente á ciertas escenas, no indispensables, como la de la vuelta de Isidora á la casa paterna y la provocada por el error de los Berdejos cuando creen que su hija trata de salvarles con dinero recibido de

Alejandro, el amante á quien acaba de abandonar. Lo escabroso de ambas escenas, tan expuestas á caer en uno de los dos extremos de lo ridículo: el de la trivialidad ó el de la exageración melodramática, está salvado en la obra con acierto. Pero se ve que el autor no ha querido ahorrarse dificultades, ni sortear esos escollos, tan fáciles de evitar haciendo que se relate simplemente en la escena lo que no es indispensable, y puede ser peligroso, que suceda ante los espectadores. Confiado en sus fuerzas, ó acaso en la virtud persuasiva de la realidad, ha atacado de frente la dificultad de estos episodios, y no hay que censurarle por ello, ya que ha salido airoso.

La falta de interés de esta comedia depende, á mi entender, de dos causas: una de ellas está en el mismo desarrollo de su acción: otra, acaso la principal, consiste en que el asunto se presta poco á las condiciones especiales del género dramático.

La primera es que, presentándonos el Sr. Galdós á Isidora como una personificación de la voluntad; siendo en suma el objeto de la comedia la representación de esta fuerza moral en sucesos de la vida ordinaria, que no exceden del nivel medio aparente de las acciones humanas, la heroína no resulta lo que se pretende. El mayor motivo que hay para reconocerla esa voluntad victoriosa es... que habla mucho de ella. El primer dato que de Isidora tenemos no es ciertamente un rasgo de ese tipo ideal de mujer fuerte de la que decía prudentemente el sabio: ¿quién la hallará? sino una muestra de las debilidades ordinarias que califican al sexo femenino. La salvación del comercio de los Berdejos, más que voluntad en grado eminente, prueba el instinto mercantil y la clara inteligencia de Isidora; en la conquista de Alejandro influye poderosamente la casualidad que le arruina; no hay apenas lucha, la voluntad se supone más que se ve; hay que creerla bajo la fe del Sr. Pérez Galdós, muy digno sin duda de crédito, pero en el teatro la fe no es bastante, se necesitan las obras.

Mas aunque la voluntad de Isidora se demostrase con mayor eficacia, todavía es dudoso que presentara la comedia todo

el interés que se necesita en una obra dramática. Piensa bien sin duda el Sr. Pérez Galdós, si piensa, como creo, que el drama de la voluntad puede representarse y se representa diariamente en el modesto escenario de las vidas oscuras que no han de pasar á la historia; que puede ser tan intenso ese drama en humilde esfera como los grandes conflictos que registran diligentemente las plumas de los historiadores ó embellecen con su imaginación los poetas épicos ó trágicos. Hay sí héroes ignorados que no ganan la cruz de San Fernando, pero soportan valientemente la cruz de su vida, sin opción á otra gloria que la que les otorgue en secreto su conciencia, ó la que les prometa su esperanza en un mundo mejor. Y las formas del drama pueden ser infinitas; hechos insignificantes en apariencia, grotescos quizá para el espectador, pueden ocultar luchas tan tremendas y pavorosas para el ignorado combatiente, como la de los héroes griegos contra el Destino. La medida de estos conflictos es subjetiva, cada heroísmo tiene su fórmula, cada ser se forma un mundo cuya ruina equivale para él á una catástrofe cósmica que destruyera el planeta. Muchos de estos dramas ni siquiera se manifiestan en hechos visibles exteriores; no salen del escenario interior del alma, y sin embargo, allí se lucha y se muere, sin gritos, sin lágrimas ni sangre, sin manifestación que trascienda é impresione á los sentidos.

Mas para el arte todo este mundo subjetivo necesita convertirse en fórmulas objetivas, en representaciones. Y aquí penetramos ya en el terreno de la segunda de las causas que antes apuntaba y á las cuales atribuyo el que no despierte interés intenso y sostenido la comedia del Sr. Galdós: la dificultad de acomodar al teatro una acción que en sus manifestaciones exteriores no se sale de los moldes corrientes de la vida.

En acciones de esta clase, el interés radica más en la parte interna, psicológica, que en el desarrollo externo del drama. Y como en el teatro, por su naturaleza misma, tienen que predominar los hechos, la revelación material del conflicto interior, y los hechos han de presentarse, no diluidos en la serie de

menudas modificaciones que de ordinario forma su proceso, sino concentrados en situaciones ó escenas culminantes, resulta, con argumentos tales como el de *Voluntad*, que lo que sucede en escena *no tiene nada de particular*, presenta la trivialidad, la relativa insignificancia de los sucesos que no alcanzan siquiera los mínimos honores de publicidad que da la noticia general de un periódico, mientras lo verdaderamente dramático, el drama interior aparece borroso, lejano, en una penumbra en que casi tiene que adivinarlo el espectador y en que no presenta formas bastante enérgicas y definidas para impresionar vivamente su fantasía.

En la novela es otra cosa. Allí el análisis psicológico tiene ancho campo en que desenvolverse; allí los menudos pormenores descriptivos que no caben en la obra dramática, sin grave riesgo de pesadez, pueden dar una viva impresión de realidad, sin que lleven aparejada la monotonía ni hagan languidecer la acción. Por eso dije antes que el Sr. Pérez Galdós hubiera hecho con el asunto de *Voluntad* una excelente novela, como ha hecho otras con análogos argumentos. Pero si en la novela encaja bien la miniatura, el teatro requiere las grandes pinceladas y hasta los brochazos de la pintura escenográfica. Como los antiguos actores necesitaban de la máscara y los modernos necesitan del colorete, han menester también los personajes dramáticos de su máscara y su colorete.

No quiero decir con esto que la realidad esté excluida del teatro, ni siquiera en sus formas más sencillas y menos aparatosas. Al cabo todas las artes nos la presentan con algún afeite, con algún artificio, eligiendo entre los infinitos elementos y manifestaciones de ella los que parecen más adecuados para la creación estética. Tampoco entiendo que la literatura dramática deba limitarse á la corteza de los hechos, á los conflictos materiales. Las grandes obras de este género lo son porque expresan con arte grandes dramas morales. Hay, como ha dicho recientemente un crítico, un teatro del alma. Pero cuando, en la acción que concibe el dramaturgo, las luchas in-

teriores se exteriorizan poco en los actos de los personajes, se necesita un arte infinito para dar expresión á *eso* que sucede en el alma y que no ven los espectadores. No es posible que los personajes manifiesten á cada paso al público su estado de ánimo, no se estila ya el prólogo á la usanza del teatro clásico, ni sale un dios á poner en claro antecedentes y á dar explicaciones. Todo esto hay que hacerlo de un modo indirecto, que muchas veces no es bien comprendido; que otras no llega á ser satisfactorio, ni á tener la necesaria energía en la expresión. Y esto es lo que á mi juicio sucede en la comedia á que me refiero.

Mas aunque le falte algo, indudablemente, á *Voluntad* para ser en conjunto una comedia excelente, hay en ella muchas cosas excelentes. Tiene hermosas escenas como la de la vuelta de Isidora á su casa, el diálogo entre Alejandro y el dependiente de la tienda, disputa entre la filosofía epicúrea, é idealista á su modo, del rico y la filosofía práctica y casera, de luchador por la vida, del pobre; y sobre todo aquella escena del tercer acto entre Alejandro é Isidora, en que ésta le aparta del suicidio y defiende con el calor comunicativo del sentimiento los derechos que tiene ella á la vida del hombre á quien ama y por quién ha sufrido. Tratándose de una obra del señor Galdós, no hay que decir que el lenguaje es correcto y fácil, lleno de color y de vida; el diálogo es animado, y en el desarrollo de la acción no hay nada que disuene, ni que ofenda al buen gusto; los toques de ingenio son discretos, los personajes están, en general, bien caracterizados. Como ocurre por lo común en las obras de los hombres de talento bien equilibrado, y más si son, como el Sr. Pérez Galdós, verdaderos escritores, hay en *Voluntad*, defectos, pero no excesos. No peca la obra por absurdos, ni chocarrerías, ni ridiculeces. La lógica y la estética elemental, que no son inviolables ni mucho menos en la república de las letras, quedan á salvo.

\*  
\* \*

Así en esta como en muchas otras de sus obras (en sus dos últimas novelas *Nazarín* y *Halma*, por ejemplo) se advierte que el autor de *La Desheredada* rinde espontáneo ó deliberado culto á la actualidad, y sabe sacar partido de las ideas que están en la atmósfera, como suele decirse. La cuestión de la voluntad es uno de los tópicos del día; quizá sea aventurado decir que es el último figurín, porque suelen cambiar muy pronto estos figurines del pensamiento, pero si no lo fuera, hay que reconocer que *viste* todavía muy bien.

Es fenómeno curioso el del predominio (ideal, desde luego) que alcanza en la literatura y ahora en la filosofía menuda del periodismo y de los géneros populares que pueden tratar de estas cosas, cuándo una, cuándo otra de las facultades en que dividían los antiguos psicólogos, como en otras tantas provincias, el reino espiritual. Cada provincia disfruta sucesivamente de la hegemonía. Domina unas veces el sentimiento, y todo se vuelve lirismo y ternuras amorosas, idilios y elegías de abanico ó filantropía llorona y socialismo sensible. Pasa esta moda, y la inteligencia se sobrepone; la ciencia es la señora del mundo, llueven los himnos al progreso, el sabio asciende súbitamente á protagonista de esta tragicomedia, y las maravillas del intelecto traen embobadas á las gentes y hacen que el hombre sea, en su pequeñez, más grande que el universo físico, etc., etc. Pero se gasta el tema; viene el cansancio, el singular hartazgo de ciencia de los que nunca la probaron, y resulta entonces que lo principal es la voluntad, que los hombres de acción son los verdaderos y auténticos tipos superiores, que hacen falta caracteres, ánimos enteros é incommovibles, figuras férreas cual los paladines de la Caballería.

Y como en estas disquisiciones es tan fácil confundir las especies, se identifica á la voluntad, que puede tomar tan varias direcciones, y que es, en sí, una fuerza indiferente, con el culto del deber, v. gr. (el cual no es más que una de tantas formas de voluntad y quizá no la más calificada), y amalgamando hipótesis tan temeraria con el pesimismo y el *misoneis-*



mo, se achacan todos los presentes males, verdaderos é imaginarios, á la disolución de la voluntad, á la atonía moral de los contemporáneos, y se pide hierro, mucho hierro para curar la general anemia.

Hay en estas disputas y estas predilecciones retóricas no poco de vano, de *flatus vocis*. Todos tienen razón, desde cierto punto de vista; ninguno la tiene en absoluto. Cada facultad es de cierto cosa excelente y necesaria; por eso las tenemos y á nadie se le ocurre que sean artículo de lujo; pero lo que en elogio de cada una puede decirse no impide que sean las otras excelentes y necesarias en igual medida. De la armonía con las demás recibe cada una la perfección de su ministerio, como que no forman un mero haz de fuerzas diferentes, ni una federación de provincias del alma, sino más bien aspectos ó manifestaciones diversas de una misma cosa. Digan si no los entusiastas de la voluntad (puesto que la voluntad es la que está ahora de moda) lo que sería ésta si no la iluminara la inteligencia y el sentimiento no la *humanizase*: un impulso brutal, una fuerza antisocial y disolvente.

Para dar á estas competencias entre las facultades algún sentido y alguna realidad, que hiciese de tales disquisiciones algo más que meros discreteos ó fáciles y artificiosos argumentos á favor de alguna tesis extraña al asunto, habría que abandonar ese dogmatismo que da las cosas por resueltas, y estudiar mejor las relaciones entre el mundo interior y el mundo exterior. Veríase quizá entonces que los varios estados de cultura, los tipos diferentes de organización social producen modificaciones correlativas en la psicología de los individuos, deprimen ó estimulan ésta ó la otra de las actividades psíquicas; quizá puede ser una época más favorable que otra al predominante desarrollo de una de esas facultades tan traídas y llevadas, pero si se sustituye al hombre ideal que construyen á su capricho los cultivadores de la filosofía barata, el hombre real, histórico, que es, en suma, el único que conocemos, muchas de esas degeneraciones que tan fácilmente se

declaran, como si existiera una verdadera patología colectiva, quedarían reducidas á meros cambios históricos, á diferencias naturales de los tiempos.

Se habla mucho de la atonía de la voluntad en la época presente; pero el fenómeno que sirve de base á esta opinión es más complejo de lo que se cree, y el juicio superficial y en mucha parte infundado. A medida que la civilización extiende sus instituciones y hace arraigar sus hábitos, las voluntades individuales se disciplinan más y se someten mejor á las ordenaciones colectivas, dictadas por el interés común. Desde este punto de vista hay mengua de voluntad, sobre todo si se compara una sociedad culta con una horda de primitivos salvajes. Pero ¿quién que no esté influido por prejuicios no advierte que al mismo tiempo la civilización aviva y despierta voluntades, en otros tiempos dormidas? Las muchedumbres de hoy tienen menos de rebaños; la conciencia de la individualidad, de la independencia personal se ha extendido. La política moderna, con todo el convencionalismo y toda la farsa que hay en sus apariencias democráticas, muestra esa individualización de la voluntad. La cultura sigue también en esto su marcha difusiva y generalizadora: en cierto modo generaliza la voluntad, como extiende la instrucción y el *confort*. Es verdad que ciertas personificaciones monstruosas de voluntad, como las que se encuentran en la serie de los Césares, no son ya posibles, á no ser en la esfera en que ejercen jurisdicción los criminalistas, mas no lo son porque se oponen á ello muchas voluntades normales, hoy despiertas y activas.

Y no se diga tampoco que la voluntad, al difundirse, se ha hecho metódica y burguesa; sus antiguos tipos reaparecen bajo nuevas formas: los modernos exploradores de Africa hubieran conquistado en el siglo XVI las Indias; los anarquistas de hoy nada tienen que envidiar á los fanáticos de otros tiempos. Bismarck no desmerece ante Richelieu; Pío IX mostró la firmeza de un apóstol antiguo; León XIII despliega la voluntad perseverante de los grandes Papas políticos...

El medio social, las ideas y las costumbres reinantes no son ya propicios para ciertas formas de voluntad, pero en cambio favorecen el desarrollo de otras. Los aventureros, que, en edades de hierro, pudieron ser héroes y lo fueron, resultan hoy en esta edad prosaica de códigos y de Guardia civil, facinerosos. Mas en otra esfera ¡qué inmensa germinación de voluntad no se ve en esa renovación continua de las clases sociales, con elementos salidos de capas inferiores! ¡Qué incesante esfuerzo, qué paciente constancia no acreditan los descubrimientos científicos modernos, fruto los más, no de clarividentes adivinaciones, sino de prolija y lenta investigación! Y cuando las condiciones normales de nuestra vida pacífica y reglamentaria desaparecen, y la civilización se pone en contacto con la barbarie, surgen los Gordon, los Stanley, los Cecil Rhodes...

Hay quizá en este culto hacia la voluntad pasada, como en las varias manifestaciones del neo-misticismo y en otros fenómenos semejantes, una secuela natural del romanticismo. En el renacimiento clásico, la admiración hacia la forma, el culto hacia las letras y las artes de los antiguos precedió á la asimilación de las ideas de griegos y latinos. Diríase que al romanticismo literario le sobrevive una especie de romanticismo filosófico que se nutre con ideas de la Edad Media. En estos movimientos regresivos del pensamiento, lo estético es lo que primeramente se revela; las ideas resucitan después. Y en la humanidad influyen más los muertos que los vivos...

\*  
\* \*

Pocos días antes del estreno de *Voluntad*, apareció en las librerías *Halma*, la última novela del Sr. Pérez Galdós. Es y no es una segunda parte de *Nazarín*. Lo es en cuanto continúa la acción allí iniciada y reaparecen en sus páginas los

personajes principales de la anterior novela, si bien en esta pasan á ser secundarios. Mas por lo mismo que lo principal allí, sólo figura aquí como secundario y episódico, puede decirse que *Halma* no es del todo una continuación de *Nazarín*.

Lo que sí es evidente, aunque cada una de estas obras tenga un asunto propio, es la íntima relación que entre ambas media y que existiría aunque en la segunda no figurase *Nazarín*. Ambas están inspiradas en el mismo fenómeno social, en las nuevas corrientes de misticismo, pero cada una lo estudia y lo presenta en un campo diferente. *Nazarín* entre los humildes, en las últimas capas sociales: *Halma* en la sociedad aristocrática.

Es posible que el nuevo libro del Sr. Pérez Galdós no agrade tanto como *Nazarín* á los que aplaudieron en esta obra, más que lo propiamente artístico, la conformidad que en ella descubrían con las presentes modas intelectuales. Pero como no está el mérito de las obras literarias en acomodarse á las ideas reinantes; y casi podría sostenerse con preferencia la opinión contraria, si proposiciones tan generales no fuesen necesariamente falsas, considero á *Halma* como uno de los libros en que mejor ha mostrado Galdós la madurez de su talento, que sabe ahondar en las ideas, como en los hechos, y sacar de unas y otros el elemento estético que contienen.

Es esta una de las novelas más filosóficas de su autor. Filosófica como puede serlo una novela, sin perder su naturaleza propia de obra literaria, es decir, con aquella filosofía que explora los hechos particulares y saca á luz su verdadera sustancia, lo cual puede aplicarse lo mismo á los sucesos reales de la vida que á los sucesos posibles, que finge el arte literario.

Las pocas páginas (quizá no pasen de dos) que ha escrito el autor de *Angel Guerra* pintando esos cambios superficiales del ambiente intelectual, que meten mucho más ruido que los cambios verdaderos (los cuales por lo mismo que lo son no se verifican repentinamente, con la rapidez con que se muda

una decoración de teatro) son de lo más exacto y sincero que se ha dicho sobre el asunto. No se puede calificar mejor que como Galdós lo hace estos moldes y patrones de opinión que se aceptan por tácito consentimiento de los aficionados á seguir la corriente y adquieren el valor de dogmas de un día. Son, como dice el autor de *Halma*, ventoleras, rachas que agitan y conmueven temporalmente á la sociedad, unas veces religiosas, otras impías, cuándo democráticas y populacheras, cuándo reaccionarias. Pero como el lenguaje de la verdad no ha tenido todavía en su favor una de estas rachas, es muy posible que la obra de Galdós, por hallarse en tal sentido de sinceridad inspirada, le atraiga no pocas censuras, sacadas de los lugares comunes de uso tan frecuente y de tan fácil acceso.

El caso de Halma está, á mi entender, maravillosamente tratado en la novela. Halma, ó sea doña Catalina de Artal, condesa de Halma Lautenberg, queda viuda del hombre á quien se unió por amor, á despecho de sus parientes. A este gran dolor se unen penalidades y miserias de todas clases, que afligen á la dama hasta que logra regresar á España, desde Oriente, adonde fué con su esposo, que desempeñó allí un cargo diplomático. Fué el conde hombre soñador, de imaginación exaltada y de tendencias místicas. Con todos estos datos aparece clarísimo el origen de la crisis mística de Halma. La comunicación espiritual con su esposo, comunicación de ideas que suele ser tan viva entre los que se aman; el gran dolor de perderle, esa gran conmoción del espíritu que produce la muerte de un ser amado y que tan frecuentemente se encuentra en la historia de las conversiones y en las vidas de los santos; el despego de los parientes, el abandono y la miseria en que se vió á raíz de su viudez, son causas todas que impulsan á Catalina á despreciar el mundo, que la apartan de él y encienden su deseo de socorrer en los demás las desventuras por ella misma padecidas. El movimiento simpático del dolor hacia los dolores ajenos, la solidaridad espiritual del que ha

sufrido con los que sufren, entra por mucho en las ideas y los proyectos de Halma.

Este estado de espíritu de la dama coincide con una de esas rachas de que habla tan exactamente Galdós, con la racha actual de misticismo (á juzgar por la época en que se desarrolla la acción de la novela). Los parientes de Halma, el círculo aristocrático en que vive, aceptan de bonísimo grado esta corriente intelectual de buen tono, de igual manera que en el siglo XVIII se aceptaba el volterianismo en los salones. Todos están conformes en que la impiedad es *cursi*, condenación más grave, á sus ojos, que todas las censuras de la Iglesia; todos hablan de los *intereses* espirituales y religiosos y se muestran muy poseídos del ministerio moral de las clases directoras, pero todos también aceptan lo establecido, las formas y caminos usuales, la religión del justo medio, y cuando Halma, más sincera y más entusiasta, quiere desplegar su iniciativa, hacer el bien sin ayuda de la beneficencia elegante, buscar á Dios por senda libremente elegida, todos la censuran, la ridiculizan, la juzgan loca. No la protege ya el código de las conveniencias, el gran código que en sus varias ediciones rige á todas las clases, más que los códigos escritos.

Halma no se arredra. Establece en un viejo caserón de Pedralba una especie de colonia tolstoísta... no traducida del ruso. Con ella van varios desheredados, entre ellos Nazarín, absuelto por los tribunales, que le declaran loco ó maniático, triunfo del sentido común burgués de estos tiempos, que no quiere hacer mártires ni siente ansias persecutorias, pero reputa demencia ó extravagancia cuanto excede de su limitado horizonte.

Ni en su retiro de Pedralba deja tranquila á Catalina la tiranía del mundo atildado, que adora sobre todas las cosas las apariencias y las maneras, y persigue inexorablemente á los tráfugas. La calumnia la hinca el diente, y la calumnia, como toda malicia, tiene vista de lince, adivina... sólo que en este caso cree ver liviandad donde sólo hay amor honesto y casi

inconsciente. El principal de los protegidos de Halma es su primo Juan Antonio de Urrea, cabeza desordenada, pariente pobre de muchos aristócratas ricos, parásito de salón, que no siente, cual el personaje del diálogo de Luciano, el orgullo y el placer de este oficio. Conserva dignidad bastante para que le amarguen las bajezas á que su penuria le obliga. Halma le compadece y le ayuda. De donde resulta que llegan á amarse el calavera y la mística; que Urrea (como Angel Guerra) se asimila el misticismo de Halma por amor á ella, y que las malas lenguas se ceban en los dos encarnizadamente.

Entonces aparece Nazarín, más cuerdo que nunca cuando lo declaran loco, y convence á Catalina de que su misticismo es, si no imaginario, imaginativo, de que no hay que despreciar lo humano, de que son muy pocos los que pueden seguir el camino de la renuncia total al mundo, y en fin, de que debe casarse con Urrea, para hacer más bien y hacerle mejor, sin violentar á la naturaleza. Y hace también Nazarín la mejor crítica de sus pasadas aventuras, cuando dice á Urrea, al anunciarle que se casará con Halma:

«Amala tierra, que á todos nos sustenta y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿A que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra aguarda la sazón de las cosas, y nos las da cuando debe dárnoslas.» Verdadera filosofía de innovador clarividente que comprende la impotencia de la voluntad humana para precipitar el curso de los tiempos. Es lo que gráficamente expresa la sabiduría del pueblo en la sencilla sentencia: *no por mucho madrugar amanece más temprano*, de que casi nunca se acuerdan los reformadores.

A los que conozcan las obras anteriores de Galdós, les bastará quizá este rápido resumen para comprender todo el partido que habrá sacado del asunto nuestro gran novelista. No es *Halma* una de las novelas de acción más viva y dramática que Galdós ha escrito, pero sí de las que más hacen pensar, y de las que más ahondan en la vida interior, en la psicología individual y colectiva.

A la numerosa galería de tipos contemporáneos que encierra la larga serie de las novelas del Sr. Galdos, aporta *Halma* á más de los retratos de los personajes principales (Catalina y Urrea), ambos magistralmente trazados, otros que tienen también mucha vida. Sobresalen entre ellos el del marqués de Feramor, hermano de la protagonista, personaje britanizado, de aquellos para quienes parece haberse inventado exprofeso el adjetivo *correcto*; aristócrata que conoce á fondo á los economistas ingleses, habla de hacienda en el Senado y administra la suya con singular acierto, prestando, á buen interés, el sobrante de sus rentas á los amigos menos entendidos en economía política y privada. Otro tipo bueno de la novela, es don Manuel Flórez, sacerdote pulcro y tolerante, á quien su don de gentes hace muy propio para dirigir almas de buen tono. Este personaje, que viene á aumentar la numerosa colección de curas de Galdos, sobre los cuales podría hacerse un interesante estudio comparativo, (y que están, en general, pintados con imparcialidad y buen gusto, habiendo entre ellos figuras de mucho relieve), este personaje, ofrece particular interés en la novela, pues presenta frente á Nazarín, el contraste de un espíritu rutinario y acomodaticio, pero sincero, con las exaltaciones místicas y el despego de todo lo mundano del singular apóstol. Al cabo Nazarín, conquista á Flórez, victoria natural del proselitismo sugestivo de las ideas y sentimientos calurosos sobre la pasividad de las medias tintas, de los sentimientos tranquilos, de las ideas metódicas y ordenadas. Próximo á la muerte, con esa clarividencia del último crepúsculo de la vida, D. Manuel se juzga á sí mismo con severidad; se llama santo de salón; se califica, con más exactitud, de vulgo cristiano. Pero en medio de la confusión y sorpresa que le produce al principio la extraña personalidad de Nazarín, Flórez es, en algunos de sus juicios, órgano del buen sentido. Discurre bien al pensar que cada tiempo quiere sus cosas, que la aplicación estricta de la doctrina mística traería la destrucción de lo existente. A eso tiende en efecto el misticismo, como to-



das las sectas exaltadas, demasiado ardientes para comprender que la vida social es una serie de transacciones. Tolstoi, es bastante explícito en alguno de sus últimos escritos como el prólogo (traducido por T. de Wyzewa) á la vida de Drojjine, el mártir tolstoísta, que se negó á prestar el servicio de las armas, invocando el *no matarás* del Decálogo. Por eso el mundo no será nunca místico, ni se convertirá jamás á la filosofía de Schopenhauer.

Como Cervantes discutió en la segunda parte del *Quijote* las observaciones hechas á la primera, el Sr. Pérez Galdos parece haber querido explicar en *Halma* algunos puntos controvertibles de su anterior obra, y contestar ó prevenir objeciones. La discusión del *nazarismo*, no es de lo menos interesante que contiene su última novela. Hay en esa discusión observaciones delicadas y juicios profundos y sagaces. En cierto modo, aunque en menor escala (se trata aquí, no de todo el libro, sino de una parte puramente episódica), viene á ser á *Nazarin* lo que *Realidad* es á *La Incógnita*; el análisis interno, la faz interior de las cosas, sólo que allí se trataba de hechos y aquí de lo que se trata es de ideas.

Uno de los puntos á que parece dar más importancia el autor es el de la filiación psicológica de Nazarín. No quiere que se atribuya la paternidad de su personaje al misticismo ruso, y dice donosamente, por boca de uno de los que sostienen en la novela esta controversia, que siendo España tierra de tantos místicos, ir á buscar á Rusia el origen de Nazarín es como ir á buscar garbanzos á orillas del Don.

Aparte de esto, el misticismo es de lo menos *nacional* que hay, como tendencia tan apartada de las cosas terrenas y las disputas de los hombres. Y Galdós, cualquiera que haya sido la génesis íntima de su personaje, nos presenta sus místicos, así en *Halma* como en *Nazarín*, en un cuadro muy español, que no está traducido de ninguna parte.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

# CRONICA INTERNACIONAL

---

Cuestiones extranjeras de primer orden.—Cuestión de Oriente, y de Eritrea, y de Venezuela.—El Oriente europeo.—Abdul-Hamid y su absolutismo.—Nueva organización del diván.—Asuntos de Armenia.—La rota de los italianos en Africa.—Inconvenientes de la extensión y engrandecimientos coloniales para Italia.—Inglaterra y los Estados Unidos.—Proceder de éstos en las cuestiones americanas.—Límites de Venezuela.—Tratado con el Brasil.—Tratado con la República de Colombia.—Dificultades con Inglaterra.—Los arbitros y el arbitraje.—Conclusión.

DEPOSITO A LA BIBLIOTECA DEL  
CONSEJO DE BARCELONA

I

**T**res son las graves cuestiones internacionales: primera, cuestión de Oriente; segunda, cuestión de Eritrea; tercera y última, cuestión de Venezuela. Muchos agudísimos síntomas ofrecen las cuestiones orientales de una próxima irremediable descomposición del imperio turco. Sabida la resistencia opuesta siempre por los sultanes á que los buques de guerra pasen el Estrecho de los Dardanelos y anclen ante Constantinopla, no precisa encarecer mucho cómo le habrá dolido al hoy reinante la imperiosa imposición diplomática, que le ha obligado al enorme sacrificio de recibir dos de cada potencia firmante del tratado de Berlín en aquellas aguas, á la vera de sus harenes y de sus mezquitas. Las objeciones debieron tomar tal carácter de gravedad que haberlas respondido y conjurado constituye una gloria diplomática, la cual se disputan á porfía Rusia é Inglaterra. El

más fundado argumento estribaba en la imposibilidad casi completa de responder del orden público dentro de Constantinopla, metida en el fuego de una fiebre colectiva que determina como una epidemia intelectual y moral á los pueblos. Por fortuna, las embarcaciones han ido entrando poco á poco y poniéndose á las mayores distancias posibles, para que las fuerzas de los infieles cristianos menguaran á la vista de los fieles musulmanes. Pero si en Constantinopla y en el Bósforo reina una difícil tranquilidad material, crecen los desórdenes por horrible manera en Anatolia y en Armenia, pues do quier hay allí matanzas. Y con decir que han muerto en estas matanzas más de treinta mil personas, harto se dice cuán poco el mundo progresa, cuando todavía los déspotas reciben sacrificios cruentísimos y muy semejantes á los ofrecidos en otros tiempos ante las divinidades antropófagas. Un combate oriental embarga también los ánimos; el desastre infligido á las tropas italianas por el Nego Menelik en las puertas de su Abisinia. Muchos soldados han muerto, con sus oficiales á la cabeza, vendiendo muy caras sus vidas y demostrando que la civilización y la cultura modernas no destruyen los conceptos relativos al honor y no desatan los fortísimos lazos del deber militar. La conducta por Italia seguida en este amargo trance le ha servido mucho, dándole crédito y autoridad, pues no se ha desconcertado, mientras pueblos tenidos por mayores pierden la cabeza en casos análogos y cometen toda suerte de injusticias con los propios gobiernos al asalto del pánico. Pero confirmo lo tantas veces dicho en estas mismas columnas: el afán de extender las colonias habrá de generar en lo futuro pavorosas catástrofes. Aún le parece á Inglaterra que tiene poco territorio, y señorea hoy en el planeta como reina sin rival de todos los mares; aún le parece que tiene poco territorio, y recorta en la Guayana mondaduras del territorio venezolano próximo á la desembocadura del Orinoco. Así los pueblos americanos se ponen á una contra estas pretensiones en guardia, creyendo que desde la cuenca del Orinoco podrá ir

á la cuenca del Amazonas, desde la cuenca del Amazonas á la cuenca del Plata, enroscándose á la grande América del Mediodía en particular, como está enroscada hoy en general á todo el planeta. Estas aprensiones han ido en el mundo americano tan lejos, que han inspirado una casi declaración de guerra cruel á la pluma del presidente Cleveland, mojada en rojos tintes de sangre. Así ha dicho que nombrará una comisión encargada de aquilatar las pretensiones de Inglaterra, y el Senado ha satisfecho su deseo votándole cien mil duros para gastos de esa comisión. Pero, después de haberlos votado, ha dirigido, por medio del capellán suyo, una oración al Todopoderoso, para que aparte de nosotros la guerra, incomprendible por cierto en estos días corrientes, días en que las trompetas del órgano y las campanas del templo acompañan los himnos que dicen: «Gloria en el cielo á Dios y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.»

## II

El estado de la cuestión oriental, primera mencionada por prioridades múltiples de tiempo é importancia, no mejora, porque aqueja sin remedio al despotismo turco la inflexibilidad y la rigidez de todo aquello que perece y acaba en el mundo: ese frío de la muerte, apoderado de su cuerpo en esta hora terrible de la postrer agonía. Cuando era un axioma entre los partidarios de la Sublime Puerta que necesitaba tal potencia, para libertarse de muerte segura en Europa, optar por modificaciones progresivas, tócale un sultán inaccesible á todo consejo de prudencia é incontrastable por todo ejemplo de salvación, sultán adscrito á su personal poder, á pesar de

que sólo cuenta en su triste historia desastres, y en cada lustro de su vida sólo ha visto rodar por el suelo perlas de su corona y erigirse á su vista en orgullosos reyes sus no bien sometidos vasallos. Bajo el reinado suyo las cruces de los moscovitas han llegado, tras una serie no interrumpida de triunfos, al barrio de San Estéfano; las tierras casi feudales de Montenegro se han alzado con Dulcigno; ha Rusia para sí adquirido Besarabia con una parte considerable de Armenia, mientras Austria, Bosnia con Herzegovina; le han recortado parte de Tesalia para Grecia y otra parte del Danubio para Rumania; la isla de Chipre con la tutela de Egipto han pasado al poder de Inglaterra y al poder de Francia la tutela de Túnez; los árabes del Yemen se han movido al espoleo de insurrecciones continuas y los kurdos del Tauro se han desatado en asoladores merodeos al par que los vasallos de Sofía y de Belgrado y de Bukarest se transformaban en monarcas, anunciando, como heraldos de secular venganza, que se hallaba de cuerpo presente á las puertas del templo de Justuniano y á las orillas del Bósforo tracio colosal cadaver de institución tan terrible y tan maldecida de todos los pueblos cultos como el califato de Constantinopla. Un tiempo fuera, por todos recordado, en que soñador estadista, Midhat-Bajá, diciéndose representante de la joven Turquía, un Mazzini oriental, que llevaba en su mente fórmulas progresivas y en sus labios palabra revolucionaria, pretendió salvar á su patria como si fuese Italia, inspirando á sus hijos dos sentimientos incompatibles con su esclavitud histórica, el sentimiento de la unidad nacional y el sentimiento de los derechos humanos. Así redactó una Constitución política, tan aplicable á Turquía como á la luna, viendo su obra muerta en flor, como inadptable á las circunstancias é incompatible con las creencias, con las tradiciones, con las costumbres todas; y su libertad perdida por siempre, allá en asiática fortaleza, donde los reos, una vez en ellas encerrados, caen por antiguos bárbaros usos en el silencio y en el frío y en el olvido que los muertos ya sepultos. Nunca jamás creí aplicable una política

parlamentaria y liberal á Turquía; pero sí creí aplicable una grande ampliación de los antiguos cuerpos consultivos, hechos más deliberantes y dotados con influjos superiores á los hereditarios antiguos en el gobierno y dirección de los asuntos públicos. Pero, lejos de suceder esto, sucede todo lo contrario. Sucede que, poco á poco, se ha sobrepuesto el califa turco, anhelante por conocerlo todo y todo regirlo, á las corporaciones consultivas del Estado y al diván aquel, sabio y expertísimo, cuyo consejo, si no hacía mucho bien, evitaba mucho mal, á causa de sentirse más responsable que los sultanes, por menos endiosado. Y es tan cierto cuanto digo que no pueden parar en el gobierno los visires del serrallo por culpa muchas veces de los eunucos del harén. Hace pocos días que ha llamado uno de aquellos, muy conocido en la diplomacia por sus servicios, á la puerta del embajador de Inglaterra pidiéndole asilo, no contra las persecuciones del sultán, que hubiera soportado con resignación musulmana, contra sus favores que le requerían de continuo al visirato, para que tuviese la responsabilidad del poder sin su goce y autorizase con supuestos consejos, ni pedidos ni dados, resoluciones repugnantes á su corazón y á su conciencia. Pero el caso es que la crisis pide, no pareceres de miserables favoritos, pareceres de consumados estadistas. El cáncer de la matanza y del incendio se dilata desde los desfileros del Tauro hasta los pueblos del Bósforo. Y Zeitun sitiada por los turcos y Cesárea encendida en civil guerra, dicen más de cuanto pudiéramos decir nosotros respecto del horroroso estado en que Turquía se halla mientras el sultán, cuando todo le debía impeler al orden y al arreglo económico, se obstina en gobernar por sí el imperio y en agotar el tesoro. Ahora mismo acaba de remitir al Czar los presentes del fin de año. Y estos presentes importan veinticinco mil duros. Así el disgusto baja con rapidez á las muchedumbres, en cuyo corazón habita el culto á los grandes poderes y en cuyo incalculable número se reclutan los partidarios del despotismo. Y estas pobres gentes se preguntan cómo el califa tiene dinero sobrado en sus tesoro-

ros para dones y regalos á los monarcas infieles, sus declarados enemigos, y no lo tiene para el pago de sus tropas, desnudas y hambrientas, que combaten y mueren por su causa.

### III

Pero todo esto parece de poca importancia cuando se lo compara con el pulso y tacto unidos á la elevación de ideas que piden las relaciones exteriores en imperio tan complicado por su geografía y por su historia con la política universal, como este moribundo imperio turco. El Sultán, después de haber escrito carta humilde á lord Salisbury pidiéndole perdón y socorro, mal contento ahora del poco caso que le ha hecho y del menosprecio con que le ha respondido, se vuelve hacia Petersburgo y trata con el Czar, que pretende captarle su herencia en Bizancio, como continuador de los emperadores bizantinos y representante de la iglesia oriental. Ha notado Abdul-Hamid el quebrantamiento sufrido por la triple alianza y desea ponerse bien ahora con el jefe y dios de la hegemonía europea, el czar de todas las Rusias. Efectivamente, hay para pensarlo. Inglaterra, obligada por muchos motivos á impedir la prepotencia de Rusia en el Asia extrema, se ha conformado con ella, sin oponerle ni aun una protesta. Los japoneses que, por sus instituciones y por sus industrias, debían creerse con la Gran Bretaña hermanados, han tenido que abandonar las tierras adquiridas en Mandchuria por sus tropas, ante un apremio del soberano moscovita, no contrastado y menos combatido por el soberano inglés. En estas maniobras ha tenido cooperación activa de Francia y complicidad patente de Alemania el imperio ruso,

aunque parecía tal inclinación malherir los intereses de Austria é Italia, sus dos potencias aliadas, enemigas de Rusia una y otra; la una por lo que Rusia combate los intereses italianos en Abisinia, la otra por lo que Rusia combate los intereses austriacos en Macedonia. Con efecto, el imperio británico dista mucho bajo un estadista protestante del vuelo que tomara tras los convenios de Berlín bajo un estadista judío. No parece por ninguna parte su influjo. Ahora mismo, Salisbury dice por modo solemne hallarse de acuerdo con Europa entera en la cuestión de Oriente, acuerdo, cuya extensión le quita intensidad, eficacia por ende; y para poder acrecentar con un buque más los anclados de cada nación allende los Dardanelos, hase valido de Rusia, quien se ha impuesto á la Sublime Puerta. Por cierto que tal desaguizado le cuesta un palmetazo terrible de mi amigo el jefe de los liberales, lord Rosebery, cuya carta reciente sobre tal negocio, dirigida por lo supremo de las circunstancias á un periódico, le recuerda cómo el primer ministro de Inglaterra, ó no está por modo alguno acorde con las potencias, á pesar de haberlo dicho tantas veces ó lo está en una inercia, no europea, sino musulmana de veras. Y así, no es maravilla que haya dicho el sultán para su capote: pues Rusia lo puede todo, vámonos con Rusia, cuya dirección siguen todos y cuya influencia todos obedecen. Mas el mundo europeo, por muy triste que sea la situación presente, por mucha fuerza que hayan dado al imperio absoluto del Norte las discordias entre los pueblos cultos del centro, no puede consentir una dominación como la rusa, extendida desde los mares griegos á los mares amarillos, en detrimento del principio de variedad, esencial, como el principio de unidad, al universo y al planeta. No ignoramos que Rusia, tan absoluta dentro, es liberal y parlamentaria fuera. No ignoramos que ayer estuvo como aliada con los Estados Unidos y hoy está como aliada con Francia. No ignoramos que sus armas han llevado la independendencia nacional y el régimen parlamentario á Serbia y á Bulgaria. No ignora-



mos que determinan muchos de sus actos las propensiones á Grecia, por la cual sentimos un verdadero culto. No ignoramos que reclama gobierno democrático y constitución liberal á la continua para el pueblo helénico de Creta. Nada de esto ignoramos. Pero también sabemos que aspira con empeño á la posesión de Constantinopla, y que la posesión de Constantinopla daría un predominio tal á su incontrastable autocracia, extendida desde los mares jonios al Océano Pacífico, que nos cerraría las puertas del Oriente primero y después impondría un despotismo abrumador á Occidente. Así, para salvarnos y para preservar á la civilización de un peligro y un daño tan graves, no hay medio alguno como que fomenten los grandes gobiernos europeos una confederación de pueblos eslavo-helenos, desde las fuentes del Eufrates hasta las puertas del Adriático, transformando Constantinopla en gran ciudad libre, gobernada como las ciudades hanseáticas é italianas, hecha capital de organismo tan vasto y asiento de su necesario anfictionado.

## IV

No podemos olvidar que hay una cuestión armenia, por la cual se ha suscitado la cuestión capitalísima de Oriente. Y esta cuestión armenia no presenta la sencillez que presentaban en la guerra de Crimea y en la última guerra turco-rusa los derechos y la independencia de cada pueblo cristiano. Cuando, en fines del 87, por Diciembre de tal año, estuve yo en París, ocupaba una parte del escenario grandioso aquél cierto comité armenio, generador de una grande agitación, como las que supieran suscitar poloneses, válacos, serbios, montenegri-

nos y hasta egipcios, en favor de las diversas tierras á que llaman ellos su patria. Tan grande acción aparecía simultánea entre Londres y París. Mas en Londres los problemas orientales privan más que en París. Ligados con su dominación sobre las aguas del Nilo, no pueden desatender los ingleses cuanto en el Bósforo pasa. Pero han mucho cambiado los sentimientos británicos, desde que Parlmeston declaraba dogma inglés la conservación del imperio turco, hasta que Gladstone, después de haberse vuelto contra el sultán bizantino, como antaño contra el rey Bomba napolitano, hablara por la Bulgaria opresa, como en otros días por la Italia meridional, y habla hoy por los armenios como antes hablara por los búlgaros. Cooperó á este grandioso empeño mucho la bárbara degollación perpetrada por los sicarios de Turquía en el distrito de Bitlu por Junio del año 94. Los críticos racionalistas de la Historia Sagrada niegan la degollación de los inocentes, por su inverosimilitud histórica, sin recordar cómo un asedio asiático, no sólo extermina los muchachos, todos los vivientes, hasta el espacio donde vivieran, desenterrando su ferocidad los muertos para entregarlos á cuervos y á hienas, en su deseo de horroroso estrago y exterminismo, generado por los más crueles sentimientos de venganza ó desquite. Repitiéronse las reclamaciones entonces; pero estrelláronse nuevamente contra los obstáculos geográficos é históricos, tan fuertes y poderosos cual el tiempo y el espacio suelen serlo en todas sus resistencias. Como el pueblo americano jamás podría responder de sus indios salvajes, el sultán otomano jamás podrá responder de sus kurdos casi primitivos. Todo aquel espacio está entregado al caudillaje, como afligido por una guerra perdurable. Luego, Armenia pertenece una sexta parte á los rusos, otra sexta parte á los persas, dos terceras partes á los armenios, habiendo así doscientos mil súbditos de Persia, ochocientos mil de Rusia, millón y medio de Turquía, y con el cual millón y medio sólo hay un 15 por 100 de esos cristianos, que tanto entusiasmo nos infunden y tantos afanes nos cues-

tan. Quien desee de todo esto enterarse con acierto, no tiene más que leer con atención el trabajo luminoso hecho sobre tal materia por el sabio escritor Pressense, y publicado el mes último en la *Revista de Ambos Mundos*. La verdad es que, pocos ó muchos, hánse formado los armenios cristianos una patria moral, tanto más amada cuanto más vencida, entre los tumultuosos oleajes de la población turca, y hay que darles de algún modo aquellos rudimentarios derechos humanos, prometidos por todos los tratados y jamás cumplidos, sin abandonarlos al voluntarioso gusto de un soberano, á quien todo instante le parece bueno para exprimir en sus arcas la sangre de sus vasallos y ninguno de verdadera oportunidad para reconocerles aquellas garantías sin las cuales no tiene precio alguno la vida, ni es habitable la tierra.

## V

En todo tiempo y lugar hemos criticado acerbamente á Italia su afán por los engrandecimientos territoriales y su manía colonial. Parecíanos harto poseída por el trabajo de su reorganización interior tras el antiguo descoyuntamiento y la secular servidumbre para meterse por terreno tan vedado á su edad y á sus fuerzas, como ese problema colonial, que sólo ha resuelto con verdadera ciencia y provecho tangible la poderosa Inglaterra, quien acapara todo cuanto importa en mares y continentes, no á su vanidad nacional, á los productos de su industria y á la circulación de su comercio. Nosotros hemos comprendido una tan sólo entre las diversas neurosis coloniales de Italia: su ambición por Túnez. Desde los tiempos de las guerras púnicas primeras á los tiempos del gran Esci-

pión Africano, y desde los tiempos del gran Escipión Africano á los tiempos del gran emperador Carlos V, la estancia de un enorme poder ó de un fuerte pueblo en Cartago, á la vera casi de Sicilia, fué considerada como gravísimo daño de su propia existencia por Italia entera, con especialidad por la Capital Eterna y más aun por el Mediodía italiano, tanto peninsular como insular. Y aun entendiéndolo así, los eternos amigos de Italia, todos aquellos que con pluma y palabra como con el influjo sobre Cámaras y gobiernos hemos cooperado á su establecimiento y estamos interesadísimos en su conservación, le decíamos impidiera el arraigo de ningún otro Estado allí, pero sin alzarse de manera ninguna con su posesión y con su disfrute, por gravoso para su Tesoro nacional naciente y cansado para sus jóvenes fuerzas colectivas. Italia, desde que recobró Venecia y entró en Roma, debió reducirse al estricto ministerio de organizar sus queridas libertades y robustecer su nacional unidad. Dolorida de la continua emigración que se parte de sus rientes campiñas y encantadas costas al Nuevo Mundo, al Amazonas, al Mississipi, sobre todo al Plata, donde la colonia italiana entra por mucho en la vida y ser, así de Montevideo como de Buenos Aires, se ha propuesto ver si encontraba sitios en Africa propios á una colonización donde dirigir sobras de su sangre y retener copia de sus gentes. Convengamos en que Túnez pudo con mucha ventaja ocurrir á esta necesidad, acaso Tripoli también, aunque no igualase á la región donde brilló Cartago, idéntica de suyo con el Mediodía siciliano; pero Eritrea, entre los desiertos sudaneses y el mar Rojo, frente á la tropical Abisinia, bajo un cielo abrasado y sobre arenas encendidas, únicamente podía servir para tostar á los italianos y perder sus rentas públicas y desnivelar sus presupuestos nacionales. Así, cuando, en los últimos tiempos, desde los clubs italianos hasta el Parlamento, festejaban al caudillo africano, al heroico Baratieri, sin desconocer yo los laureles de éste, presagiaba lo venenosa que sería para Italia y los progresos italianos su infausta sombra. Con efecto, después de ovaciones y

triunfos, en que alababan los patriotas con odas pindáricas y con discursos ciceronianos las glorias del dominio llamado Eritrea; la toma de Kasala, tan querida por el madehismo sudanés; la barrera erigida con empeño contra las corredoras tribus nubias; las amenazas extendidas sobre la montañosa Abisinia; el castigo mandado por los cielos al rey Menelik, destituido, como un protagonista de cualquier drama lírico, del don de la palabra y del uso de la lengua por la fulminación sobre su cabeza de un rayo celeste; la columna del mayor Toseli queda rota y aniquilada tras sublime resistencia, y su jefe, martirizado y muerto en una defensa digna de los tiempos épicos y de las romanas legiones. Entre los Estados de Africa, el único de carácter cristiano y de civilización rudimentaria es Abisinia; por consiguiente, había menos motivo para combatirlo y más razón para temerlo que á los demás Estados de Africa, musulmanes, conquistadores, bárbaros. Italia sólo tuvo una ciudad verdaderamente colonizadora, Venecia, extendida por tan hechiceras y felices regiones como los archipiélagos y los mares helénicos ó las costas dálmatas é ilíricas; y ha comenzado su nueva colonización por el más difícil y el menos justificable de cuantos proyectos se han concebido para civilizar el continente negro, por Abisinia. Combatir con los mahdies y los dervises; asegurar el paso de las caravanas por un desierto sin límites; oponerse á las cazas y á las mutilaciones de siervos; tener á raya el mundo nubio de un lado y de otro lado el mundo abisinio; apoyarse con habilidad sobre unos régulos contra otros régulos y someterlos directa ó indirectamente á todos, empresa parecía, si bien difícil, no imposible al genio italiano, siempre inspiradísimo, pero sí al Tesoro, exhausto siempre. Por esto, sin duda, por el Tesoro, no se ha movido Italia cuando moverse debía; y en vez de buscar á Menelik, para castigarlo, después de haber desmentido éste tratados, á cuyo pie pusiera su regia firma, lo ha dejado reponerse; y en vez de sorprenderle, ha sido cándidamente sorprendida por él en la última desdi-

chada rota; y en vez de aprestarse á maniobras y campañas, que debieron aprovechar las rivalidades entre los reyes aquellos, los ha unido con su inercia y los ha llamado á temerario combate, presentándose débil é incierta; y en vez de buscar insurrecciones internas de caudillos, dispuestos á ello siempre que les mueva ó el interés ó la pasión, halos unido al imperante supremo, convertido de un monarca destronado casi, en árbitro absoluto de aquellas gentes y defensor victorioso de sus tierras. Y lo peor del caso es que la principal responsabilidad del desastre recae sobre los ministros, á causa del descuido con que procedieron en toda esta cuestión y de la indiferencia con que miraron las cartas de Baratieri, en las cuales anunciaba de un modo matemático la reconciliación del rey Menelik, definitiva ya, con su gran feudatario Magaccia, y el comienzo de una guerra horrible iniciada por los dos caudillos armados, desde los últimos días del fenecido Setiembre, y dirigida con esfuerzo á perder el predominio de Italia en el Oriente de Africa. Con efecto, ha sido infeliz de toda infelicidad esta incomprensible aventura. Cuando el generalísimo de las tropas abisinias dirigiera su terrible ultimatum á Toselli, éste requirió auxilio del general italiano más próximo, Arimondi, situado en Macalé, quien le contestó dándole orden de retirarse y rehuir el combate. Pero no llegó á tiempo la orden de retirada, como no fué oída la demanda de auxilio; y mil cuatrocientos soldados que allí había, entre indígenas y peninsulares, fueron envueltos por la superioridad incalculable del número y exterminados sin piedad. Sólo trescientos pudieron salvarse. Grande acto este de mártires, cuyo precio sube al pensar cuán poco lo merecía el territorio porque gastaban tal esfuerzo.

## VI

Pero la cuestión de las cuestiones hoy es el conflicto de Inglaterra con América por los límites entre la Guayana británica y el territorio de Venezuela. Toda elección presidencial en los Estados Unidos trae grandes agitaciones que suelen amedrentar á los pacatos, pero que aparecen á los ojos de todo político verdadero como un oleaje vital, elevando á lo alto vapores y espumas de consoladoras esperanzas. Mas como en el mundo van luz y sombras, mal y bien, justicia é injusticia, en mezcla inevitable, alcanzando tal mezcla, lo mismo á los astros que á los insectos; lo mismo á los mundos que á los átomos; lo terrible y triste de tales agitaciones se halla en su complicación inevitable con los problemas extranjeros, tanto bajo su aspecto económico, como bajo su aspecto político también. No complican las aduanas los americanos tan sólo en su lucha presidencial, complican las cancillerías, y estas complicaciones provienen todas de los factores que componen su población. Hay millones de alemanes allí, como hay millones de irlandeses, los cuales tienen millones de votos. Así nada tan lógico y natural como que traten de ganárselos todos los candidatos en lucha y competencia. No hace mucho tiempo que dieron á Bismarck una gran pesadumbre, no ya los presidentes, los diputados, digna de consideración. Las tribus alemanas en América están compuestas de antiguos emigrados impelidos allí por la revolución del 48, llena de trágicas incidencias y tristes rotas para los prematuros amigos del progreso alemán. Y quieren los poderes públicos americanos atraérselos. Movidos de esta querencia los representantes

yankees dirigieron un pésame al Parlamento alemán, cuando se murió jefe ilustre de la oposición progresista, pésame que fué como un sinapismo para su adversario Bismarck, quien sacudió la censura indirecta infligida sobre su historia en discurso de tonos duros y argumentos acerbísimos. Las dos tribunas se descararon y se dijeron lindezas, no trascendiendo más lejos la discordia, pero inspirando grande holgorio á los liberales germánicos de la tierra sajona. Otro caso más tarde, creo era en la penúltima elección presidencial. Al mundo político le sucede lo contrario que á la naturaleza. Los padres aman mucho á sus hijos en la naturaleza mientras en la sociedad los pueblos generados detestan á los pueblos generadores. Y como los españoles de América no quieren á los españoles de Europa, los ingleses de América no quieren á los ingleses de Europa. Siempre que los yankees puede hacerlo á mansalva, la Inglaterra del Nuevo Mundo riñe con la Inglaterra del viejo mundo. Y amén de tal motivo de riñas, existe otro no menos poderoso en la existencia de tantos irlandeses emigrados como por allí pululan. Pero narremos el caso, por cuya evocación vinieran estas observaciones á mi pluma. El caso es que en las penúltimas elecciones presidenciales, no se le ocurrió cosa mejor al presidente que poner los pasaportes en manos del embajador de Inglaterra y despedirlo hacia Europa, embarcándolo como al último de los expulsos. Tocaron entonces los ingleses el cielo con las manos, encendieron en ira sus ánimos, pero desahogáronse á una en quejas y amenazas, sin que al cabo aquello generase, no ya una guerra cruel entre ambos pueblos, ni siquiera una enemistad verdadera y durable. Yo no aconsejaría jamás al Estado español llevara con paciencia ofensas inferidas por cualquier otro Estado extranjero. Pero, tratándose de los americanos, como no los juzgo extranjeros, creo que debemos pasar por todo. Así, cuando la guerra entre Chile y España, ó España y el Perú, yo, en un periódico de aquel tiempo, me puse al lado de nuestros hijos, y cuando fui



ministro de Relaciones Exteriores preparé una paz, fundada en el afecto de maternidad que siente la madre patria, España, siempre por sus catorce hijas, las naciones emancipadas de América. Y lo mismo que nos pasa con las hechuras nuestras del Nuevo Mundo, les debe pasar á los ingleses con sus más ó menos descastados hijos, los otros ingleses de la república sajona.

## VII

Lo cierto es que han proferido los americanos amenazas de todas clases y calládose los ingleses como difuntos. ¿Ha sido esta cuestión de Venezuela una maniobra electoral, como lo fué la cuestión del embajador expulso allá en otros tiempos? Yo no creo á Cleveland capaz de pésimas artes. Creo lo contrario, creo que, llevado de un celo, quizá excesivo, por la integridad completa del territorio americano; partidario de los procedimientos pacíficos, según les sucede á todos los demócratas verdaderos; mantenedor desde las alturas mayores del Estado de un principio tan humano como el arbitraje internacional; viendo que se querellaba Venezuela de intrusiones británicas en sus tierras, y tomando ciertos aires de protector neto del continente, donde viven los organismos avanzados más á sus anchas, ha escrito notas, respondidas por Inglaterra con silencio desdeñoso, el cual silencio hale movido á romper en guerra sin la debida consideración y á lanzar un reto audaz, casi temerario, al mundo británico. Los nervios sociales de los americanos han respondido al sacudimiento en seguida, y la chispa belicosa encerrada dentro de todos ha brotado con chasquidos y relampagueos y truenos de una terrible rapidez. Por de pronto, cierto senador ha propuesto

abrir amplio crédito de cien millones de duros para preverse de ataques imposibles y acudir á una guerra cruentísima. ¡Cuán mal camino toman! Tiene hoy América pugna extraña con sus caracteres fundamentales por dos caracteres particularísimos, que no debía tener esa federación, de suyo humanitaria y progresiva. Uno de los caracteres contrarios á su temperamento es la excesiva protección arancelaria, que separa sus productos de los demás productos del trabajo humano, cuando todos á una debían entrar en la circulación del éter social; y otro de los caracteres, además, es el dispendio crecido hecho en los presupuestos de guerra por las pensiones ofrecidas á los supervivientes militares del choque tremendo entre Norte y Mediodía, que ha desequilibrado el presupuesto y ha soterrado su antes desahogadísimo tesoro, tras doloroso cáncer tan voraz como un crecido é irremediable déficit. Pues si ahora exige máquinas de combate y no artefactos de paz; si la viva luz esclarecedora que ha encendido en la frente del humano linaje se trueca pronto en homicida rayo; si los ejércitos de trabajadores se convierten por una inconsecuencia horrorosa en ejércitos de guerra y exterminio; tomará el carácter cesáreo, dictatorial, imperialista, que acaba siempre por destruir las repúblicas y levantar sobre sus escombros los Césares. Mal hizo lord Salisbury no respondiendo al memorandum americano en demanda y requerimiento del arbitraje y de los árbitros. Pero hizo mucho peor Cleveland llevando á extremos de batalla el menosprecio á una propuesta de conciliación. Y todavía hizo peor invocando la doctrina de Monroe, impropio de suyo en tal ocasión é inaplicable á este caso.

La doctrina de Monroe no niega el derecho á poseer territorios sitios en el nuevo mundo por el viejo, con tal que tengan la sanción del tiempo y de la costumbre; no niega esas tradiciones, en cuya virtud todos los pueblos europeos casi poseen alguna parte de América ó de sus islas adyacentes; lo que niega con rotunda negativa es toda violenta conquista nueva, y jura por todos los númenes de su patria ó de su gente,

oponerse hasta con las armas en la mano á una retrogradación territorial hacia las dominaciones europeas y á un reintegro de los territorios perdidos por Europa y sus Estados para siempre. No hay que dudarlo: en esta doctrina de Monroe se hallan todos los americanos del Sur y del Norte acordes: ninguno quiere una reconquista de América sobre Europa. Y es natural. Como Europa entera no querría una reconquista del Asia, cual de sobra lo muestra la repugnancia invencible que aún tenemos hoy en el Occidente hacia el imperio sobre nuestro continental Oriente de los turcos. En este sentido y bajo este aspecto representa el gobierno de Washington la unidad del sentimiento americano.

### VIII

Pero engañariase mucho el gobierno americano, si creyera que van las repúblicas españolas en sus brazos á lanzarse por temor al europeo continente. No quieren allí á las potencias del viejo mundo; pero tampoco quieren á las grandes potencias del nuevo. Si Europa las conmina por un lado, se apoyarán en el pueblo sajón; pero si las conmina el pueblo sajón, se apoyarán en Europa. No las tienen todas consigo nuestras repúblicas, cuando los yankees les tienden su mano protectora. Está demasiado cerca el recuerdo de la desmembración de Méjico, para que lo hayan olvidado en sus adentros, ni aun después del justo empeño moral que pusieron, alcanzada su interior victoria, para que no continuara ni el imperio de Maximiliano, ni la ocupación francesa, uno y otra conjurados por el esfuerzo heroico de la gloriosa gente mejicana y por la resistencia tenacísima del inmortal Juárez, no por el

trabajo indirecto de los Estados-Unidos, que han dejado las intervenciones europeas en América imponerse por completo. Desde aquel Congreso de Panamá, reunido el año 27, bajo la inspiración de Bolívar, hasta el Congreso de Washington, reunido bajo la inspiración de Blaine hace bien poco tiempo, ninguno de los Congresos americanos, absolutamente ninguno, compuestos por pueblos españoles, mostró propensión á la presidencia, real ó falsa, de los Estados Unidos, quienes han dejado baldía, ó si no desmentida, la teoría de Monroe, cuando les ha convenido de alguna manera ó les ha costado algún grande sacrificio mantenerla. Nadie ha olvidado que Francia é Inglaterra intervinieron á una con activa intervención en el Plata, sin que los Estados Unidos se opusieran de palabra ú obra; nadie ha olvidado que dejaron destrozar una república en el Paraguay por fuerzas aliadas vecinas, entre las cuales iba como principal factor un imperio, el Brasil. Pudo Santana ejercer dictadura teocrática; Rosas renovar los tiempos del cesarismo romano; estar sitiada Montevideo diez años; juntarse las repúblicas del Centro en haz ó romper entre sí en guerra; conspirar los holandeses ó sus protegidos desde isla cercana contra Venezuela; bombardear un príncipe de Orleans Vera-Cruz por no haber cobrado sus golosinas un pastelero francés; entrar y salir á su grado las potencias europeas en Santo Domingo; alzar Urquiza un gobierno de la Pampa servido por gauchos; quedarse Chile con una parte del Perú; conspirar descaradamente la dinastía de Portugal contra las jóvenes instituciones brasileñas; combatir Inglaterra en Jamaica y molestar á sus afines desde el Canadá y reirse de ellos así en los dominios de Honduras como en las pesquerías de Terranova, sin que los Estados Unidos interviniesen para cosa ninguna con actividad resuelta y menos proclamasen la doctrina de Monroe con aire matón ó retador. Y mientras éstos observaban así un principio tan moderno, como el principio de no intervención, proseguían su obra de progreso, esa obra que les ha permitido industrialmente organizarse para las grandes artes

de paz y de derecho, con la cual organización hannos traído el pararrayos que descarga las nubes y el teléfono que lleva el verbo humano sobre los vuelos de las chispas, utilizando el vapor, aplicado por ellos con verdadera ciencia, mientras Europa, que había encontrado su aplicación, lo despreciaba, y perfeccionado con Moorse y sus descubrimientos el telégrafo que ha quedado como nerviosa red en el planeta y difundiendo en las moléculas del suelo y en las fibras del cuerpo los éteres celestiales; por lo cual todos estamos en prestar á los Estados Unidos aquellos acatamientos que merecen los pueblos servidores del género humano, á cuyas ideas y á cuyas determinaciones se debe que seamos, cada día con mayores títulos, soberanos en la Naturaleza y continuemos la obra del Criador.

## IX

Pero convengamos en que Inglaterra, por su afán de acaparamientos continuos, va moviendo contra sí los pueblos, y en la cuestión de Guayana, mostrando ambiciones sobre las cuencas del Amazonas y del Orinoco que alarman al Nuevo Mundo con motivo é infunden recelos de guerra en el Viejo. Parece imposible cuánto se ha extendido Inglaterra en los postreros lustros; parece imposible. Si Francia toma un pedazo en Indo-China, Inglaterra toma por allí otro pedazo mayor; si Austria se alza con Bosnia, Inglaterra con Chipre; si Rusia llama con empeño á las puertas de Meru ó de Sarrachs, metiéndose dentro de Mandchuria, en su camino hacia China y hacia India, Inglaterra se apodera de todo el Nilo; si la ilusa Italia entra por Eritrea, se dilata Inglaterra por toda el Africa

austral sin respeto alguno á los copartícipes europeos de aquellas vastas regiones componentes de un imperio, el cual podría dilatarse bien pronto, sin solución alguna de continuidad, desde los espacios donde se alza el Cabo de las Tormentas á los espacios donde se alza el faro de Alejandría. Francamente, una tan grande ambición y unos logros de esta grande ambición tan extraordinarios, hacen que todo el mundo esté contra Inglaterra en guardia y recele y sospeche de sus proyectos, creyéndolos encaminados á extensiones territoriales incompatibles con la seguridad general. No se necesita ser un lince para decir que generan peligro inmenso por una parte la extensión territorial de Rusia y por otra parte la extensión oceánica de Inglaterra. Sólo así puede justificarse que por una cuestión de límites, frecuentísima en los litigios territoriales de América, resuelta generalmente por árbitros ó arbitrajes, haya podido recrudecerse hasta el extremo de provocar una grande agitación universal y de infundir temores á que pueda producir una especie de guerra interoceánica, cuyos incidentes y resultados habrían de conmover y de perturbar todo nuestro planeta. Venezuela, que la llamamos así por haberle puesto nombre tal Ojeda, viendo surgir unos cuantos bohíos en celeste lago como diminutivo de Venecia, está casi anegada en territorios inmensos, de una exploración y de un delineamiento difíciles, y por esta razón tras su independencia se ha encontrado muchas veces en frecuentes litigios á causa de sus fronteras, que frisan, ya con la república de Colombia, ya con la República del Brasil, ya con la Guayana británica. En 1859 por un tratado arregló sus límites con el Brasil imperial, no sin porfías y contestaciones mutuas de una verdadera entidad. Más difícil y más reciente aún el arreglo con la república de Colombia. Pero á un arbitraje quedó sometido, y se compuso por medio de arbitros españoles tan justos y eruditos como el director de nuestro Instituto geográfico Ibáñez; el ilustre académico Fernández Duro; el tan justamente reputado sabio Jiménez de la Espada. Concluyóse tal arreglo, según veo en Reclus, y

en su libro titulado *América del Sur*, que ahora consulto por tener á mano tan reciente publicación, el año 1891. Venezuela perdió por este competente y autorizadísimo fallo un tercio del espacio que pretendía y se conformó á ello sin resistencias ó sin protestas. Nuestros académicos no habían estado allí, no habían tenido que recorrer aquellos espacios; les bastaban los viejos mapas de las bibliotecas hispanas con los viejos papeles de nuestros copiosos archivos. Pues el pleito con Inglaterra podría tener los mismos caracteres prácticos que los pleitos con Brasil y Colombia, ejerciendo mis compañeros de la Historia y nuestros guardianes de documentos en Sevilla y Alcalá y Simancas y Madrid un análogo ministerio al ejercido en tantas ocasiones, de tener enfrente otro pueblo que no fuese tan invasor como Inglaterra. El monte Roraima es como un vértice donde se juntan los límites de Venezuela, Brasil y Guayana. Por una extensión á la parte oriental de tan importante montaña pleitean hoy los ingleses. Aunque poseen el delta del Orinoco pretenden más contra toda la voluntad expresa de Venezuela; pretenden una extensión de noventa mil kilómetros cuadrados, la cual extensión toca en las minas auríferas del alto Cuyani, colocadas bajo el poder de Venezuela, y que acaso por esta vecindad ofrece muchas vetas de oro. Imaginaos lo intenso de la pasión entre los dos pueblos litigantes, por lo cuantioso del interés que despiertan venas tan fecundas al trabajo y tan despertadoras de la codicia. Venezuela no les disputa de ningún modo aquello que pertenece á los ingleses desde los tiempos de Raleigh, y que consta en mapas españoles, trazados durante nuestra secular dominación allí. Pero dice que las posesiones al Este del Roraima, de tanta extensión y amplitud, combinadas con las posesiones al desagüe del Orinoco, que completa la isla de Trinidad, suponen un vasto plan ideado para dominar en América del Mediodía. Si á esto se unen las Honduras británicas en el centro de la nueva tierra, Jamaica entre los mares antillanos y las desembocaduras del Mississipi, todo el Canadá, tan cercano al corazón

de los Estados Unidos, las pretensiones sobre mares como los helados en Terranova, donde se pescan las focas y el bacalao, habrá de justificarse que los venezolanos clamen y los yankees protesten y los brasileños con los argentinos recelen y el mundo entero tema los estallidos terribles de una guerra universal. Así es que concluimos este muy extenso trabajo, pidiendo se apele á los árbitros, no á los soldados, y se haga justicia, no por la guerra, en quien domina siempre lo violento; por el arbitraje, que proclamará de seguro el mejor derecho y conservará la paz universal.

EMILIO CASTELAR.



## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

---

**La persona social.**—*Estudio general*, por Julio Otero Valentin, abogado; 1 vol., 426 páginas. Valladolid, 1895. Precio 6 pesetas.

**S**ea cual fuere el juicio que se forme del fondo y de la forma literaria del libro del Sr. Otero Valentin, no puede menos de merecer su autor un entusiasta aplauso. El mero hecho de *atreverse* en este país, en este erial, primero á componer, y luego á publicar un tomo de 426 páginas sobre asunto tan fuera del interés general, tan extraño á todas las pasiones del momento, como ese de la *Persona social*, implica en quien tal hace una gran dosis de amor hacia las cuestiones científicas más elevadas, un alto grado de idealidad, y muchas otras cosas, poco comunes, por desgracia, en España, no ya entre el vulgo de las gentes, sino entre las mismas que por su posición y profesión es uso llamar gentes cultas é ilustradas.

El plan desarrollado por el Sr. Otero y Valentin es muy vasto, y en general paréceme muy bien ideado. Empieza el libro por un capítulo preliminar, relativo á la personalidad en el Derecho; la materia que comprende este capítulo es el antecedente obligado del problema capital de la obra. En efecto, antes de hablar de la *persona social*, era necesario que el autor expusiera la idea de la *personalidad*, á partir del concepto de

la persona, de sus caracteres distintivos, de su derecho, de las diferencias entre hombre, individuo y persona, de la capacidad de ésta, etc., etc. Una vez dentro ya del tema objeto inmediato de la obra, el Sr. Otero divide su trabajo en dos partes: la primera refiérese al *concepto de la persona social* (páginas 17 á 156), y la segunda, mucho más amplia, refiérese á la *vida de la persona social* (páginas 157 á 406). La primera parte comprende dos títulos: en el uno se estudia el concepto de la persona social «en el orden especulativo», esto es, el concepto *filosófico*, según el autor, de la persona social (capítulos 1.º y 3.º, y el 4.º en parte), y el concepto de la persona social (no individual) en las principales teorías (cap. 2.º, y, en parte, el 4.º). En el otro título se habla del concepto de la persona social «en el orden práctico»; esto es, el concepto de la persona social en la vida real, en su relación con la ley y con el Estado. La parte segunda, mucho más amplia que la primera, se divide en cinco títulos; sus epígrafes son los siguientes: 1.º, Condiciones de existencia de las personas sociales; 2.º, Cualidades subjetivas de la persona social; 3.º, Relaciones personales del ser social; 4.º, Relaciones patrimoniales, y 5.º, De la extensión, reforma y supresión de la persona social.

El concepto que el Sr. Otero tiene de la persona en general, inspirado en gran parte en los luminosos trabajos de don Francisco Giner, que constantemente cita, es el de que la persona es el ser de conciencia racional, el ser de razón, en suma. La causa de la existencia de los organismos sociales, en quienes radica la persona, la encuentra en la naturaleza humana; tienen aquéllos el mismo origen que la humanidad, y deben ser considerados en vista del fin á que tienden; pero como medios para la vida del individuo. Por otra parte, las personas sociales, aun cuando fundadas en elementos individuales, tienen una realidad efectiva, no de mera agrupación ó suma, sino de sustantividad independiente de los que las motivan. Tal es una pequeñísima parte de la doctrina fundamental del Sr. Otero acerca de la persona social. La breve-

dad con que es preciso redactar estas notas, nos impide entrar en más amplios detalles.

Apreciando en conjunto—pues otra cosa no cabe—la obra de que hablo, fuera de las indicaciones ya hechas en favor de su publicación y de lo bien ideado de su plan en general, aún añadiré que demuestra en el autor un buen dominio del asunto y no escasa erudición. Algunos reparos, sin embargo, creo que deben hacerse á este trabajo sobre la *Persona social*. En primer término, en una obra acerca de este problema, que no es un problema meramente jurídico, se echa de menos en el autor una más sólida y completa preparación en los estudios sociológicos. No creo yo que pueda darse un paso en firme en la exposición de la naturaleza *social* de las personas colectivas, sin un conocimiento de las condiciones y elementos que positivamente constituyen la sociedad. Sin duda el autor no ignora la importancia del aspecto sociológico del problema, pero quizá, repito, no revela la preparación necesaria para tratarlo. Aun cuando el propósito del Sr. Otero, según declaración propia, se limita (pág. 32) á las personas no individuales de origen voluntario, especiales—prescindiendo de las necesarias—las completas ó totales: familia, municipio, nación, etc.,—sin embargo, la consideración de que se trata de un *estudio general* acerca de la persona social, parecía imponer el examen de la naturaleza, elementos y condiciones de la persona social en sí misma, desde el punto de vista de la antropología, de la psicología colectiva y aun de la política. Se echa de menos, en verdad, en este libro—tan completo en otros aspectos—algo sobre lo que es la persona social... del Estado, no en el respecto que supone el Estado, cuando se habla de las personas jurídicas, sino en el respecto general de la composición sociológica-colectiva de las sociedades constituidas—personas—en Estados. Para terminar, una última observación. Ya he dicho que el libro del Sr. Otero, revela en su autor erudición. La tiene sin duda. La exposición crítica de teorías es bastante nutrida. No hay, además, ningún género de exclusivismos de escuela en las ci-

tas. El Sr. Otero toma el argumento donde lo encuentra. Además, tiene nuestro autor no escaso conocimiento de las legislaciones positivas. Pero acaso no hay en el empleo del material... erudito toda la perspectiva crítica que fuera de desear. Acude, en efecto, á los autores de cuarto y aun de quinto orden tan en primer término, y aun más en primer término, que á los autores principales. Podría citar varios ejemplos demostrativos: pero me falta espacio y me limito á señalar uno. El Sr. Otero dedica unas cuantas páginas á discutir en serio, y por todo lo alto, una opinión del Sr. Colmeiro (D. M.). En mi concepto, en un libro sobre la *persona social* de las proporciones del que ha escrito el Sr. Otero, eso resulta un tanto *desproporcionado*.

A. POSADA.

---

**Problemas de Derecho penal**, por Pedro Dorado, profesor en la Universidad de Salamanca.—Tomo I, 469 páginas.—Volumen 19 de la Biblioteca jurídica de autores españoles.—Madrid.—*Revista de Legislación y Jurisprudencia*.—1895.—Precio, 7 pesetas.

Pedro Dorado no necesita seguramente *ser presentado* al público especial de LA ESPAÑA MODERNA; más es, no debe necesitar de tal presentación, ante el público que en España sigue con algún cuidado, la marcha de las ciencias sociales y jurídicas entre nosotros. En efecto, Dorado es de los pocos profesores de la pobre Universidad española, que, tomando en serio la alta misión científica del oficio, no se circunscribe y limita á dar su horita de clase, despachando explicaciones, como quien despacha expedientes de... minas ó de quintas. Nada de eso. Dorado trabaja como puede y sabe hacerlo en su cátedra, y

luego, da constantes señales de una vida laboriosa consagrada por entero á la ciencia, tanto á la más alta y personal investigación, cuanto á la propaganda de las doctrinas que sobre las ramas especiales de sus aficiones se producen en el mundo culto. Y no creo yo que nadie atribuya esta afirmación mía á apasionamiento de amigo. No hay, en verdad, nada en lo dicho que exceda de la simple consignación de un hecho. A Pedro Dorado debe la cultura jurídica del país muchas cosas. Le debe, como traductor, el conocimiento al alcance de todos de obras muy importantes de D'Aguanno, Gumpłowicz, Nitti, Garofalo, Carnevale, Sighele, etc., etc. Le debe, además, la gran difusión que entre nuestros hombres de derecho han alcanzado las escuelas jurídicas italianas. Dorado amplió y completó la obra de Aramburu (*La Nueva Ciencia penal*) relativa sólo al derecho penal en la genuina representación positivista.

Pero con significar esto mucho, para que un hombre alcance en este país una buena representación científica, no es todo, ni lo principal siquiera. Hay que añadir todavía, la obra *personal* en que Dorado viene empeñado hace algunos años, y de la cual es una muestra importantísima—quizá la principal hasta ahora (1)—el libro cuyo título va al frente de estas líneas. Dorado trabaja en la *reconstrucción ó renovación* del Derecho penal, con un criterio propio, original, de cierto vigor y fuerza y de indudable significación. Representa en España, lo que los grandes criminalistas de la tendencia crítica, sintética en Alemania y en Italia. Si Dorado puede realizar plenamente sus propósitos tal cual nos los anuncia, en parte á lo menos, en el prólogo de los *Problemas*, le deberemos una gran sistematización de Derecho penal, más amplia y más comprensiva que las de Pacheco y de Silvela.

---

(1) V. también *Problemas jurídicos contemporáneos* y el *Estudio crítico* que precede á la traducción de la *Indemnización á las víctimas del delito*, de Garofalo, publicadas ambas obras por LA ESPAÑA MODERNA.

El punto de vista de Dorado en las investigaciones que viene realizando de las grandes cuestiones antiguas y nuevas de la ciencia penal, es ante todo el punto de vista *jurídico*. No es Dorado, de los que convierten el Derecho penal en una antropología criminal, ó en una fisiología del crimen; volviendo en esto un tanto por la tradición jurídica, Dorado pone y estudia á la luz de los modernos adelantos científicos, y de las modernas ideas sociológicas, los problemas genuinamente jurídicos de su ciencia. De Dorado podría decirse cualquier cosa, menos lo que indudablemente puede decirse de la mayoría de esos criminalistas italianos, que tanto ruido han armado, esto es, que no sabe Derecho. Quizá es esta una de las características de la obra criminológica de nuestro amigo: sin olvidar un momento la significación y alcance de los trabajos de los criminólogos y antropólogos en general, y de los positivistas italianos en particular, Dorado insiste en el aspecto *jurídico* esencial, capitalísimo de los problemas penales. Su afán es, precisamente, encontrar el punto de convergencia de las tendencias que sucesivamente se han dibujado en estos últimos tiempos en el campo de la ciencia penal, consecuencia natural de las que imperaban en todo el pensamiento humano. Lo que pretende es, primero, someter á crítica detenida y severa aquellas cuestiones que en un desarrollo orgánico del Derecho penal se presentan, y luego ver de *construir*, con los materiales que las escuelas positivistas y clásicas han apartado, con cierto carácter exclusivista y limitado, una doctrina nueva.

Aquí es quizá donde alguien podrá oponer algún reparo á la obra en que Dorado se ha comprometido. ¿Estamos, se dirá, en circunstancias de acometer, no el examen crítico de las cuestiones penales—esto es evidente que sí, que estamos—sino la reconstrucción sistemática del Derecho penal, según términos de convergencia entre las opuestas doctrinas á que Dorado se refiere? Sin duda que hay mucho hecho, quizá hasta hay cierto trabajo puramente nacional, originalísimo en la filosofía del Derecho, el cual puede infundir en el Derecho penal un

espíritu y una vida tales, el cual lleguen á transformarlo radicalmente. Acaso, acaso—tal es mi opinión al menos—la fórmula de Dorado, que quita á la pena todo carácter cruel, toda idea de castigo, todo elemento de venganza, de mal en suma, para convertirla en una tutela benéfica, en una forma educativa, en un tratamiento, acaso, acaso, repito, es la fórmula más aceptable y vivificante. De todas suertes, es preciso andar con pies de plomo cuando se trata de obra de tan altos vuelos, como la que Dorado acomete, y procurar que todavía predomine el mero aspecto crítico sobre el constructivo y sistemático.

Mas observo que me voy extendiendo demasiado en estas consideraciones generales, y apenas si me queda espacio ya para tratar en concreto del contenido del tomo primero de los *Problemas de Derecho penal*. Fuerza es que me limite á exponer en brevísimos términos el trabajo de Dorado en el referido tomo. Comienza éste por un interesante prólogo, en el cual define el autor su criterio y sus propósitos. Una vez en el cuerpo ya del libro, examina Dorado cuatro cuestiones de importancia capital. Son estas las siguientes: 1.<sup>a</sup>, fuentes del Derecho penal. Este problema lo formula Dorado proponiéndose la cuestión del valor de la ley como *única* fuente del Derecho en materia penal, y señalando luego las otras fuentes, que, á pesar de la opinión dominante contraria, hay, además de la ley; 2.<sup>a</sup>, la interpretación de las leyes penales. Como en el anterior, revisa en este capítulo, las opiniones corrientes, exponiendo luego su original punto de vista crítico y constructivo de una doctrina, que puede verse resumida claramente en el párrafo 84 (páginas 304 á 306); 3.<sup>a</sup>, la ley penal en el tiempo y sus efectos. La cuestión capital examinada aquí, es la de la retroactividad ó irretroactividad de la ley penal: Dorado se fija en lo *excepcional* del modo corriente de aplicar á la ley penal la doctrina de la retroactividad; y 4.<sup>a</sup>, la ignorancia de la ley penal. Revisión crítica también, del principio ó ficción del conocimiento del Derecho que se supone en todos, cuando

se afirma que la *ignorancia* no excusa del cumplimiento de las leyes.

Y tal es, en brevísimo compendio, el contenido del libro de Dorado.

A. POSADA,

Profesor en la Universidad de Oviedo.

---

**Le casse di risparmio e la loro liquidazione, per l'avv. ALFREDO TORTORI.**  
—Firenze, 1824.—Un folleto de 29 páginas.

En dos partes divide su trabajo el codirector de *La Scienza del Diritto privato*: en la primera discute el carácter jurídico de las Cajas de Ahorro, si son establecimientos de beneficencia que, por lo mismo, deben depender del ministerio del Interior, ó establecimientos de crédito, dependientes en tal sentido del ministerio de Comercio, ó institutos *sui generis*, según el autor opina; en la segunda hace una exposición crítica de la ley italiana de 15 de Julio de 1888, por la que se reorganizaron las Cajas de Ahorros, fijándose especialmente en aquellos preceptos que se refieren á las operaciones de la liquidación, modo de hacerla, personas á quienes se halla encomendada, etc.

P. DORADO.

\*  
\* \*



**Dati psicologici nella dottrina giuridica e sociale di G. B. Vico, per G. VADALÁ-PAPELE.**—Roma, Fratelli Bocca, 1889.—Un vol. de 220 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor, 5 liras.

Aunque anterior á la serie de monografías referentes á la constitución de una ciencia de la legislación comparada y de la filosofía del Derecho, que el profesor Vadalá-Papele viene publicando, según se dijo en el primer número de la REVISTA, bien puede considerarse el libro presente como formando parte de aquélla. Y aún más: acaso podremos afirmar que la obra de que ahora se trata forma algo así como la base de todo el edificio, para cuya construcción vienen sirviendo las referidas monografías, y que contiene, en cifra y en resumen, á veces simplemente dibujadas, otras veces indicadas con perfecta claridad, todas y cada una de las partes que, con el conveniente desarrollo especializado primero y orgánicamente sintetizadas después, habrían de constituir de hecho semejante edificio, como sin duda lo constituyen en la mente del autor.

Debe, por consiguiente, enlazarse este libro con los demás que viene dando á luz el erudito profesor, como se enlaza el tronco de un árbol con sus ramas. Los estudios sobre la doctrina de las leyes de Platón, Aristóteles, Cicerón, San Agustín y Santo Tomás—únicos dados hasta ahora á la estampa—no son sino aplicaciones concretas, desenvolvimientos particulares de la mucho más vasta concepción que campea en el trabajo de que nos estamos ocupando.

El cual, no obstante el título que lleva, no es una mera recolección, ordenación ó exposición de los datos psicológicos hallados por el autor en la doctrina jurídica y social de Juan Bautista Vico, sino más bien un cuadro muy completo, en que se pone de manifiesto, con ocasión de tal doctrina viquia-

na, la contribución de los pensadores de todos los tiempos, sobre todo de los tiempos modernos, para la obra de la formación de las ciencias que se llama la *psicología de los pueblos* y la *psicología del derecho*. En esta obra Vico desempeña un papel importantísimo: según el autor, él, Vico ha sido el fundador de la psicología del derecho y de la psicología de los pueblos; los escritores anteriores á él le prepararon un ambiente favorable, un ambiente de naturalismo filosófico, como Telesio, Campanella, Galileo, Giordano Bruno, los primeros tratadistas del Derecho natural, Hobbes, Grocio, Alberico Gentile: los escritores posteriores han desarrollado los puntos de vista que se encuentran indicados en el libro *De uno universi juris principio et fine uno* y en la *Scienza nuova*, sirviéndose al efecto de los resultados de las investigaciones realistas modernas, y dando así una base experimental y positiva á lo que, en la doctrina de Vico, no podía pasar de ser, por carencia de datos, una concepción idealista, aunque acertada. Vico viene de esta suerte á enlazarse, en el libro de Vadalá, con una larga lista de pensadores, con todos aquellos que en sus trabajos de filosofía social ó jurídica han cooperado á poner en relieve el aspecto psicológico de la vida y de la historia. Podemos decir que es la figura de más bulto, el protagonista de la obra; pero no es, ni con mucho, la figura única de ésta; bien al contrario, las de que en ella se habla son muchísimas. Por esto no vacilamos en decir que los *Dati psicologici* forman, á la vez que una monografía sobre Vico, un excelente y concienzudo capítulo de historia moderna de filosofía jurídica y social, con indicaciones aprovechables acerca del modo cómo éstas deben ser concebidas y estudiadas y acerca de la materia que debe formar su contenido.

P. DORADO.

\*  
\* \*

**Cuentos ilustrados, de D. Nilo María Fabra.**—Barcelona, 1895, segunda edición.

Los cuentos del Sr. Fabra tienen una condición inapreciable: la de acreditar en el autor una personalidad propia y en nada semejante á la de tantos y tantos escritores como cultivan el género. Hay en ellos mucho de fantasía; pero que descansa siempre sobre verdades científicas; amenidad en los relatos, pero sin excluir un fondo grave ó útil; graciosas situaciones, pero que arrancan de estudios políticos y fecundos. Las ciencias sociales como las acciones físicas suelen dar al Sr. Fabra la base de sus escritos: su claro ingenio las pone á contribución, y de una en otra consecuencia, invadiendo el tiempo y el espacio, da vida á las más curiosas páginas, que, no por ser hijas de la fantasía dejan de ofrecer todos los caracteres que la naturaleza ofrece, á quien sabe observarla y reproducirla. Comprende el libro los cuentos titulados: *Del cielo á España, Un diálogo en el espacio, La caja de cerillas, Cuatro siglos de buen gobierno, La taza de leche, El Padre Carmelo, El triunfo de la igualdad, El hombre único, Lo presente juzgado por lo por venir, Un viaje á la República Argentina, La verdad desnuda, La locura del anarquismo, Las tijeras, En el planeta Marte, El dragón de Montesa ó los rectos juicios de la posteridad, El monstruo, El fin de Barcelona.*

Impreso admirablemente en los talleres de Henrich y Compañía, y profusamente ilustrado por los señores Masriera (José, Francisco y Luis), Pellicer, Lucas Villaamil, Querol, Marqués, Eriz, Cabrinety, Fuster, Alvarez, Masó y Fabra (Jorge); luciendo una encuadernación tan artística como extraña, todo concurre en el libro á convertirle en adorno de salón, necesidad de biblioteca y grata compañía del hombre pensador y del amante de las letras y de las artes.

OSSORIO Y BERNARD

# LA LITERATURA

## CASTELLANA Y PORTUGUESA

---

### SEGUNDA PARTE

---

#### CONTINUACIÓN

10) Padilla (Pedro de), «*Romancero en el qual se contienen algunos sucesos que en la Jornada de Flandes los Españoles hizieron, con otras historias y poesías diferentes, Madrid, por Franc. Sánchez, 1583, en 8.º* Como tampoco conozco este libro sino por referencias, no puedo decidir si contiene simplemente un puro producto artístico del poeta Padilla (muerto después de 1599), célebre en su tiempo (1), aunque parece que éstos pertenecen, en todo caso, á la precitada clase de los históricos (2).

\* 11) *Guerras civiles de Granada, por Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia. Parte primera y segunda.* (3).

---

(1) Véase acerca de él á Navarrete «Vida de Cervantes», pág. 396-402.

(2) Menos aún que el «Romancero» de Padilla y su «Tesoro de varias poesías» (Madrid, 1587), debemos tomar aquí en cuenta el «Coro Febeo de romances historiales» (Sevilla, 1588. 8), de Cueva, mero producto artístico, que contiene en su mayor parte romances que tienen por objeto asuntos de la historia de la antigüedad clásica y de mitología.

(3) Según Durán, la primera edición de la primera parte apareció en Alcalá 1588, 8; y la segunda parte apareció por vez primera, probablemente, en 1604 ó 1610 (fecha la «Aprobación» el día 10 de Abril). De la primera

Este libro es uno de los más conocidos de la literatura española; pero ha tenido la suerte de que devorado en un tiempo con ansia por el público y menospreciado por los doctos, después de largo abandono ha vuelto á ser elevado al lugar que merece por los literatos y reimpresso por historiadores á causa de su valor. La primera parte en especial, la más leída y casi la sola que ha llegado á ser conocida fuera de España, ha sido tenida hasta tiempos recientísimos por algunos como una novela histórica, con fundamento auténtico y en que se respetan las costumbres, mientras otros han rechazado como mera ficción, no sólo su desarrollo, manifiestamente novelesco y romántico, sino todos los hechos que sólo en ella se presenten y no

---

parte existen muchas ediciones (v. Durán l. c. pág. 688, s. v. Pérez; la Biblioteca imperial de Viena posee las siguientes: Barcelona, 1610; Lisboa, 1616; Madrid, 1631; la misma de 1652; Valencia, 1659; París, 1660; Madrid, 1662 y 1674; Valencia, 1681). De la segunda parte hay tan pocas que ha llegado á ser una rareza. (Durán cita de ella la edición de Barcelona, por Esteban Liberós, á costa de Miguel Manescal 1619, 8; como la más antigua que ha llegado á su conocimiento. La Biblioteca imperial de Viena posee dos antiguas ediciones, ambas de Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619 y 1626; en las dos se halla, lo mismo que en la mencionada por Durán, la «Aprobación» del Dr. Molina de 10 de Abril de 1610, en la cual, aunque manifiestamente se refiere á toda la obra, ocurre, sin embargo el siguiente algo enigmático pasaje: «He visto el libro de las Guerras civiles de Granada, y de las batallas particulares que hubo en la Vega entre Moros y Christianos, y de la rebelión de la dicha Ciudad y Reyno: el qual libro tiene tres (?) partes y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte están escritas de mano, la primera en 559 hojas, y la tercera en 466 y la *segunda* parte impressa en Alcalá de Henares, por Juan Gracian, año de 1604, etc.» La edición de 1619 contiene, probablemente de 1610, la dedicatoria del impresor Andrés Miguel á Alonso del Pozo Palomino, y tres sonetos dirigidos á Miguel en que se le alaba por haber dado á la prensa por fin esta segunda parte, pues, se dice en uno de estos sonetos que: «En el centro de olvido sepultada... Estuvo un siglo la segunda parte de las guerras civiles de Granada.» Hita, dice, sin embargo, á la conclusión de su obra que la acabó y puso en limpio el 22 de Noviembre de 1597.) De las dos partes han aparecido buenas impresiones modernas. Madrid, imprenta de León Amarita, 1833, 8, y en la «Biblioteca de autores españoles», tomo III.

estén certificado en otra parte, toda invocación á fuentes árabes especiales, y sobre todo el contenido principal de esta parte, las guerras civiles de los Abencerrajes y Zegríes (1).

Y, sin embargo, me parece que lo que dice el mismo Hita en su libro acerca de su persona y de sus fuentes, da, confrontado con las circunstancias del tiempo, la medida exacta para su estimación. Hita, natural probablemente de Mula, en la provincia de Murcia (v. parte I de la edición de Madrid de 1833, pág. 385: otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Pérez de Hita) peleó contra los rebeldes moriscos en las Alpujarras á las órdenes del Marqués de los Vélez (de 1568 á 1570), y se distinguió, no sólo por su humanidad hacia los moros en esta guerra conducida con toda crueldad y furor (parte II, pág. 127), sino que demuestra en todas partes, á pesar de su patriotismo y la ortodoxia de su fe, gran predilección por aquellos desgraciados.

Hablan en favor de su cultura muchos pasajes en que hace alusiones á la historia de la antigüedad clásica y á la mitología, ó cita á los cronistas españoles, y parece haber escrito además de éste otro libro (parte II, pág. 540) (2). ¿Qué cosa más natural, por lo tanto, que el que un soldado erudito emprendiera realzar los sucesos en que tomaron un

(1) Quien caracteriza perfectamente la obra de Hita en el respecto histórico es el conde Alberto de Circourt en su *Histoire des Mores Mudéjares et des Morisques, ou des Arabes, d'Espagne sous la domination des Chrétiens*. Paris, 1846, 8, tomo III, páginas 345-348.

(2) Los traductores españoles de Ticknor citan (en sus adiciones á la edición de Madrid, tomo III, pág. 547) una obra de él, que parece ser semejante en contenido y forma á la de que tratamos, es á saber: «Guerras de Troya» de la cual han visto un ejemplar manuscrito (1).—Aribau, el editor en la «Bibl. de aut. esp.» (pág. xxxv), ha hecho con referencia al pasaje precitado la observación de que el autor en que nos ocupamos debió de haber escrito otra obra.

(1) Existe hoy en la Biblioteca Nacional, y es un largo poema en verso suelto. (M. P.)

interés tan elevado él y sus compañeros? Al mismo tiempo poseyó comunicaciones manuscritas ó tradicionales de fuentes arábicas acerca de las discordias intestinas en el reino granadino poco antes de su conquista por los Reyes Católicos, sobre lo cual no se halla nada en los cronistas cristianos (1); siendo, pues, igualmente natural que decidiera poner mano en éstas como introducción á sus propias memorias. En el tiempo, empero, en que empezó á escribir este libro habían sido forzados los moriscos á trasladarse á la Mancha y á Castilla (2); muchos de ellos se hicieron

---

(1) Es conocida la declaración que se halla ya en el título de la antigua impresión de la primera parte y que se repite al final de la misma (parte I, pág. 412 á 413), que esta parte contiene la traducción de un «moro coronista»; pero es más verosímil que la fuente propiamente arábica haya sido la compatriota y pariente del autor, Esperanza de Hita (natural de la villa de Mula), citada en aquel pasaje y antes de él, muy á menudo (por primera vez cuando aconsejó á la sultana acusada de perjurio el que solicitara caballeros cristianos para su defensa, pág. 304 á 305). Esta Esperanza de Hita sirvió siete años como esclava á la sultana de Granada, llegó á ser su confidente, y volvió en seguida de la conquista de Granada á los suyos, pudiendo haberse conservado sus relatos por escrito ú oralmente en la familia, tanto más cuanto que el autor la cita juntamente con los pretendidos cronistas moros, sobre todo como testigos para la historia de las discordias intestinas de Granada y la acusación y defensa de la sultana (véase el pasaje de la pág. 380), circunstancias que fueron tenidas en secreto y no llegaron á conocimiento del cronista de los Reyes Católicos, Hernando del Pulgar. Esos sucesos son precisamente los que forman el contenido principal de su libro, y al paso que los da él mismo por una traducción del arábigo, por otra parte invoca también á menudo á los cronistas españoles. Que, por lo demás, esto no es, como se cree, una mera ficción y que en realidad se sirvió el autor de fuentes arábicas lo ha demostrado D. Pascual de Gayangos en su *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*. London, 1483, 4, vol. II, páginas 370 y 541.

(2) Lo empezó á escribir, cuando menos, después de 1571, pues que en este año salió por primera vez á luz la Crónica de Esteban de Garibay y Zamañalloa, á quien cita en su primer capítulo. Es notable la franqueza con que al final de la segunda parte se expresa acerca de aquel cruel traslado de los moros, sobre todo si se piensa que este pasaje fué escrito en tiempos ya de Felipe II: «Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ello

bautizar y entraron en relaciones de familia con españoles cristianos, resultando que mediante esta pacífica vida en común, no sólo se familiarizaron estos con las costumbres y tradiciones moras, más íntimamente que lo habían estado antes durante el comercio y trato más guerreros, sino que llegó á ponerse de moda entre los poetas y cortesanos de Madrid el celebrar sus propias galanterías y fiestas bajo disfraces moriscos, de tal modo, que ya entonces junto á los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, se fueron difundiendo y siendo más gustados cada vez los romances amatorios hechos por poetas eruditos bajo nombres moros y costumbres que pretendían ser moriscas. Con una mezcla de alegría de triunfador y generosa atención hacia el valiente enemigo vestíanse los españoles, después de aniquilado el espíritu del islamismo, en sus brillantes envolturas y ardientes colores; jugaban, después que la espada del profeta se había roto, con las elegantes cañas y las ignominiosas armas de sus caballerosos adversarios; después que tantos moros habían tenido que aceptar nombres cristianos, dábanse éstos nombres moros en honra de Gazul y Tarfe, suspiraban por Zaida y Lindaraja, y rompían lanzas, si bien en juegos poéticos, por las damas de su corazón en la Vivarambla, para obtener en el baile de la zambra la recompensa de un apretón de hermosas manos. Solamente que no deben tenerse estos disfraces, que, como todas las cosas,

---

Su Majestad y todos sus reinos.» Contrasta con esto tanto por su fanática intolerancia como por su falta de toda poesía el escrito volante, compuesto asimismo en romances, acerca de la total expulsión de los moriscos bajo el reinado de Felipe III: *Relación verdadera de las causas que Su Majestad a hecho aberiguar, para hechar los moriscos de España, y los bandos que se publicaron en el Reyno de Andalucía, por el Marqués de San Germán, y de los moros que auia en Sevilla para leuantarse, Comp. por el licenciado Antonio de Salinas.* » Impr, en Valladolid, 1610, 4, 4 hojas, 4 romances. Compárense los romances compuestos con el mismo espíritu que se hallan en Durán, II, 190, procedentes también de unas hojas volantes.



llegaron á tomar un carácter exagerado, por vestiduras históricamente fieles (1). Hita estaba, no sólo atacado de la manía romancesca de su tiempo, sino que era además poeta (fuera de los romances lo prueban muchas poesías líricas, evidentemente compuestas por él, y entretejidas en su relato, discursos poéticos y el mismo tono general de su obra), y escribió su libro, tanto para entretenimiento, como para instrucción. Este, por lo tanto, merced á tales circunstancias personales, materiales y temporales, es natural que debiera tener el carácter y colorido que lleva en sí, es á saber, el de unas memorias ataviadas poéticamente, un término medio entre la histórica novelesca y la novela histórica, perteneciente tanto al dominio de la historia como al de la poesía, pero que, si se le mira sólo por un lado, hay que juzgarle parcial y torcido, mientras que, para estimarlo justamente y poder aprovechar todo su valer, se debe siempre comprenderlo en su totalidad, tanto respecto á su origen como á su construcción y detalles. En todo caso, en el juicio que se pronuncie acerca de su peculiar carácter se deben diferenciar críticamente sus di-

---

(1) El que no fuera Hita autor ó inventor de estos romances pseudo-moriscos, como muchos lo han creído, es cosa que lo prueba el que se presenten muchos de aquellos, ya inalterados, ya con pequeñas divergencias, en las primeras partes del «Romancero general», que aparecieron antes ó al mismo tiempo que su libro; así, por ejemplo los romances: «Galiana está en Toledo»;—«Dí, Zaida de qué me avisas»;—«Afuera, afuera, afuera»;—«En-síllenme el potro rucio»;—«Ocho á ocho, diez á diez»;—«Estando toda la corte»;—«Por la plaza de San Lucar»;—«Sale la estrella de Vénus». Téngase en cuenta ahora, por una parte, que estas primeras partes del Romancero general aparecieron impresas separadamente entre 1585 y 1595, y que hacia el mismo tiempo salió á luz la primera parte del libro de Hita; y por otra parte, que ya las colecciones números 7 y 8, impresas en el año 1573, que nacieron en Barcelona y Valencia, donde siempre se había comerciado más á menudo con los moros, no contienen todavía ninguno de semejantes romances pseudo-moriscos, y se podrá poner con suficiente certeza el origen y difusión de esta moda en los años 1575 á 1585, señalando á Castilla, y en especial á Madrid, como su cuna.

versos elementos. Así se nos muestra ante todo una significativa diferencia entre la primera y la segunda parte; pues la primera narra solamente cosas ya pasadas, sea de noticias escritas, sea de tradición oral, y teniendo aquí la fantasía libre juego, podía dominar el elemento poético, y así, por la aptitud del autor para la poesía, por la naturaleza poética de la materia, por el legendario colorido de las fuentes y por aquella monomanía reinante ya en tiempo de su composición, de tal modo ha dominado esta primera parte, que en cuanto se olvidó el carácter histórico y el plan de todo el libro, se pudo considerar fácilmente esta parte como pura ficción, que es lo que sucedió efectivamente. También la segunda parte ha sido despreciada casi totalmente por lo historiadores y sin embargo, es una importante fuente histórica auténtica para la historia de la rebelión de los moriscos bajo Felipe II; el autor cuenta, ya lo que él mismo pasó, ya lo que le comunicaron testigos oculares (como los capítulos xx y xxi que encierran la descripción del sitio y toma de Galea, que le comunicó el Alférez Pérez de Hevia), siendo, por lo tanto, estas memorias por las muchas particularidades que sólo en ellas se hallan y más aún por el colorido legítimo y vivo, un precioso monumento aun para el historiador que más estrictamente compruebe sus asertos, el cual puede fácilmente separar aquí de la verdad la añadidura poética. Mas precisamente porque en esta parte predomina tanto el elemento histórico, la importancia de los sucesos estrechamente enlazados con el presente y la seriedad de lo que vió el autor mismo, han rebajado tanto la fantasía, que ha sido juzgada y aceptada del público que busca mero entretenimiento y de los literatos con menos favor que la primera, que aun en este respecto le ha arrebatado la merecida estimación, pues á pesar de toda ulterior diferencia participa esta parte con aquella otra que propiamente no es más que una especie de in-

roducción á ella, de la intención artística y de la comprensión poética (1).

He procurado caracterizar circunstanciadamente esta obra de Hita, porque, á pesar de su renombre, todavía, según mi parecer, no ha sido estimada en ninguna parte por todos sus lados ni ha sido puesta en claro desde el punto de vista genético; y porque era cosa imprescindible para mi fin determinar el valor y la relación de los romances en ella contenidos. Según que Hita haya seguido aquí la tradición, el gusto de moda ó su propia vocación poética son los numerosos romances adjuntos á su obra, ya genuinamente populares, ya compuestos por poetas artísticos de su tiempo en el tono pseudo-morisco en moda entonces, ya finalmente compuestos por él mismo. Así, la primera parte, en la que, como ya se ha observado, predominan la historia legendaria y el elemento poético y que fué escrita bajo la influencia de aquella galante monomanía, contiene romances de las dos primeras clases, los cuales, aun cuando Hita mismo no los designara expresamente («se hizo aquel viejo ó antiguo romance»; y por el contrario «no faltó otro poeta que compusiese otro romance» ó «un poeta que hizo otro nuevo», etc.), ó aun cuando á la mayor parte de los tradicionales no los hubiera documentado como tales, bastaría, sin embargo, el hecho de aparecer en colecciones más antiguas (2) para que se mostraran

(1) Así es que el estilo en los pasajes narrativos de la segunda parte es mucho más fresco y pintoresco, y sin embargo más sencillo é ingenuo; así también la historia del morisco Tuzani (capítulos xxii y xxiv) aunque no inventada, está tan llena de poético interés, que sólo necesitó un poeta como Calderón para hacer de ella una notable pieza dramática «Amar después de la muerte», y así aún entre las poesías, lo más débil de esta parte, hay todavía un par de ellas muy aceptables (como por ejemplo la hermosa canción morisca: «Muy tarde viniste, Zaide», pág. 31.)

(2) Cuán escrupuloso es Hita en la indicación de sus fuentes lo prueba el que los romances que van señalados á continuación, y que él designa con los nombres de «viejo» y «antiguo», en realidad ocurren en las más an-

á la vista algo ejercitada diferentes de los de la tercera clase por la materia, el tono, el color y el estilo. Los tradicionales se parecen en todos estos respectos á los restantes romances populares de la historia legendaria de España y pertenecen con estos á una misma clase; los

tiguas colecciones. Son los siguientes: «Abenámar, Abenámar» en el «Cancionero de romances, de 1550» más completo con el principio: «Por Guadalquivir arriba». «Ay Dios qué buen caballero», aquí sólo los diez versos de entrada, todo él en la «Rosa española» de Timoneda; al cual le llama Hita: «Famoso romance». «La mañana de San Juan», un fragmento del cual en la «Silva» (la edición de 1566 de los romances de Sepúlveda, y la «Rosa española» de Timoneda tienen un romance totalmente histórico que sólo tiene de común con éste las cuatro primeras quartetas, pues las restantes narran la toma de Antequera por el rey Fernando y la venganza que por ella tomó el rey de Granada en los cristianos de Alcalá la Real; v. sobre esto «Primavera y Flor» núm. 75; un romance morisco, que sólo tiene de común con éste el verso del principio, está en el «Romancero general»), «De Granada sale el moro» la versión más antigua con importantes divergencias y otra conclusión en la «Silva» de 1550, tomo II, y en la «Rosa española» de Timoneda (v. «Primavera», núm. 90). «Muy revuelto anda Jaén», al cual observa Hita: «Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte... El otro romance dice así: «Ya repican en Andújar», etc. El primer romance procede de Hita mismo, ó por lo menos ha sido grandemente interpolado por él, por amor á su Abencerrage; pero el último es un fragmento aunque muy mutilado de aquel famoso romance viejo acerca del obispo de Jaén, D. Gonzalo de Zúñiga, del cual se han conservado muchas versiones, ya en todo, ya fragmentarias, con el principio: «Día era de San Antón»; v. Primavera, número 82; en Ortíz y Zúñiga «Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla», Cádiz, 1670, 4. folios 89 á 90, el cual dice respecto á él: «Lo hallo yo diverso en un Romancero, que se imprimió en Sevilla el año de 1573 de que ya cité otro romance (á saber, en el folio 15 uno de Doña Blanca, la infeliz esposa de Pedro el Cruel, en que se le acusa su adulterio con el «Maestre»; v. Primavera, núm. 67 y 67 a; pero en ninguno de los Romances conocidos hasta hoy ajusta la anterior indicación del lugar y el año de impresión; así, pues, un Romancero, por lo menos en lo que yo sé, todavía desconocido). El romance acerca de la pérdida de Alhama, que ha llegado á ser tan famoso: «Paseábase el rey moro», v. Primavera, números 85 y 85 a; «Moro alcaide, moro alcaide», en la misma colección, números 84 y 84 a; finalmente el no menos famoso romance sobre la muerte de D. Alonso de Aguilár y de Sayavedra: «Río verde, río verde» de que da Hita dos versiones; véase Primavera, números 96, 96 a y 96 b.

galantes pseudo-moriscos, por el contrario, ó no tienen fundamento alguno histórico ó por lo menos es este inco- nocible, llevan ya el color de la galantería cristiano-ca- balleresca del siglo xvi; denúncianse por su tono ya sen- timental y superabundante, ya conceptístico y amanera- do, como productos cortesanos, aun cuando no denotaran suficientemente su principio más artístico por la florida dic- ción llena de comparaciones, descripciones detalladas y alu- siones mitológicas, el estilo elegante, la versificación fluida y la asonancia mantenida con más exactitud, diferenciándo- se esencialmente de aquellos salidos todavía puramente de los populares (1). Caben en una misma clase, no con és- tos sino con los moriscos del Romancero general, los ro- mances al estilo de los de la juventud de Góngora y de Lope de Vega. Tiene, sin embargo, cada una de estas cla- ses de romances de la primera parte, mérito poético tan grande, aunque de tan diverso género, que por eso han quedado totalmente oscurecidos los contenidos en la se- gunda, debiendo ésta sobre todo á esta circunstancia el disfavor, por otra parte inmerecido, del público y aun el olvido de los doctos. Los romances de la segunda parte fueron compuestos casi todos por Hita mismo (2), que te-

(1) ¿Quién no distingue á primera vista los romances citados en la precedente nota de los de Zaida y Zaide aun cuando Hita no observara que compuso un poeta; de los de Sarracino y Galiana, los de Gazul, que contienen tales anacronismos, que Hita se vió obligado, á la más artística exégesis para hacerlos nada más que plausibles, v. páginas 423 y sig. Ya en el famoso romance: «Sale la estrella de Venus» se vió obligado á con- fesar que el que le compuso no entendió la historia y del que empieza: «Adornado de preseas», dice él mismo en la pág. 430: «Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de *su autor*, va enmendado, declarando fielmente la historia»; etc.)

(2) Así es que los romances de esta parte están enlazados con la narra- ción en prosa mediante el verso final, que pide ser continuado. El mismo designa como no suyos tan sólo los romances: «Después de aquella victo- ria» (pág 209: «un romance que hizo un servidor de S. E.», el Marqués de los Vélez, si es que no se refiere á sí mismo); y «Mastredajes marineros»

nía ciertamente mucho sentido poético, pero muy poco talento de poeta, y que creía deber agregar también á esta parte romances para, (como dice ingenuamente) «no quebrar el estilo de la parte primera»; pues según su intento, debían considerarse ambas partes como un solo todo. Estos romances no son en realidad otra cosa que repetición versificada de la narración en prosa, completamente dentro del estilo de las crónicas rimadas, y no mejores, pero tampoco peores, que las relaciones de ese género sobre sucesos contemporáneos hechas por Sepúlveda, Alonso de Fuentes, Timoneda y otros. En una palabra, el elemento histórico predominante en la segunda parte ha paralizado las pequeñas fuerzas poéticas del autor limitado ahora á su propio caudal.

Poco tiempo antes, y á la vez que aparecía esta obra de Hita en el último decenio del siglo xvi, se puso en moda el hacer romances; no ya simplemente los doctos los escribían siguiendo las crónicas, pero en el estilo de los viejos populares, para sustituir estos fabulosos y según su opinión dañosos, por otros históricos y certificados. Los poetas artísticos no se contentaban ya con tomar los romances del pueblo para temas de sus glosas ó parodias ó con componer canciones amorosas sentimentales y galantes en el estilo de la lírica artística cortesana de los trovadores, pero en forma de romance, sino que empezaron á inventar á porfía géneros de romances nuevos, sea en el tono y el modo de tratarlos, refundiendo artísticamente los conocidos legendarios ó históricos, sacando á primer término los elementos retóricos y lírico-sentimentales, ó haciendo lo principal de lo descriptivo y las situaciones, y refinando así lo técnico y formal; sea en los

---

(pág. 469: «que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro». ¿Sería acaso tradicional este romance? v. Primavera, núm. 97). Véanse las notables observaciones de Durán acerca de los romances de la segunda parte, l. c., II, pág. 163.

asuntos mismos, inventando y aprovechando materiales novelescos ó exponiéndose y describiendo en el traje y carácter de una fingida objetividad sus propios hechos y los afectos de su corazón (como en los moriscos, pastoriles y picarescos); en una palabra, la forma de los romances volvió á convertirse por segunda vez en popular en el más elevado sentido ó nacional, sólo que fué empleada con el espíritu del principio artístico para tendencias objetivas y para todos los objetos posibles, reales ó fingidos, para los que le hacía tan á propósito precisamente su gran elasticidad.

Y también estos romances artísticos se dieron á conocer primeramente en hojas volantes ó en colecciones pequeñas que aparecían en cuadernos ó por entregas; y en realidad convenía á una forma tan popular una manera tan popular también de publicación, medio el más seguro de que se difundieran lo más rápida y más extensamente posible (1).

En la colección de hojas volantes con romances de esta clase, de la Ambrosiana de Milán, citada en la «Primavera» (I. páginas LXXXVII-XC) hemos hallado documentado este hecho tan interesante para la historia de las colecciones de romances y en particular para la colección del «Romancero general». Los romances aparecieron entre 1589 y 1594, en Valencia, en casa de los libreros Juan Navarro (que publicó ya las *Rosas* de Timoneda), Alvaro Franco, Gabriel Rivas, Miguel Borrás, Francisco Navarro y Juan Bautista Timoneda, en *cuadernos* ó *pliegos*, no excediendo el número de romances en cada cuaderno ó

(1) De estos romances hay también colecciones manuscritas. Las citan Ochoa (Catálogo, etc., páginas 530-531) y Durán (II, página 695) el último entre otras: «Romances nuevos. Cód. con fecha de 1592, en 4.º, cuya primera mitad es una colección de romances manuscritos que precedió á las primeras impresiones publicadas con el título de *Flores*, y que después fueron partes del *Romancero general*.»

pliego de nueve. Son artísticos (1), la mayor parte aceptados en las «Flores» y en el «Romancero general», un par de ellos de poetas conocidos (como de Salinas: Que olas de congoja;—Miguel Sánchez: Oyd, señor don Gayferos;—Góngora: Servía en Orán el Rey); algunos son moriscos ó ya derivados de *epopeyas italianas*; finalmente, hay entre ellos un número relativamente grande de romances jocosos y burlescos, de tal modo, que estos cuadernos ó pliegos pueden ser considerados con toda propiedad como los precursores de las «Flores» y del «Romancero general», y en todo caso, como ya por sus títulos se jactan de serlo, como el mejor medio para la difusión de las especies de romances recientemente halladas y que iban poniéndose en moda; los «más modernos que hasta hoy se han cantado».

Inmediatamente después de estos cuadernos y pliegos se forjaron las algo mayores colecciones de romances de la misma clase, que por partes fueron poco á poco apareciendo por primera vez en Valencia, bajo el título de:

12 a) *Flor de varios romances nuevos y canciones... recopilados por Andrés de Villalta, natural de Valenhia.* La primera edición de esta primera parte debe de haber aparecido ya después de 1588, puesto que las primeras partes (1591), editadas más tarde por el mismo Villalta juntamente con Felipe Mey, tienen la licencia de 1588 (también Durán la cita, poniéndola antes de 1589, aunque sin haberla él visto).

*Flor de var. rom... agora nueuamente recopilados por el Bachiller Pedro de Moncayo, natural de Berja (2).*

(1) El señor profesor José Müller, á quien debo la noticia y descripción de esta colección, que hasta hoy ha permanecido ignorada, me ha comunicado, por ruegos que le he hecho, un par de romances históricos (como el: Rey y señor don Alfonso;—Toledo, ciudad famosa;—Quien vió al conde Pero Anzules); pero también éstos son artísticos en el estilo del «Romancero general».

(2) Los traductores españoles de Ticknor (tomo iv, pág. 405 de la edi-



*Huesca, Juan Perez de Baldivieso, 1589, en 12.º, 134 hojas (en Brunet se menciona una edición de la primera parte, de Perpiñán, 1591, en 12.º).*

*b) Elor de var. rom... 1.ª y 2.ª parte, ahora nuevamente recopilados y puestos en orden por Andrés de Villalta, natural de Valencia. Añadióse ahora nuevamente la 3.ª parte por Felipe Mey. Valencia, Miguel de Prados, 1591, en 12.º, 225 hojas. La licencia, como ya se ha dicho, del año 1588 (Durán).*

*Flor de var: rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Madrid, Gómez de Aragón, 1593, en 12.º La 1.ª y 2.ª parte 128 hojas; la 3.ª con nueva foliación 129 hojas (en el Museo Británico).*

*\* Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Agora nuevamente recopilados, puestos por su orden y añadidos muchos romances que se han cantado despues de la primera impresión. Y corregidos por el Bachiller Pedro Moncayo, natural de Borja (sic). Madrid, por la viuda de P. Madrigal, 1595. A costa de Miguel Martínez. La licencia, de Madrid 5 de Noviembre de 1594, está dirigida á Gaspar de Buendía, librero, en 12.º, 4 hojas. Tabla y 240 hojas (lo posee la Biblioteca imperial de Viena) (1).*

*Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª y 3.ª parte. Alcalá de Henares, 1595 en 12.º (Brunet).*

---

ción de Madrid) hacen notar respecto á éste: «el cronista Pedro de Moncayo, natural, á lo que creemos de Borja de Aragón, y no de Berja como comúnmente se lee escrito».

(1) Durán cita también una edición nada más que de las primeras dos partes, hecha por Pedro de Moncayo, pero como al ejemplar que él vió le faltaba la hoja del título, le ha colocado inmediatamente después de la edición de la primera parte, de Huesca, 1589, por cálculo aproximativo. La tengo por perteneciente á la precitada, porque, como ya se ve por su título, Moncayo puso como fundamento de su reimpresión «corregida y aumentada» la original de Valencia. De la 2.ª parte no hay ninguna edición valenciana conocida anterior á la de 1591. Son de esta misma opinión los traductores españoles de Ticknor (tomo iv, pág. 405).

*Flor de var. rom... 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> parte. Madrid, viuda de P. Madrigal, 1597, en 12.<sup>o</sup> (Brunet).*

c) *Quarta y quinta parte de Flor de rom. recopilados por Sebastián Vélez de Guevara, racionero de la colegial de Santander. Burgos, Alonso y Estevan Rodríguez, 1592, en 12.<sup>o</sup> (Durán).*

*Quarta y quinta parte de Flor de rom., recopilados por Sebastián Vélez de Guevara. Burgos, Felipe de Juan y Juan B. Valerio, 1594, en 12.<sup>o</sup>, 191 hojas (Ambrosiana de Milán) (1).*

d) *Quarta quinta y sexta parte de Flor de rom. nuevos, nunca hasta agora impressos, llamado Kamillete de Flores. Por Pedro Flores Librero. Y á su costa impresso. Y demás desto, va al cabo la tercera parte de el Araucana, en nueve romances, excepto la entrada de este Reyno de Portugal, que por ser tan notoria á todos no se pone. Con licencia y privilegio. En Lisboa, por Antonio Alvares, impressor. Año 1593. Véndese en casa de el mismo Flores, al Pelorinho Velho, 444 hojas en 12.<sup>o</sup> (citado por Dozy, I, páginas 607-608 como existente en la biblioteca de Leiden). Este es el mismo Pedro Flores que cuidó de la edición del «Romancero general».*

e) *Sexta parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores, por Pedro Flores, librero. Imprimióse en Toledo, 1594, en 12.<sup>o</sup>, 190 hojas (Ticknor) (2).*

(1) En Nic. Antonio (Bibl. hisp. nova, s. v. Sebastianus Vélez) se cita: «Romancero, 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> parte... recogido por Sebastián Vélez de Guevara, s. l. 1594, 8.

(2) Ticknor considera erróneamente esta como la primera edición; pero ha hecho notar que la licencia se refiere á las partes cuarta y quinta, y en el pasaje que cita del romance introductorio en alabanza de Flores, se alude al título de la precedente edición:

... de diversas flores  
Un ramillete he juntado,  
Las cuales con grande afán  
De extrañas partes buscaron.

A lo que responde Flores que eran los romances: «que andavan desca-

f) \* *Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores por Francisco Enríquez. Madrid, viuda de Alonso Gómez, 1595, en 12.º* (lo posee la Biblioteca imperial de Viena): 8 hojas. Tabla, 168 hojas.

*Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados por Francisco Enríquez; emendado y corregido de muchos yerros que en la primera impresión tenía. Toledo, Tomás de Guzmán, 1595, en 12.º* (Bibl. Grenville).

---

rriados», pero que él los da completos y no como los *ciegos*, que cuando han cantado la mitad, dicen que están cansados y dejan la otra mitad. Pero no puede tratarse de una recolección de boca del pueblo, como cree Ticknor, que ha desconocido en general el carácter de los romances contenidos en las *Flores*.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

## OBRAS NUEVAS

---

- Aleu (M. L.)—Elementos de matemáticas. Aritmética. En 8.º, VIII-245 páginas: 4 pesetas.
- Almanaque del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús para 1896. En 8.º, 218 páginas: 1 peseta.
- Idem de Bailly-Bailliére, para 1896. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica, bajo la dirección literaria de D. Eugenio de Ochoa. En 8.º, 408 páginas y 68 de anuncios é indice: 1,50 pesetas.
- Almanaque de los amigos del Papa para el año bisiesto 1896, año sexto. En 8.º, 144 páginas: 50 céntimos de peseta.
- Idem de las Conferencias de San Vicente de Paul para 1896. En 8.º, 118 páginas con grabados: 0,25 de peseta.
- Antich é Izaguirre (F.)—La unidad en las ciencias fisico-matemáticas. Conferencia. En 8.º mayor, 27 páginas: 3 pesetas.
- Arenal (C.)—Obras completas. Tomo IX. Ensayo sobre el derecho de gentes. En 8.º, 540 páginas: 4,50 pesetas.
- Argos.—Últimos pasavolantes (retratos sin retoque). En 8.º, XVIII-261 páginas: 1,50 pesetas.
- Arigita y Lasa (M.)—El Doctor navarro D. Martín de Azpilcueta y sus obras. Estudio histórico-crítico. En 4.º, XXVII-687 páginas y un retrato: 8 pesetas.—Navarros ilustres, I.
- Artero y González (J. de la G.)—Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1895 á 1896, en la Universidad de Granada. En 4.º, 30 páginas.—Tema: Carácter de los asirios.
- Baranda (J.)—Concurso científico. Discurso inaugural, pronunciado en la sesión solemne del 7 de Julio de 1895, en la Cámara de Diputados, México. Oficina Tipografía de la Secretaria de Fomento. 1895. En 8.º, 17 páginas.
- Bassegoda (B.)—La Real Capilla de Santa Agueda del Palacio de los reyes de Aragón en Barcelona. Notas histórico-críticas. En 4.º, 107 páginas: 4 pesetas.
- Bastinos (J.)—Juegos infantiles. En 4.º, 107 páginas con grabados: 1,75 pesetas.
- Bellver (J.)—Curación de las heridas y úlceras sin necesidad de dejar las ocupaciones habituales. En 8.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Benot (E.)—Versiones inglesas, ó arte de traducir el inglés. En 4.º, 360 páginas: 6 pesetas.
- Blasco.—Manual del velocipedista. En 8.º, 256 páginas con grabados: 3 pesetas.
- Blasco (E.)—Juan León: drama en cinco actos y en verso, original. En 8.º, 119 páginas: 2 pesetas.
- Boada y Romeu (J.)—Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos, La campaña de Melilla. La embajada del general Martínez Campos á Marraskex. Impresiones y recuerdos. En 4.º, 563 páginas con grabados: 5 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la

- Historia. Tomo xxvi. Cuaderno v. Noviembre. Cada cuaderno, 1,25 pesetas.
- Botana (L. S.)—Rasgos de administraciones nacionales. Montevideo. Tipografía L'Utile. 1895. En 8.º, 39 páginas.—Sumario: Estudio histórico-político de los gobiernos constitucionales del general D. Manuel Orive, don Juan F. Giró, D. Manuel Basilio Bustamante, D. Gabriel A. Pereira y D. Bernardo P. Berro, é ideales del partido Nacional.
- Boy (S.)—Garbelladuras. Quadros de costums originals. En 8.º, 198 páginas: 2 pesetas.
- Cantó (G.)—Sobresaltos y saltos: juguete cómico. En 8.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Cañizares y Moyano (E.)—Apuntes sobre Marruecos. En 4.º mayor, 223 páginas y 8 láminas. (Mapas, planos é itinerarios): 5 pesetas.
- Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. Parte quinta: El Viejo y el Nuevo Mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? Tomo xv. En 8.º, 227 páginas: 2 pesetas.
- Carrasquilla (R. M.)—Ensayo sobre la doctrina liberal. En 4.º, xv-207 páginas: 4 pesetas.
- Festa modernista del Cau Ferrat. Tercer any. Certamen literari celebrat á Sitges el 4 de Novembre de 1894. En 12.º, 216 páginas: 7 pesetas.
- Cervantes.—El cautivo (por Cervantes). An episode from «Don Quixote.» (Text based on the edición of the Royal Spanish Academy). Edited with an introduction, grammatical and explanatory, by Eduardo Tolrà y Fornés profesor normal (University of Barcelona). En 8.º, viii-121 páginas y retrato del autor.
- Círculo de la Unión Industrial de Madrid.—Conferencias dadas por los Excmos. Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Francisco Pi y Margall, D. Fernando Cos-Gayón, D. Alberto Bosch y Fustegueras, D. José Canalejas y Méndez, D. Pablo de Alzola y Minondo, en el curso de 1894 y 1895. En 4.º, 110 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipó 1518-1818, colectados y publicados, por J. T. Medina. Tomo vii. Almagro y sus compañeros. En 4.º mayor, vi-485 páginas.
- Colección de libros españoles raros ó curiosos, que publica el marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas. Tomo xxiii. En 8.º, xiv-329 páginas y 2 reproducciones de portadas: 10 pesetas.—Contiene: Obras de Lope de Rueda. Tomo i.
- Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América. Tomo xiii. Relación historial de indios chiquitos, escrita por el P. J. Patricio Fernández, S. J. Tomo ii (reimpresión fielmente según la primera edición de 1726). Memorial que el Padre provincial de la provincia del Paraguay presentó al señor marqués de Valdelirios, en que le suplica suspenda las disposiciones de guerra contra los indios de las misiones. En 8.º, 333 páginas: 3 pesetas.
- Collado (C. del).—Últimas poesías, En 8.º, xvi-125 y ii páginas.
- Delorme Salto (R.)—Cuba y la reforma colonial en España. En 4.º, 61 páginas: 2 pesetas.
- Dicenta (J.)—Juan José; drama en tres actos y en prosa, original. En 8.º, 83 páginas: 2 pesetas.
- Durán y Bas (M.)—Escritos del Excelentísimo Sr. D. Manuel Durán y Bas.—Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos; con un prólogo de D. Federico Rahola. En 4.º, 592 páginas: 7 pesetas.
- Estadística general del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar y potencias extranjeras en 1894. Formada

- por la Dirección general de Aduanas. En folio, xxxi-980 páginas: 10 pesetas.
- Fernández Casado (M.)—Tratado de notaria. En 4.º, 2 tomos, 845 y 935 páginas: 20 pesetas.
- Galcerán Granés (A.)—Neuropatología y psiquiatría generales. En 4.º, 254 páginas: 3 pesetas.
- García de Galdeano (Zoel.)—Discurso leído en la Universidad de Zaragoza en la solemne apertura del curso académico de 1895 á 1896. En 4.º, 61 páginas.—Tema: Carácter y trascendencia de las Matemáticas en la época presente.
- Gogorza (J.)—Elementos de organografía y fisiología humana. En 8.º mayor, 150 páginas. En tela: 5 pesetas.
- Gómez Núñez (S.)—La acción de Peralejo. En 4.º, 24 páginas, 2 croquis y 4 retratos intercalados: 1 peseta.
- Goncourt (E. y J. de.)—Historia de María Antonieta, reina de Francia (1895.) En 4.º, 374 páginas: 7 pesetas.—«Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.»
- Grahit y Papell (E.)—Reseña histórica de los sitios de Gerona de 1808 y 1809, 2 tomos. En 4.º, 795 y 773 páginas, un retrato y facsimiles: 20 pesetas.
- Guerra (M. M.)—Recuerdos de un viaje por Europa. En 4.º, 348 páginas. En cartón cromo: 3 pesetas.
- Guía y catálogo del Museo nacional de pintura y escultura. Madrid. Imprenta de los hijos de Ducazcal. 1895. En 12.º, 79 páginas: 0,50 pesetas.
- Heine.—Intermesso, por Heine; traducción catalana por Apeles Mestres. En 4.º, 64 páginas: 2 pesetas.
- Iñarra y Echeverría (F.)—Lecciones elementales de higiene para uso de los alumnos de segunda enseñanza. En 8.º menor, 119 páginas: 2 pesetas.
- Labra (R. M. de.)—La enseñanza primaria por el Estado. Discurso pronunciado en la sesión celebrada por el Congreso de Diputados el 18 de Mayo de 1895. En 8.º, 96 páginas.
- Lázaro (F. A.)—Patentes de invención. Instrucciones prácticas: resumen de las leyes indispensables á los inventores. En 4.º, 124 páginas: 2,50 pesetas.
- Medinaveitia (J.)—Diagnósticos y tratamiento de la fiebre tifoidea. En 8.º, 125 páginas: 1 peseta.
- Martin Gil (R.)—Memoria agraciada con accésit en el concurso de premios de 1894 y escrita sobre el siguiente tema: Intervención de la cirugía en el tratamiento de las obstrucciones intestinales. En 8.º mayor, 149 páginas.
- Mendieta (J.)—La Ortografía al alcance de todos. En 4.º, 32 páginas: 1,25 pesetas.
- Merino (G.)—Mancha, limpia... y da esplendor: humorada en un acto y en verso, parodia del drama «Mancha que limpia.» En 8.º, 39 páginas: 1 peseta.
- Miguélez (M. F.)—Jansenismo y regalismo en España (datos para la historia). En 4.º, viii-482 páginas y 2 hojas de índice: 4 pesetas.
- Monasterio (R.)—El Señor Gregorio: cuadro de costumbres lugareñas, en un acto y en prosa, original. En 8.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Monner Sans (R.)—Con motivo del verbo desvestirse (pasatiempo lexicográfico), con un apéndice acerca del lenguaje gauchesco. En 8.º mayor, 241 páginas: 3,50 pesetas.
- Montesinos (E.)—El Desvergonzado; comedia en un acto y en verso original. En 8.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Nonell (J.)—Análisis morfológico de la lengua catalana antigua. En 4.º, 296 páginas: 3 pesetas.
- Núñez Ponte (J. M.)—Estudio histórico acerca de la esclavitud y su abolición en Venezuela. En 8.º, 39 páginas.
- Idem.—Nuestro óptimo Prelado. En 8.º, 14 páginas.
- Peña Fernández (T.)—Discurso inaugural leído en la solemne

- apertura del curso de 1895-96, en la Universidad literaria de Salamanca. En 4.º, 46 páginas. — Tema: Estudio de la historia de la Universidad Salmantina, bajo el aspecto de las producciones literarias de sus miembros.
- Pérez Requeijo (R.) — Economía bancaria. En 4.º, xix-298 páginas y 14 cuadros de proporción: 10 pesetas.
- Pina Domínguez (M.) — Mujer y Reina: zarzuela melodramática en tres actos, divididos en nueve cuadros. En 8.º, 93 páginas: 2 pesetas.
- Pozo y de Mata (M.) — La Voz de una madre. En 4.º, 3 hojas v-191 páginas: 3,50 pesetas.
- Prontuario del aprendiz y aficionado al velocípedo. En 8.º, xvi-192 páginas: 3 pesetas.
- Ramírez de Arellano (R.) — Cuentos y tradiciones. En 8.º, 237 páginas: 2,50 pesetas.
- Ramos Carrión (M.) — El bigote rubio: comedia en un acto y en prosa, original. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Ríos y Serrano (D. de los.) — La Catedral de León. Monografía, tomo I. En folio, 221 páginas, 4 láminas y 5 hojas del plano de la Catedral: 12,50 pesetas. — «Biblioteca del Resumen de arquitectura (iv vol.)».
- Roa Bárcena (J. M.) — Últimas poesías. En 8.º mayor. 104 páginas. Edición de 150 ejemplares.
- Rusiñol (S.) — Anant pel mon (cuadros en prosa catalana). En 4.º, 258 páginas: 4 pesetas.
- Sanmartín y Aguirre. — Jagants y nanos (falóries en prosa y vers). En 8.º, 280 páginas: 3 pesetas.
- Sañudo Autrán (P.) — Pilar de Aragón: episodio dramático en un acto y tres cuadros, en verso, original. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Thebussem (Dr.) — Fruslerías postales, por el Dr. Thebussem, caballero profeso del Hábito de Santiago. En 4.º, iv-319 páginas, y una tabla de itinerarios.
- Vega y de la Iglesia (F. de.) — Leyes españolas de organización y atribuciones de los tribunales de marina. En 8.º, xvi-274 páginas: 3 pesetas.
- Vidal Solares (P.) — Cabos sueltos. En 4.º, 90 páginas con grabados: 1 peseta.
- Vinuesa (R.) — Ellos y ellas. En 8.º, 13-127 páginas: 2 pesetas.
- Vinyals (F.) — Cuentos verosímiles. En 8.º, 267 páginas: 2 pesetas.

## INDICE

---

	<u>Pags.</u>
<i>Memorias de un solterón</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja,</i> por un Soldado viejo.....	30
<i>Final del apocalipsis</i> , (dolora) por Ramón de Campoamor.....	60
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	61
<i>Viaje de la Corbeta « Nautilus »</i> , por Vicente Barrantes.....	70
<i>Los salones de la condesa del Montijo</i> .....	88
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	110
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	137
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	154
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada, P. Dorado y Ossorio y Bernard.....	177
<i>La literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf.....	188
<i>Obras nuevas</i> .....	204

---